

# STAR WARS DAÑOS COLATERALES

## Capítulo XVII

Mediodía en Campo Uno. Dos días antes les había golpeado otra tormenta de nieve, aunque ésta no había sido tan violenta como la que habían tenido que soportar durante su primera noche allí. Lllamarada empezaba a estar más que harta de la nieve. Resultaba bonita cuando la veías en los holovideos. Cuando tenías que vivir medio enterrada en ella día tras día dejaba de parecertelo. Pero hoy, por fin, el sol había asomado entre las nubes y la sensación térmica era casi cálida, en comparación con el frío glacial de otras jornadas. Lllamarada acababa de terminar de comer – también se estaba hartando de la maldita sopa, a pesar de los denodados esfuerzos de Sdermila por darle sabor y consistencia – y le entraron ganas de dar un paseo.

Se dirigió hacia el área de aterrizaje, único lugar despejado en el cada día más abarrotado campamento. Había ya más de once mil refugiados repartidos entre los tres campos, y aún seguían llegando más a un ritmo alarmante. El personal de asistencia de la Nueva República no hubiera tenido nada que darles ya a estas alturas de no ser por los suministros que habían descargado los corelianos hacía tres días. La triste realidad era que si no recibían más empezarían a pasar hambre en otros tres. Aunque nadie hablaba de ello, todo el mundo sabía que pronto iban a tener que sacrificar a los kala'ballos si querían tener algo que comer. Los últimos refugiados en llegar contaban historias terribles. Las tropas seibergias – los paramilitares parecían haber desaparecido como por arte de magia - estaban sacando a tiros a los balanios de cada pueblo y aldea entre Nurtina y las montañas. Los que se resistían eran asesinados sin piedad. A todos aquellos a los que los soldados encontraban sospechosos de ser colaboradores o miembros activos del Ejército de Liberación Balanio, es decir, cualquier varón entre los catorce y los setenta años, se les separaba de los demás para llevárselos detenidos. Algunos hablaban de campos de concentración, otros de matanzas indiscriminadas. La mayoría de los relatos incluían descripciones de tanques repulsores y de caminantes de varios tipos. Lllamarada gruñó por lo bajo. Y todavía los de ahí arriba seguían considerando que la ofensiva seibergia estaba sin confirmar. Si la guerrilla balania no les estuviera causando tantos problemas, los soldados seibergios podrían haber estado ya a las mismísimas puertas del campo.

Desde que estaban en Campo Uno, Lllamarada había estado recogiendo toda la información que pudieran darle los refugiados a medida que iban llegando. Todo lo que iba averiguando se lo transmitía regularmente al *Guarda del Lobo*. Era de lo más frustrante comprobar como pasaban los días pero no se hacía nada para acabar con lo que estaba pasando. La impotencia y la

incredulidad ante la aparente pasividad de la Nueva República le hacían sentirse enfadada y rabiosa la mayor parte del tiempo, sobre todo desde que en uno de los contactos diarios con el portanaves le habían confirmado las bajas sufridas en el escuadrón y entre la tripulación del *Guarida del Lobo*.

Había sido toda una conmoción para ella. Sacart y Ermitaño habían estado menos de seis meses en el escuadrón, aunque en ese tiempo había llegado a conocerlos lo suficientemente bien como para que su pérdida doliera. Pero lo que realmente causaba su pena era lo de Torpedo e Iceberg. Ellos no eran sólo dos de sus pilotos. Eran amigos. Iceberg había sido uno de los primeros miembros del antiguo escuadrón Blanco. Ya estaba allí cuando se enfrentaron a su primera misión, el desesperado rescate de los colonos de KS-31. Llamarada hizo una mueca de dolor. Siempre había creído que si habían logrado volver con vida de KS-31 sin duda podrían sobrevivir a cualquier cosa, pero estaba equivocada, e Iceberg era la prueba. Torpedo había llegado inmediatamente después de esa operación, y había sido el oficial Táctico del escuadrón casi desde el mismo instante en que puso los pies sobre la cubierta de vuelo de su vieja fragata, la *Joan d'Arc*. Decían que podía pasarse el resto de su vida internado en un hospital para veteranos, siendo poco más que un vegetal. Llamarada dio una patada a un montón de nieve poniendo en ello toda su rabia, lo que atrajo varias miradas de curiosidad por parte de los balanos entre cuyas tiendas pasaba ahora. No podía dejar de pensar que si Alce y ella hubieran estado allí, pilotando sus cazas contra los corelianos, las cosas podrían haber sido diferentes y que quizá sus compañeros aún seguirían con vida. Y también estaba Rúster, claro. Si la lumi hubiera estado volando en círculos en torno a la zona de combates como era lo habitual, podría haber llegado a tiempo hasta Torpedo y salvarle... Llamarada negó con la cabeza de forma ausente al tiempo que murmuraba una maldición. Era inútil seguir dándole vueltas, lo sabía. Cuando tuvo lugar la batalla contra los corelianos Alce, Rúster y ella estaban aquí, y no podían estar en dos sitios a la vez. No se podía cambiar lo que ya era parte del pasado, al igual que nadie podía devolverles la vida a las personas que iban a bordo del transporte que derribaron.

- Ya está bien por ahora – dijo en voz alta. No quería seguir pensando en las muertes de sus amigos, ni en las de los refugiados, ni en lo desesperada que era la situación en el campo y en lo mucho que aún podía empeorar. Necesitaba pasar al menos unos minutos sin sentirse agobiada y dolorida por todo eso. Tenía que darle descanso a su mente, así como a su cuerpo. Para eso se suponía que tenía que servir este paseo. Alcanzó el camino que descendía hacia el área despejada para el aterrizaje de lanzaderas preguntándose si sería capaz de llegar hasta abajo sin resbalar como de costumbre, pero se detuvo antes de llegar a intentarlo. Para su sorpresa, descubrió que el descampado rodeado de banderines estaba casi tan abarrotado como el resto del campamento. Era demasiado pedir poder estar un rato sola. No obstante, cuando se fijó mejor en la escena que estaba teniendo lugar allí abajo, Llamarada decidió quedarse.

Los dos hijos mayores de Deveralia, junto con otros muchos niños de todas las edades, habían organizado un apocalíptico combate de bolas de nieve. Era evidente que se lo estaban pasando en grande. Llamarada sonrió. El sonido de sus chillidos y de sus risas consiguió en pocos instantes transmitirle

a ella una parte de su alegría, y enseguida sintió como si el mal humor, la pena y los pensamientos funestos pesaran mucho menos en su ánimo.

No muy lejos de donde se encontraba, Lllamarada reparó en la presencia de otro espectador de los juegos infantiles. El prisionero seibergio estaba sentado sobre una piedra plana que sobresalía de la nieve a un lado del camino, junto al último de los refugios utilizados por los comandos Lince. Pantera había escogido precisamente ése en la creencia de que no sería bueno para la moral de los refugiados ver al seibergio demasiado a menudo, ni tampoco para la seguridad del prisionero, puestos a considerarlo todo. Pantera, Alce y la propia Lllamarada lo habían interrogado por turnos, pero hasta la fecha no habían conseguido sacarle absolutamente nada. Sabían su nombre y su rango, subteniente Arvan Milhavic, por el chip de identificación que llevaba cuando Alce lo encontró - y del cual no le había dado tiempo a deshacerse -, pero eso era todo. La única vez que había oído hablar a Milhavic había sido cuando le preguntó por lo de los collares suicidas. "Tú también llevarías uno si te enfrentaras a la posibilidad de ser capturada por una banda de torturadores y asesinos", había respondido el joven soldado sin aclarar a quién se refería con lo de torturadores y asesinos, aunque ella imaginaba que se trataba de la guerrilla balania.

Milhavic no parecía darse cuenta de que lo estaba observando, o quizá simplemente le daba lo mismo. El prisionero llevaba esposas de choque en las muñecas, pero no en los tobillos. Por sugerencia de Rúster, y teniendo en cuenta que no había ningún sitio al que pudiera ir en el improbable caso de que consiguiera eludir la vigilancia de los comandos, al seibergio se le permitía caminar dentro de un área limitada alrededor del refugio. Sus ojos parecían fijos en los niños y en sus juegos. Cada vez que Lllamarada había hablado, o intentado hablar, con él, esos ojos se llenaban de odio y resentimiento, pero esa furia se encontraba ausente en su mirada en este momento. Eso no la sorprendió. ¿Quién podía mirar con odio a unos niños jugando? Solamente un monstruo, reflexionó, y el joven subteniente no parecía serlo. Claro, que una nunca podía estar segura de eso. ¿Habría ayudado Milhavic a arrojar a esos críos de sus casas? ¿Habría asesinado al padre o a los hermanos mayores de alguno de ellos tan sólo porque podrían ser miembros de las tan temidas guerrillas? Si era así, no tenía nada de extraño el que le aterrara la posibilidad de caer en sus manos.

Lllamarada apartó la mirada de Milhavic. Después de todo, acababa de decidir que durante un rato sólo iba a pensar en cosas alegres, a modo de terapia para poder soportar un día más en Campo Uno. Con esa idea en mente devolvió su atención a la zona de aterrizaje. La batalla de bolas de nieve parecía estar acabándose ya. Alguien había propuesto hacer un muñeco de nieve y todos los niños se aplicaban con gran entusiasmo a la tarea de hacer una gran bola para el cuerpo. Todos menos Figor, observó Lllamarada. El hijo de Deveralia se encontraba solo, apartado del grupo, y al parecer lo hacía a propósito. Como le estaba dando la espalda, Lllamarada no podía ver si le pasaba algo, o qué estaba haciendo. De pronto se volvió hacia los otros niños y comenzó a lanzarles una bola de nieve tras otras. El travieso chiquillo se había preparado munición de sobra mientras sus amigos estaban entretenidos con el muñeco de nieve. En cuestión de segundos la batalla de bolas estalló de nuevo con doble intensidad. Lllamarada dejó escapar una carcajada. Al hacerlo escuchó a alguien más reírse, y al mirar en esa dirección descubrió con

sorpresa que se trataba del seibergio. Al reparar en la atención que había despertado en Lllamarada - quizá hasta ese momento no la había visto o no la había reconocido -, Milhavic volvió rápidamente a adoptar su habitual expresión huraña, aunque no por ello dejó de observar a los niños.

Lllamarada tenía que estar de acuerdo con el seibergio en ese particular. Los niños eran lo mejor a lo que se podía mirar en este lugar, sobre todo cuando jugaban, como ahora. A diferencia de sus mayores, aún retenían la capacidad de ignorar, siquiera por un rato, la cruda realidad que les rodeaba y jugar como si el único y verdadero mundo fuera el de su imaginación. Por eso podían reír cuando tenían muchas más razones para llorar. Lllamarada les envidiaba por eso, y estaba segura de que Milhavic también. *Si nunca dejásemos de ser niños, la guerra no sería nada más serio que eso, una divertida pelea con bolas de nieve.* Qué fácil le resultaba recordar en esos momentos su propia infancia. Las interminables persecuciones en los pasillos de gravedad cero en las naves colonia de los nómadas. Los juegos al escondite en casi completa oscuridad dentro de almacenes cerrados o secciones en obras. Las canciones que cantaban, inocentes al principio, pero más picantes a medida que sus amigos y ella se acercaban a la adolescencia. Lo más curioso era que no se acordaba de todo eso con nostalgia. En realidad, lo que sentía al ver a los niños balanios jugar era algo de una naturaleza muy diferente. Lllamarada no hubiera sido capaz de expresarlo en palabras, pero lo cierto era que le hacían pensar en cosas que no había considerado antes, o al menos no demasiado en serio. Cosas tales como tener su propia familia.

Jamás había tenido por costumbre pensar en ese tipo de cuestiones. Seguramente tendría algo que ver con la clase de vida que llevaba. Una continua aventura, siempre sin aliento, un día y luego otro y otro, en perpetua danza con la muerte. Algunas veces se sentía muy joven, casi como si fuera a vivir para siempre. Otras en cambio parecía que el fin estaba a la vuelta de la esquina, la próxima hora, el siguiente minuto. Nunca había hecho planes, ni siquiera después de empezar su relación con Alce. Siempre había algo urgente que hacer, un nuevo combate, una operación de rescate, un planeta que liberar. Los niños siempre habían pertenecido a ese lugar nebuloso y sin forma definida llamado futuro, y que quizá nunca llegaría a ver después de todo. Pero ya no era una jovencita. Si tenía que pasar tendría que hacerlo pronto, en unos años como mucho, o ya no pasaría. ¿Estaba preparada para eso? Ella siendo madre. El mero pensamiento resultaba terrorífico. Alce tampoco había mencionado siquiera el tema desde que lo conocía. ¿Qué pensaría él? ¿Sería él el posible padre de sus posibles hijos? Maldita sea, ni siquiera habían hablado acerca de comprometerse a largo plazo, de casarse y todo eso. Ahora que lo consideraba, lo más probable era que Alce compartiera su aversión acerca de pensar en el futuro. *Hasta en eso nos parecemos.*

Con el rabillo del ojo vio que alguien se le acercaba. Al volverse se encontró con Rúster, que venía sonriéndole y con las manos metidas dentro de los bolsillos del abrigo termal.

- ¿Te importa si te hago compañía un rato?
- Por supuesto que no.
- ¿Qué tal tu brazo?

Lllamarada se miró el brazo derecho, libre ya del cabestrillo, aunque aún conservaba un vendaje semi-rígido y de momento procuraba utilizarlo con extremo cuidado. - Ya no me duele, y apenas me pica.

## Star Wars: Daños Colaterales

- Buena señal. ¿No sabes nada del doctor?  
- Nada aún, lo siento. Para esta noche tengo prevista otra comunicación con el *Guarida*. Volveré a preguntar por él.

- Gracias - Rúster hizo una mueca de preocupación. - No puedo dejar de mordermé las uñas pensando en él. No hemos vuelto a saber nada desde que lo evacuaron.

- Ya conoces el dicho: la falta de noticias suele ser una buena noticia. Después de todo, no hemos tenido problemas para enterarnos de lo de Iceberg y los demás.

Rúster asintió con tristeza. Las dos mujeres observaron juntas por un tiempo a los niños que se encontraban en el área de aterrizaje hasta que Rúster rompió el silencio con un profundo suspiro. - Me hace sentir bien el ver a los niños, ¿sabes? No tenemos demasiadas oportunidades de ver niños a bordo del *Guarida*.

- Tú has rescatado a bastantes últimamente.

- No es lo mismo. Cuando los recojo están aturdidos, asustados, llorando o incluso en estado de *shock*. A veces están heridos o enfermos. Lo peor es cuando acaban de perder a sus padres o a sus parientes. Ni siquiera sabes qué decirles para consolarles. No nos entrenan para eso - Rúster negó con la cabeza. - Es muy diferente verlos así, jugando. Oírles cómo se ríen.

- Sé lo que quieres decir. Nada más que tienes que mencionarle el tema a Ibero y se podrá pasar horas hablándote sobre los niños en general, y sobre su hija en particular.

Rúster se rió. - ¿Y quién podría culparle por eso? - La lumi se quedó callada durante un rato, y Lllamarada tampoco dijo nada. Bajo ellas, la segunda batalla de bolas de nieve del día había terminado, pero el proyecto del muñeco de nieve no había vuelto a ser retomado. Algunos de los chicos mayores - en realidad ninguno pasaba de los doce años - habían traído la mitad superior de un contenedor de suministros vacío, de los muchos que se apilaban tras las tiendas en las que se preparaba la comida. Invertido, y con la adición de las riendas de un kala'ballo, se había convertido en un improvisado trineo que atrajo inmediatamente la atención de todos los demás niños.

- ¿Alguna vez has considerado la idea de tener niños?

Lllamarada sonrió, notando que estaba empezando a enrojecer. - Es curioso. En eso precisamente estaba pensando cuando llegaste.

- ¿Y?

- Y nada, que tendré que seguir pensando - Lllamarada se rió, sintiéndose un poco violenta - No, de verdad, me parece una decisión muy seria lo de traer niños a esta galaxia. En la última década no hemos conocido otra cosa que guerra.

- Sí, pero, ¿por qué otra cosa luchamos si no es por el futuro de nuestros hijos?

Lllamarada asintió. - Supongo que tienes razón - Sin dejar de mirar al frente, hizo una inspiración profunda y entonces lo soltó - Sí, me gustaría tenerlos - Era la primera vez que lo admitía en voz alta. Le hacía sentir bien. Y también asustada. - Cuando llegue el momento.

- Te entiendo. Ni aquí ni ahora.

- Aquí y ahora me cogería una pulmonía triple, por lo menos, por no mencionar el escándalo público - Las dos mujeres se echaron a reír con ganas.

Les hacía tanta falta que una vez que empezaban era fácil dejarse llevar. Cuando por fin se serenaron, Lllamarada preguntó. - ¿Y tú?

- ¿Has visto a algún lumi por aquí?- Lllamarada se mordió el labio inferior. Normalmente los lumis se emparejaban poco después de nacer. Sus padres eran capaces de sentir la natural empatía de sus hijos e hijas hacia otros pequeños y escoger correctamente a su futura pareja perfecta. Tenía algo que ver con sus extensiones neurales, plenamente funcionales ya en los bebés lumis, pero Rúster no había llegado a explicarle nunca en detalle cómo funcionaba lo de la elección de cónyuges, aunque sí le había dejado claro que no tenía nada que ver con lo que los humanos entendían por matrimonios concertados o de conveniencia. Simplemente, los padres lumis sabían de forma biológica quién convenía más a sus hijos, y nunca se equivocaban. La persona que con el tiempo se hubiera convertido en marido de Rúster había sido asesinado por las tropas imperiales cuando éstas invadieron la luna Lumi. Estando tan lejos de casa, no sería fácil para ella encontrarse con otros miembros de su propia especie, ya muy pocos numerosos de por sí. Encontrar a un varón con el que pudiera volver a emparejarse, es decir, con el que tuviera una afinidad natural tal y como la entendían los lumis, sería mucho más improbable aún, por no decir imposible.

- Lo siento. Siempre me he preguntado, no obstante, si podrías...

- ¿Unirme a un humano, por ejemplo? Puedo tener relaciones sexuales con uno, si es lo que quieres saber. Una relación amorosa sería algo muy diferente. La falta de extensiones neurales por su parte sería un serio impedimento para que pudiéramos mantener una comunicación real y completa entre nosotros. Sería terriblemente frustrante para los dos. No lo sé, dado el caso quizá podríamos llegar a superarlo, con el tiempo. Pero jamás podría concebir un hijo de un humano. Eso es genéticamente imposible.

- Comprendo - Después de eso, las dos volvieron a quedarse en silencio mirando a los niños. Al otro extremo del área de aterrizaje, el comando que estaba de guardia en aquella zona prohibió a los chavales que intentara tirarse con el trineo ladera abajo, más allá de los límites del campo. La segunda mejor opción era empujarlo de vuelta hacia el lugar en el que se encontraban Lllamarada y Rúster, y utilizar el camino que bajaba hasta el descampado como rampa de descenso. Hacia allí se encaminaban todos, discutiendo a grandes voces quiénes serían los primeros en probar el trineo.

- Creo que se acabó la paz - comentó Lllamarada. Algunos de los críos más pequeños venían llorando ya, dándose cuenta de que sus posibilidades de llegar a montarse en el trineo eran escasas en el mejor de los casos, al menos hasta que sus compañeros más mayores no quedaran hartos de él. Los primeros dos aventureros, que eran lógicamente los creadores del invento, llegaron hasta pocos pasos de las dos mujeres y se dejaron caer desde allí, chillando y riéndose como locos hasta llegar al final del camino. Cuando el trineo se detuvo la discusión creció en intensidad, tras haber comprobado todos lo divertido que tenía que ser aquello. Algunos de los niños se lanzaron ya camino abajo en busca del trineo, con la esperanza de que si ayudaban a subirlo podrían ser de los siguientes en probarlo. Uno se resbaló y se dio un buen mamporro. Los demás se rieron de él, y entre eso y la disputa por los siguientes turnos de descenso la cosa parecía que podía derivar en pelea.

- A lo mejor deberíamos intervenir - dijo Rúster - Hacer algo.

- ¿Pero qué, aparte de separarlos?

La respuesta tomó la forma de Alce, que apareció de repente empujando media docena de cubiertas de contenedores como la que ya estaban usando y varias cuerdas. - ¿Alguien quiere ayudarme a fabricar unos cuantos trineos? - preguntó en voz alta. Los gritos de "¡Yo, yo!" amenazaron con dejar sordas a Lllamarada y a Rúster. Alce volvió la cabeza para guiñarle el ojo a sus dos compañeras, y un instante después dio comienzo una frenética actividad de construcción, en la que el alderaaano era ingeniero jefe, capataz y obrero al mismo tiempo.

- Alce acaba de salvar la fiesta - dijo Rúster.

- Eso ha sido muy propio de él - contestó Lllamarada, sonriendo orgullosa de oreja a oreja.

- Sería un padre estupendo.

- De eso no me cabe la menor duda.

- Avery....

- Dime.

- He estado buscando la ocasión para tener una charla con los dos casi desde que llegamos aquí, pero entre unas cosas y otras parece que nunca encuentro el momento.

Lllamarada asintió. - Todos hemos estado ocupados. Sobre todo tú, señora doctora.

Rúster sonrió fugazmente. - No me llames así. Ojalá pudiéramos tener un médico de verdad... Mira, lo que quería decir, a ti y a Alce, es que he estado pensando mucho en las cosas que os dije en la sala de reuniones, en el *Guarida*.

- Probablemente tenías razón en todo.

- Puede. Dije lo que sentía, y aún lo siento. Pero no fui justa contigo, y sobre todo con Alce. No lo digo sólo porque después me hayáis salvado la vida...

- Alce fue quien lo hizo, y de todas formas primero nos la habías salvado tú con ese increíble aterrizaje de emergencia. Por todo lo que sabemos, también salvaste al doctor Al Saruff. Dos veces.

- Déjame acabar. Lo que os sucedió tuvo lugar en cuestión de segundos. Tenéis que tomar una decisión rápida y lo hicisteis lo mejor que pudisteis. Eso es algo que he comprendido en estos días. Ninguno de los dos sois el típico alas calientes intentando meterse en la lista de los diez pilotos con más victorias de la Nueva República. Quizá existan ese tipo de pilotos, pero vosotros no sois así. Hacéis lo que hacéis intentando ayudar, y también salvar tantas vidas como podáis. Y yo fui... una mierda de amiga, sugiriendo lo que sugerí.

- No digas eso, Ru.- Lllamarada puso una mano sobre el hombro de la lumi. - Los dos sabemos que tu intención era buena, y también que lo que decías no era personal.

- Entonces sí lo era. Me sentí muy dolida porque fuerais precisamente vosotros los que... ¿De verdad que no estáis enfadados conmigo?

- Por supuesto que no. Es agua pasada.

- Quizá tu puedas olvidarlo, pero no estoy tan segura de Alce. Parece herido.

- Lo está, pero no por nada que tú o cualquier otra persona pueda haber dicho. Lo que le pasa es que aún no se ha perdonado a sí mismo por la muerte de esas personas. Como sabes, Alce perdió a toda su familia, a sus amigos y a

cualquiera que significara algo para él, todos desaparecidos de un plumazo, cuando destruyeron Alderaán. Desde entonces no ha podido evitar mantener las distancias entre él y los nuevos amigos que han ido llegando con los años - Lllamarada se encogió de hombros. - Probablemente él mismo no es del todo consciente de ello, incluso ahora. Lo llaman la enfermedad de los alderaanos, una especie de rechazo patológico a relacionarse afectivamente. Alce era un caso clínico hasta que me conoció a mí - Al decir eso Lllamarada sonrió con tristeza. - De algún modo, esta tragedia le ha hecho volver a los viejos hábitos.

- Tengo que hablar con él.

- Hazlo. A veces pienso que ni yo misma ni nadie podrá hacer nada por él hasta que no decida concederse su propia absolución. Pero estoy segura de que le gustará oír lo que me has dicho a mí. Él te aprecia muchísimo - Lllamarada suspiró. - Al principio pensé que no debería culparse por lo sucedido. Disparó los torpedos con la total convicción de que eso era lo que debía hacer, pero cuando vio las imágenes de los cadáveres que la capitana de navío Gen'yaa nos mostró en su camarote, se vino literalmente abajo. Le da igual si lo someten o no a un consejo de guerra, ¿sábés? Él se siente responsable de todas formas. Ojalá encuentre algún día la forma de superarlo.

Rúster hizo un gesto hacia la vociferante chiquillería. Alce estaba ayudando a los más pequeños a subirse a uno de los trineos que había reservado para ellos. - Quizá acaba de encontrar esa forma.

- Quizá.

A su espalda escucharon la voz de una mujer. Se trataba de Redina, una amiga de Sdermila, de su misma aldea, cuyo marido había sido reclutado por la guerrilla, al parecer. La mujer, de mediana edad, parecía seguir deprimida por ese hecho, y sobre todo por la falta de noticias sobre el paradero de su marido y de los demás. No obstante se había prestado de buen grado a ayudar en las actividades del campo, secundando a Sdermila en casi todas sus iniciativas.

- Rúster, ¿puedes venir?

- ¿Sí, Redina?

- Acaba de llegar un nuevo grupo, y traen algunos enfermos y heridos.

Rúster asintió con gravedad. - Di que los envíen directamente a la tienda médica. Estaré allí en un minuto - Rúster se volvió hacia Lllamarada mientras Redina se marchaba. - Tengo que irme.

- ¿Quieres que vaya contigo y te ayude?

- No hace falta. La propia Redina me echará una mano. No se te olvide decirle a Alce que me gustaría hablar con él, ¿vale?

- Por supuesto, Ru. Muchas gracias.

- No, gracias a ti. ¡Hasta luego!

Lllamarada permaneció allí durante algunos minutos, hasta que volvió Alce. Tras él no se oían más que risas. Los niños de Campo Uno habían encontrado entretenimiento para largo, o al menos mientras durara el buen tiempo.

- Te lo has pasado bien con los niños, ¿eh?

Alce sonrió enseñando los dientes. - Un montón. Y tú has tenido una buena charla con Rúster, por lo que he visto. Me alegro de veros otra vez como amigas.

- También quiere seguir siendo amiga tuya.

- Nunca ha dejado de serlo.



- Ni tú para ella tampoco. Eso es parte de lo que me ha dicho, aunque quiere hablar contigo y decírtelo todo en persona.

Alce asintió en silencio. Tras echar un último vistazo a los niños le ofreció el brazo a Lllamarada y ella se agarró a él. Juntos se encaminaron de vuelta a su zona del campo. El aviso de Redina significaba que ambos tendrían bastante trabajo que hacer antes de la hora de la cena, habilitando refugios y ayudando a los recién llegados a asentarse.

- Lewis, ¿alguna vez has pensado en tener hijos?- le asaltó Lllamarada de golpe, sin pensárselo realmente . Alce la miró por un instante como si no hubiera comprendido la pregunta, y entonces pareció sobresaltarse. Por el gesto que hizo casi pareció que le hubiese preguntado si tenía planeado suicidarse. Lllamarada se arrepintió inmediatamente de haber cedido al impulso. De pronto ya no quería escuchar la respuesta, cualquiera que ésta fuese. - No, olvídale. No me contestes, ¿vale?

Alce tragó saliva. - Avery, yo...

- He dicho que no me contestes, ¿vale?. Por favor - Alce cerró la boca, dejando en el aire lo que fuera que había empezado a decir. Lllamarada se dio cuenta de que respondiera lo que respondiera, podía hacerle daño de cien maneras diferentes, y ella no quería que le hicieran daño, ni tampoco hacérselo a Alce. Era injusto preguntarle eso precisamente ahora, en este lugar, y con los recuerdos de todo lo que había sucedido en las últimas dos semanas demasiado frescos aún en la memoria. Después de unos momentos en los que ambos siguieron caminando sin decir nada, Lllamarada miró a Alce de reojo. Su expresión era afligida y ausente, con los labios apretados hasta formar una línea y los ojos fijos al frente, como si estuviese mirando algo que no estaba realmente allí, sino tan sólo en su mente. Algo que su pregunta había hecho aparecer. Alce hizo una mueca inconsciente, un gesto de dolor similar al que uno podría hacer si le pinchasen o le quemasen sin previo aviso. De repente, Lllamarada supo qué era lo que Alce estaba viendo.

Una niña de cuatro años, rota y congelada, flotando sola en el vacío del espacio.

Alce hizo cuanto pudo por pensar en otra cosa durante las siguientes horas. Mantenerse ocupado le servía de ayuda. Al poco de separarse de Lllamarada se unió a un grupo formado por personal de la Nueva República, comandos Lince fuera de servicio y refugiados balanios que se habían presentado voluntarios. Entre todos habían conseguido construir cinco refugios decentes con material procedente de las tiendas que habían resultado dañadas tras la primera y más violenta tormenta de las que habían sufrido, y que en un principio habían descartado como inutilizables. Esos refugios seguían sin ser suficientes para alojar a las setenta y tres personas que habían llegado durante el día, pero resolvieron la situación distribuyendo algunas de las familias entre otras tiendas que no estaban ocupadas al completo. Una de las mujeres balanias que había formado parte del equipo de trabajo había preguntado si sería posible, en el caso probable de que siguieran llegando refugiados, utilizar láseres y explosivos para excavar unas cuantas cuevas bajo tierra, que podrían habilitarse después como habitáculos, o al menos como almacenes y liberar así algunas de las tiendas que tenían ahora. Tras un primer instante de perplejidad general, los comandos coincidieron en que esa idea no era ninguna tontería y

que de hecho podría ser más que factible. En ese momento Alce había pensado para sí que cada vez se iban pareciendo más a los antiguos militares balanios a los que se había abandonado a su suerte hacía tanto tiempo, en aquel mismo lugar.

Para cuando terminaron la tarea era casi medianoche. El resto del grupo se marchó con intención de procurarse una cena tardía, pero él decidió no acompañarles. A pesar de las largas horas de arduo trabajo no tenía hambre. Desde la interrumpida conversación con Lllamarada sentía tal nudo en el estómago que no se veía capaz de comer nada. Apenas la había visto un par de veces en toda la tarde, siempre yendo y viniendo, y en ninguna de esas ocasiones había podido detenerse a hablar con ella. Lllamarada había estado casi todo el tiempo hablando con los recién llegados, recopilando toda la información que pudieran aportarle sobre los avances del ejército seibergio sobre el terreno. Probablemente ahora estaría en el refugio en el que se encontraba la unidad de comunicaciones, transmitiendo un nuevo informe al *Guarida del Lobo*. Alce tenía intención de esperarla en la tienda y hacia allá se dirigía, pero a medio camino cambió de idea. Lllamarada y él compartían el limitado espacio de esa tienda con una docena más de personas. A esas horas estarían allí casi todos, preparándose para dormir, por lo que no disfrutarían de intimidad para hablar a no ser que salieran fuera. Lo malo era que no sabía siquiera qué decirle.

Si pretendía mantener una charla con Lllamarada para aclarar las cosas con ella, decidió que le convenía pasar antes un rato a solas consigo mismo e intentar tenerlas claras él primero. Se dedicó a vagar por el campo, con la capucha del abrigo bajada y las manos embutidas en los bolsillos, mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. Aquí y allá, las pequeñas hogueras encendidas a la entrada de algunas de las tiendas formaban diminutos oasis de luz que rompían la oscuridad durante algunos metros. Siempre que no estuviera nevando, las familias se sentaban cada noche alrededor del fuego para compartir el calor y el consuelo de la mutua compañía. Alce tenía que pasar muy cerca de los corrillos que la gente hacía en torno a cada fogata, pues a menudo éstas se encendían dentro de los propios senderos excavados en la nieve por los que caminaba. Cruzaba procurando no molestar a nadie, respondiendo con inclinaciones de la cabeza a los ocasionales saludos que algunos de los refugiados le dirigían. Eran más los que, con los ojos fijos en las llamas y la mirada turbia, ni siquiera reparaban en él. Alce sabía que era precisamente en esos momentos de forzado sosiego cuando la ausencia de los seres queridos se volvía más difícil de soportar para todo el mundo. Durante el día, las dificultades de la mera supervivencia bastaban para mantener la mente ocupada, pero al anochecer la inactividad y el silencio traía de vuelta el miedo, el hambre apenas aliviada por los tazones de sopa, la preocupación por los familiares y amigos de los que no se sabía nada, y el dolor por aquellos cuya pérdida era certeza. Casi todos aquellos rostros tristes pertenecían a mujeres. Aparte de los ancianos y de los niños - a estas horas la mayoría de los pequeños dormían ya dentro de las tiendas -, había muy pocos hombres en el campo. Esto, que al principio había sorprendido a Alce, había dejado de ser ya un misterio para él.

Los más afortunados entre esos hombres a los que se echaba en falta estarían con el Ejército Balanio de Liberación. Hambrientos, muertos de frío la mayor parte del tiempo, desesperados, moviéndose siempre de un lado a otro

para no ser detectados, peleando con cualquier arma disponible, a veces incluso con las manos vacías. De cuando en cuando uno o dos de ellos, normalmente escogidos entre los más jóvenes, venían escoltando a un grupo de refugiados. A veces se quedaban en el campo durante un par de horas, el tiempo suficiente para tomarse un bol de la sempiterna sopa y responder, cuando podían, a los residentes que se acercaban a preguntarles por parientes o amigos suyos que también estaban en la guerrilla, o por sus pueblos de origen. Que si sabían si aún quedaba alguien allí, si lo habían ocupado los seibergios, si era verdad que lo habían quemado todo. Los guerrilleros también proporcionaban información a los comandos Lince acerca de sus escaramuzas, a cambio de noticias frescas sobre la situación en el espacio. Sobre todo estaban interesados en saber si la Nueva República pensaba o no reanudar sus ataques aéreos contra los invasores seibergios, pues así los llamaban. Su decepción cuando se les respondía que de momento no se sabía nada era más que notoria, hasta el punto de que alguno de aquellos muchachos había llegado a escupir y a llamar cobardes a los soldados de la Nueva República, como si estuviera en sus manos cambiar las cosas. Pantera le había explicado a Alce que las guerrillas emboscaban al enemigo cuando y donde podían, sin seguir otro objetivo que el de hacer el mayor daño posible en cada ocasión y huir para luchar otro día. Casi nunca hacían prisioneros. En parte porque no podían permitírselo, tan escasos eran sus recursos, en parte también porque su odio hacia los seibergios era tan grande que no había lugar para la misericordia cuando alguno tenía la desgracia de caer en sus manos - ninguno de los partisanos admitía que se les torturara, aunque Pantera no lo descartaba en absoluto -, y en parte quizá con la esperanza de que el miedo a la guerrilla hiciera a los soldados enemigos pensarse dos veces cada paso que dieran hacia el interior de las montañas. La verdad era que esa estrategia no les estaba reportando resultado alguno. La resistencia balania seguía perdiendo terreno día a día, y sus sangrientos ataques lo único que conseguían era aumentar la determinación de los seibergios para exterminarlos. La situación, en fin, era bastante dramática para los miembros del Ejército de Liberación Balanio, pero a pesar de que muchos de ellos habían sido reclutados poco menos que a la fuerza, prácticamente no se registraban desertiones. Todos sabían que si arrojaban las armas para correr a reunirse con sus familias, serían ejecutados sin compasión por sus propios compañeros en el caso de que fueran atrapados.

En cuanto al resto de los ausentes, o bien habían sido hechos prisioneros por los seibergios o bien estaban muertos, que era desgraciadamente lo más probable. Las lágrimas calladas que Alce veía brillar sobre los rostros vueltos al fuego de algunas de estas mujeres y de los pocos niños que aún estaban levantados no se vertían a causa de la angustia de no conocer cuál había sido el destino de sus seres queridos, sino por la pena, la rabia y la amargura de haberlos visto morir ellos mismos, asesinados ante sus ojos. Cuando no había sido así, mucha gente prefería agarrarse a la esperanza, sin importar lo remota que se volviera con cada nuevo día que transcurría sin noticias. Lo cierto era que a veces, de cuando en cuando, se producía el milagro. Según llegaban al campo, el personal de la Nueva República anotaba en sus datapads los nombres y la filiación de cada uno de los refugiados, y estos datos eran intercambiados a diario con Campo Dos y Campo Tres. De este modo, personas que se habían visto separadas de sus

familias durante la huida o durante la marcha hacia las montañas, y de las que no se había vuelto a saber nada, podían aparecer con vida en otro de los campos. Estas comunicaciones habían quedado rotas durante varios días tras la destrucción del satélite de la Nueva República, pero acababan de ser restablecidas gracias a un nuevo enlace terrestre vía láser. Pantera y sus hombres habían completado el despliegue de los retransmisores ópticos tan sólo dos días antes. Hoy no había habido suerte, pero quizá mañana algunas de estas personas a las que Alce veía podrían recuperar a un marido o a una esposa, a un padre o a una madre, a un hermano o hermana, a un hijo o a una hija. El atormentado piloto no podía apartar de sí el pensamiento de que, quizá, pudiera haber alguien allí esperando en vano a tener noticias de alguno de los pasajeros de *su* carguero. De un ser querido a quien él había matado. Un marido o una esposa, un padre o una madre, un hermano o una hermana, un hijo o una hija.

Alce sacudió la cabeza desalentado. A veces pensaba que estaba empezando a superarlo. Estar allí, asistiendo a los refugiados y trabajando por ellos dieciocho horas al día, le ayudaba sin duda a sentirse mejor consigo mismo, a afianzarse en la creencia de que todo había sido un infortunado accidente, algo que inevitablemente tenía que pasar. Él había sido tan sólo el desgraciado al que le había tocado estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Otras veces, en cambio, se descubría pensando una vez más en aquellos pocos segundos, recordando cada detalle con absoluta claridad, y lamentando no haber hecho o dejado de hacer algo que después corrigió en el simulador. Malditos simuladores. Para lo único que le habían servido era para demostrarle - cuando él en realidad había esperado lo contrario - que sí, que podría haber inspeccionado esa nave y no haberse visto jamás obligado a derribarla. *Llamarada tenía razón. Qué fáciles nos parecen las cosas cuando ya están hechas y no tienen remedio.*

Llamarada, oh, Llamarada. Su Avery. ¿Por qué había tenido que sacar precisamente ahora el tema de los niños? Algunas veces había llegado a imaginárselo. La guerra se acababa y ellos dos se iban a vivir juntos a algún lugar bonito, quizás a una colonia. De cuando en cuando podrían hacer algún viaje, para calmar la pasión por el espacio que ambos compartían. Y por supuesto, tendrían niños, al menos un par de ellos. Venía todo en el mismo paquete, en la misma visión de ese futuro hasta ahora sólo soñado. Pero cada vez que intentaba recuperar ese sueño volvía convertido en pesadilla. Una en la que sus hijos e hijas morían asesinados por alguien. Alguien que tenía su misma cara, y que clamaba con su misma voz que había sido sólo un accidente.

Sólo un accidente.

- ¡Alce, espera!

Al volverse para ver quién le llamaba se encontró con la buena de Sdermila, que se acercaba con cortos pero rápidos pasos, sujetando un bol humeante entre sus manos envueltas en manoplas. Poco a poco habían dejado de llamarse de usted, pues para Alce, como para tantas otras personas, Sdermila se había convertido en alguien muy familiar.

- Me dijeron que no querías cenar, pero yo les he respondido que nadie puede pasarse tantas horas trabajando para luego irse a la cama con el estómago vacío.

## Star Wars: Daños Colaterales

- Difícilmente puedo irme a la cama - dijo Alce intentando sonreír - Aquí no hay.

Sdermila se lo quedó mirando, confusa durante un instante, hasta que terminó por entender el más bien patético chiste. - Oh, claro, a la cama no puedes irte, es verdad. Pero bueno, a la cama o al saco de dormir es lo de menos. Tienes que comer algo. ¿Vas a hacerlo?

- Está bien, lo haré por ti. Si no me perseguirás por todo el campo con ese bol de sopa.

- Pues sí señor, eso haría. Mis dos hijos eran fatales para comer, ya me entiendes. ¡Las cosas que tenía que inventar para que se acabaran lo que tenían en el plato! Pero jamás se escapaban de la mesa sin comer. Frío o caliente, tarde o temprano terminaban comiéndoselo. Mi paciencia era mayor que su resistencia. - Alce soltó una carcajada y cogió el bol que le ofrecía Sdermila. - Toma, la cuchara. Y ahora Pruébalo.

- Tú ganas, Sdermila, no se puede discutir contigo... Hmmm, sabe diferente, ¡otra vez! ¿Cómo te las has apañado en esta ocasión?

- Uno de tus amigos soldados consiguió cazar un kala'bra salvaje.

- ¿Un kala'bra? Eso es estupendo, pero... En el campo somos ya más de tres mil personas. La carne de un solo animal no puede suponer tanta diferencia.

- La carne no, aunque la he utilizado toda. Son los huesos, triturados hasta convertirlos en polvo, los que hacen el milagro.

- Eso es exactamente lo que es - dijo con la boca llena. - Un milagro - Para su propia sorpresa, Alce descubrió que no le faltaba apetito. - Pero vamos a movernos mejor, no sea que nos quedemos aquí congelados. Puedo comer mientras caminamos.

- No derrames nada o me enfadaré contigo. Y ahora dime, ¿qué haces andando sólo a estas horas? ¿Hay algo que te preocupe? ¿Puedo yo...? No, deja, no me cuentes nada. Hago demasiadas preguntas, ¿verdad?

Alce sonrió. - Puedes hacer las que quieras, Sdermila. Tu compañía es más que bienvenida.

- Me alegro de oír eso. Temía que pensaras de mí que soy una vieja cotilla - Alce volvió a reírse. - Quizá lo soy por meterme donde no me llaman, pero... Verás, al venir en tu busca me he cruzado con Llamrada, que iba hacia vuestra tienda. También ella tenía mala cara. ¿Ha pasado algo entre vosotros dos?

Alce la miró, sobresaltado. - No, qué va, no ha pasado nada.

- Las parejas jóvenes suelen tener sus diferencias. Taigor, mi marido, y yo, algunas veces llegábamos a discutir prácticamente por todo, puedes creerme. Sobre todo cuando éramos tan jóvenes como vosotros, ¿sabes? Lleva mucho tiempo acostumbrarse a los puntos de vista del otro, a su forma de ver la vida, y aún cuesta más aprender a escuchar antes de hablar, a intentar comprender antes de intentar convencer. Y a nunca, nunca, irse a la cama, o al saco de dormir, estando aún enfadados por algo. Eso último siempre lo decía Taigor.

Alce sabía por Rúster que Sdermila era viuda, aunque no lo era de forma reciente. Su marido había fallecido hacía años, víctima de un accidente de trabajo a algo así. - Parece un buen consejo.

- Sí que lo es. Las cosas hay que solucionarlas antes de echarse a dormir. Si no, lo más probable es que te pases la noche entera dándole vueltas

al asunto, recordando la discusión y lamentando quizá algo de lo que has dicho, pero no más que lo que el otro te ha dicho a ti. Te pones a imaginar cómo será cuando vuelva a salir el tema, y te dedicas a preparar respuestas más o menos hirientes para rebatir o incluso ridiculizar los argumentos de tu pareja y hacerle ver que eras tú quien tenía razón desde el principio, o que eres quien más derecho tiene a sentirse dolido. Es decir, planeas la próxima batalla, no la reconciliación.

Alce se quedó callado, considerando lo que Sdermila acababa de decir y reconociendo lo mucho de verdad que había en sus palabras, aunque no se aplicara del todo a su situación actual. O quizá sí.

- No nos hemos peleado - dijo Alce -, o al menos yo creo que no. No lo sé - Sdermila esperó pacientemente a que se decidiera a continuar. Él dudó un poco, pero al final resolvió contárselo todo. - Me preguntó si había pensado alguna vez en tener hijos. Supongo que la cara que puse debió hacerle daño de algún modo.

- ¿Qué cara pusiste? ¡Si es maravilloso que te haya preguntado eso!  
¿No lo entiendes?

- Mira a tu alrededor, Sdermila.

- No me hace ninguna falta, ya sé lo que veré. Pero no vais a estar aquí para siempre. Las cosas no serán siempre tan malas.

- Una parte de mí jamás abandonará este lugar, ni tampoco este momento. Algo... hubo algo que sucedió antes de que viniéramos aquí.

- ¿Te apetece que hablemos de ello?

Alce negó con la cabeza. - No puedo.

- Algunas veces sirve de gran ayuda hablar de aquello que nos preocupa, sacarlo afuera, si entiendes lo que quiero decir.

Alce permaneció en silencio durante un rato. ¿Cómo podía contarle nada de todo ello a esa mujer? Por mucho que intentara explicárselo, lo único que entendería sería que había matado a personas como ella, seres como los que se sentaban alrededor de esas hogueras junto a las que pasaban. No, Alce no creía en absoluto que hablar de ello pudiera hacerle sentirse mejor.

- En este caso no, Sdermila. Lo siento, no tiene nada que ver contigo.

Sdermila asintió. - Lo comprendo, de verdad. No te preocupes por mí, Alce.

- Llámame Lewis si quieres. Ése es mi verdadero nombre. Lo de Alce es sólo un apodo.

- Ya me lo imaginaba. Es difícil creer que tantos de vosotros llevéis el nombre de extraños y exóticos animales que nunca he visto. - Alce, Pantera, Hiena...

Alce se rió. - Quizá te sorprendería saber que Llamarada es un tipo de zorro que se cría en condiciones de baja o nula gravedad, normalmente en estaciones espaciales, y que Rúster es una palabra brentaliana que significa gallo en básico. Verás, en los primeros días de la Alianza Rebelde utilizábamos esos nombres por seguridad más que nada, y luego nos acostumbramos tanto a ellos que seguimos usándolos. El Imperio interceptaba a menudo nuestras transmisiones, por lo que mencionar nuestros nombre podría llegar a poner en peligro a nuestros familiares y amigos. No era mi caso, en realidad, porque no tenía a ningún familiar ni a ningún amigo con vida, pero cuando me incorporé a la Alianza seguí la costumbre general.

## Star Wars: Daños Colaterales

- ¿Toda tu familia y tus amigos habían muerto? Pero eso es... terrible. ¿Cómo puede ser eso?

- Nací en Alderaan. El Imperio destruyó mi planeta natal, asesinando a todo ser vivo que habitara en él.

Sdermila hizo una mueca de dolor. - He oído hablar de eso, pero nunca he sabido si creerlo. ¿Cómo se puede destruir por completo algo tan grande como un planeta?

- Utilizaron una monstruosa estación espacial a la que llamaban Estrella de la Muerte. La Alianza consiguió destruirla más tarde, y también a una réplica más grande que construyeron después, en un lugar llamado Endor.

- Planetas enteros destruidos. Comparado con eso, lo que está sucediendo aquí casi no tiene importancia.

- No, eso no es verdad, Sdermila. La maldad es siempre la misma. Es sólo la escala lo que cambia. Por fortuna, no hay muchos tiranos o señores de la guerra que puedan permitirse construir algo como la Estrella de la Muerte. Sólo el Imperio podría repetirlo, y ahora no están en su mejor momento. Pero dejemos de hablar de tragedias. Antes has mencionado a tus dos hijos.

- Sí - la expresión de Sdermila cambió por completo. Sonreía y le brillaban los ojos. - Lania y Jeiran. Lania es el mayor. Fue a la Universidad y se convirtió en ingeniero, ¿sabes? Pero no pudo encontrar un trabajo lo suficientemente bueno aquí, así que se marchó a buscarlo en otra parte. La última vez que recibí noticias tuyas estaba en un planeta llamado Commenor.

- Commenor. Eso está muy lejos de casa.

- Sí, eso es lo que dice siempre cuando le escribo preguntándole que por qué no viene a vernos alguna vez, en lugar de enviar esos hologramas grabados. Pero vendrá. Algún día volverá, lo sé, aunque hace ya cosa de un año que no sé nada de él.

- Eso no es tan extraño. La galaxia ha estado muy agitada durante este último año y medio, y las comunicaciones entre mundos tan distantes como Commenor y Seibergia no siempre son fáciles, sobre todo desde que el Imperio salió del sector. Es fácil que tu hijo haya intentado ponerse en contacto contigo más de una vez pero que no lo haya conseguido. Pero teniéndote a ti por madre estoy seguro de que vendrá en cuanto tenga la oportunidad, ya lo verás. ¿Y qué hay de... Keiran?

- Jeiran. Él vive aquí con su mujer, Voeda, y sus dos preciosos hijos, Drivan, el niño, y Mila, la niña. Jeiran quería ponerle Sdermila, pero yo le dije que no, que era mejor que tuviese su propio nombre, y al final se quedó en Mila. Ellos son mi familia desde que Taigor murió y Lania se fue. Los niños son realmente fantásticos. Los hijos de Deveralia me los recuerdan mucho.

- ¿Y dónde...?- Alce se detuvo a media frase. Preguntar a un refugiado por sus familiares ausentes sólo podía tener una respuesta en muchos casos.

- Tomaron una nave a Balania - Alce estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio, aunque Sdermila no se dio cuenta. - Jeiran trató de convencerme para que me fuera con ellos, pero yo fui demasiado terca como para escucharle. Esa es otra lección que hay que aprender en la vida, ¿sabes? Escuchar a los hijos como pretendes que te escuchen ellos a ti. El caso es que se fueron sin mí, y se pusieron a salvo de todo esto... - Sdermila pareció vacilar antes de continuar, pero al final preguntó -¿Crees que alguna vez conseguiré reunirme con ellos?

- Sí, ¿por qué no habrías de poder?

- Lo perdí todo cuando abandoné mi casa. No sé lo que me encontraré cuando pueda volver al pueblo. La gente dice que los seibergios acostumbran a saquear todas las casas que encuentran vacías y que a menudo las queman después. No sé si aún tendré algo con lo que pagarme un pasaje a Balania.

Alce frunció los labios. Sabía muy bien que lo que Sdermila acababa de decir era verdad. Llamarada había recopilado docenas de relatos de refugiados que habían visto como robaban sus pertenencias prácticamente al mismo tiempo que los echaban a la fuerza de sus casas. Pero el de Sdermila no era un problema sin solución, si lo único que pretendía era poder seguir a su familia. - Te diré lo que haremos. Los tres somos pilotos, Llamarada, Rúster y yo - Sdermila asintió. Eso lo sabía. - Tenemos un montón de amigos que pilotan naves de transporte, y los viajes a Balania son frecuentes en estos días. Tan pronto como podamos volver a bordo de nuestra nave nodriza buscaremos a alguien que pueda llevarte. Gratis.

- ¿Lo dices en serio?

- Por supuesto que sí - De hecho, Alce estaba convencido de que para la Nueva República lo mejor que podía pasar sería que todos los balanios de Seibergia quisieran ser trasladados a otros mundos. Por cara que saliese la evacuación, siempre sería mucho más barata que el mantener la presencia militar en el sistema aunque sólo fuera un mes más, y eso por mencionar únicamente el coste monetario. A nivel político estaba claro que a la Nueva República le estaba saliendo muy onerosa su actuación en defensa de los balanios, casi tanto como no haber hecho nada, y que ese hipotético traslado resultaría ser la mejor solución para todos, estuvieran o no de acuerdo los propios balanios. La Región Balania jamás sería independiente de Seibergia, eso era un hecho, y todo hacía pensar que cuando acabara el presente conflicto la situación de los que se quedaran sería peor de lo que era antes de iniciarse. No es que las cosas fueran a ser fáciles para los que eligieran marcharse. Balania, por ejemplo, no era un mundo rico sino más bien al contrario, y ya habían aceptado más refugiados de los que podían asimilar sin crearse graves problemas económicos, sociales e incluso sanitarios. Vina Bosolia, que también estaba acogiendo gran cantidad de refugiados, era un lugar arrasado por la guerra, donde no se podía esperar que las condiciones de vida fueran óptimas. Los que habían emigrado a otros mundos de la Nueva República se encontrarían con serias dificultades para encontrar un empleo decente que les permitiera algo más que la mera subsistencia, a no ser que dispusieran de una mínima cualificación técnica que estaba por encima del nivel medio de estudios de la mayor parte de los balanios. Pero en cualquiera de esos lugares al menos estarían a salvo. Alce comprendía que la gente fuera reticente a abandonar sus hogares, y eso a pesar de desconocer en general la realidad que les aguardaba fuera, pero, ¿y si ya no tenían hogares a los que volver cuando lo intentaran? Sí, cuanto más lo pensaba mejor le parecía la idea de facilitarle a Sdermila el viaje a Balania.

- ¡Eso sería fantástico! - dijo la mujer con visible entusiasmo, haciendo que Alce se sintiera feliz de poder ayudarla. Momentos después, sin embargo, la sonrisa de la buena mujer se hizo más triste sin llegar a desaparecer del todo. Alce estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando ella empezó a explicarlo.

- Yo era feliz aquí, ¿sabes? En esta tierra. La vida era dura, sí, pero teníamos todo lo que necesitábamos. Ni siquiera después de que muriera



Taigor deseé vivir en otro lugar que no fuera éste. Lania es diferente, y probablemente también Jeiran, pero fíjate que, al final, incluso él terminó encontrando aquí la felicidad - Sdermila negó con la cabeza lentamente.- Pero ahora, con todo lo que nos ha pasado, no creo que ninguno de ellos quiera volver jamás. Y yo, sin ellos, ya no quiero quedarme. Lo he pensado mucho, ¿sabes? Y he llegado a la conclusión de que el hogar de uno está allá donde esté tu familia, la gente a la que quieres. ¿No piensas tú lo mismo?

Alce asintió. Se dio cuenta, no sin cierta sorpresa, de que entendía muy bien lo que Sdermila quería decir. Había sido un hombre sin hogar durante demasiado tiempo, no porque su planeta hubiera dejado de existir, sino porque tampoco tenía familia. Pero eso había cambiado hacía tiempo, sólo que no se había dado cuenta. De pronto lo veía claro: Llamarada era su familia. Ella y los amigos que había ido haciendo por el tortuoso camino que había recorrido desde que se unió a la Rebelión. Rúster, Granito, Víbora, Sparks, Reek, Iceberg, Torpedo... Sintió un aguijonazo de pena al pensar en los dos últimos. Todavía tenía que hacerse a la idea de haberlos perdido, y que ni siquiera había podido estar allí para intentar evitarlo. Pero era hora ya de pensar en los vivos, y eso era lo que iba hacer a partir de ese mismo momento. La decisión estaba tomada. No más lamentar el pasado, lo que pudo ser y no fue, lo que le habían quitado y no podía ya recuperar. Llamarada hablaba de futuro, eso era lo que significaban los hijos, por eso había sacado el tema. Ella quería dar un paso adelante cuando él aún seguía clavado dos más atrás, pero eso iba a cambiar. Por mal que estuvieran las cosas ambos seguían vivos, y si no se arriesgaban ahora, ¿de qué les servía estarlo? Si tenía familia tenía un hogar, y si tenía ambas cosas también tenía un futuro, por incierto que éste fuera. *Bendita Fuerza, qué razón tiene Sdermila.*

- Sí, así es - le respondió por fin. - Yo también pienso lo mismo.

- ¿Verdad que sí? Pues está decidido, me iré con vosotros. A encontrar a mi hijo, a mi nuera y a mis nietos. El cuerpo de Taigor se quedará enterrado aquí, sí, pero eso no importa. A donde quiera que yo vaya el viene conmigo. Me ha costado años, pero... Al fin lo he comprendido.

Alce se dio cuenta de que las lágrimas comenzaban a surcar el rostro cansado de Sdermila sin que la pobre mujer pudiera hacer nada por impedirlo. - No, Sdermila, no llores. O me pondré a llorar yo también, y ya estoy un poco crecido, ¿no crees?

Sdermila se echó a reír, engolliándose al mezclarse la carcajada con el llanto. Alce le dio unas palmaditas en la espalda sonriendo a la mujer con ternura. Sdermila consiguió serenarse poco a poco. Finalmente se secó las lágrimas con la manga del abrigo y asintió. - Sí que estás crecido, sí. Tus padres hicieron un buen trabajo criándote.

Alce se rió con ella.- Todo va a salir bien, te lo prometo. Nosotros te ayudaremos a encontrarles.

- ¿Lo haréis de verdad? Gracias, muchísimas gracias, Alce... Lewis.

- No hay de qué, Sdermila. Es lo menos que podemos hacer para poder pagarte estos banquetes que nos preparas cada día. Mira, me lo he terminado todo.

Sdermila sonrió de oreja a oreja. - Buen chico.

Juntos, regresaron caminando sin prisas hasta su área del campo. Sus respectivas tiendas estaban bastante cerca la una de la otra. Por lo que había dicho Sdermila, Llamarada estaría ya allí. Casi no podía aguantarse de ganas

que tenía de verla. Y mañana, cuando no hubiera una docena de personas durmiendo a su alrededor, tendrían una larga conversación.

Tenían muchas, muchas cosas de las que hablar.

Tenía que ser alrededor de la medianoche, pero hacía mucho que ni Raiven ni Solo se molestaban en mirar sus cronómetros. Ambos se encontraban magullados, doloridos, hambrientos, medio congelados y, por encima de todo, mortalmente cansados. Pobrementemente equipados y bajo el miedo constante de ser capturados, los dos pilotos se habían pasado prácticamente todo el día caminando o corriendo, cuando eso era posible, escalando entre rocas o arrastrándose incluso cuando no quedaba otro remedio. El curso de supervivencia por el que ambos habían tenido que pasar antes de ser admitidos para el servicio activo - el segundo en el caso de Raiven, que había tenido que aprobar otro similar en la Academia Imperial de Carida -, había demostrado no tener precio. Solo tomó nota mentalmente de enviar un mensaje a su instructor en cuanto tuviera la oportunidad. Es decir, si finalmente conseguían salir vivos de Seibergia.

Su dramática escapada a bordo del *Mercader Nómada* parecía casi fácil cuando se la comparaba con lo que vino después.

Antes de dejar la relativa cobertura del bosque en el que habían abandonado el carguero, Solo y Raiven enviaron sus motojets en direcciones diferentes bajo el control de sus respectivos pilotos automáticos, los cuales habían programado a toda prisa para que siguieran un curso errático manteniéndose siempre dentro de los límites del bosque. Esa pequeña argucia les había hecho ganar algo de tiempo, pero no demasiado. Si el entorno hubiera sido otro, con menos irregularidades, accidentes naturales y vegetación - todo lo cual les estaba ayudando a esconderse -, jamás habrían conseguido llegar hasta las montañas, por cerca que éstas estuvieran de su punto de partida. Los cazas TIE seibergios habían pasado aullando directamente sobre sus cabezas en multitud de ocasiones, obligándoles continuamente a ponerse a cubierto. Cuando no había nada mejor habían llegado a enterrarse apresuradamente en la nieve, lo cual les había permitido burlar los sensores de calor de los cazas, pero también les había metido el frío en los huesos para ya no librarse de él jamás. A menudo escuchaban los motores de las motojets que utilizaban las tropas que los perseguían. El ruido sonaba más cerca cada vez antes de desvanecerse, lo que sugería que los seibergios los estaban buscando en círculos alrededor de la zona en la que habían estrellado el YT-2100, ampliando el radio de búsqueda con cada repetición. Dos o tres veces les había parecido que los sonidos venían de más adelante, y eso les daba más cosas de las que preocuparse: podía haber unidades enemigas esperando para interceptarles en cualquier punto del camino. Ninguno de los dos ignoraba el hecho de que las mismas características del terreno que a ellos les permitían ocultarse de sus perseguidores podían servir también para que a ellos les tendieran una emboscada. Su limitado conocimiento del terreno estaba basado por completo en los mapas tridimensionales de la Región Balania que habían estudiado durante su viaje a Seibergia y en cada momento libre de su estancia en el espaciopuerto de Nurtina, en previsión de que se encontraran en una situación como ésta. Cada cierto tiempo consultaban esos mapas en el datapad de Raiven, con el fin comprobar dónde estaban exactamente y decidir

por donde continuar. Por supuesto, la ruta que seguían era de lo más enrevesada. Tenían que evitar cruzar zonas despejadas, no sólo porque corrían el riesgo de ser divisados desde el aire, sino también para prevenir que las huellas que inevitablemente dejaban en la nieve pudieran traicionarlos. Hacían cuanto podían por borrar el rastro de su paso arrastrando ramas tras ellos, pero con ese truco sólo podían esperar engañar a los pilotos de los TIE. Un observador cercano, especialmente si se trataba de un rastreador experimentado, no tendría demasiadas dificultades en seguirles la pista una vez que diera con ella.

Al final, y a pesar de que hubo momentos en los que les pareció totalmente imposible, los dos pilotos consiguieron alcanzar las primeras estribaciones montañosas sin ser detectados. Una vez allí se concentraron en evitar los pasos más sencillos de cruzar al menos hasta que cayera la noche. Ni siquiera entonces se atrevieron a detenerse. La intensa actividad de los cazas seibergios demostraba que estaba en marcha una operación militar a gran escala, y les hizo coincidir en que no podían permitirse concederse ni un respiro. Si los seibergios se mostraban tan confiados como para olvidar toda precaución y avanzar sobre la Región Bania con sus caminantes a plena luz del día, eso sólo podía significar que las cosas estaban mucho peor que cuando salieron del *Guarida del Lobo*.

Solo volvió la mirada hacia atrás por enésima vez. Pendiente abajo, tan sólo las afiladas siluetas de las rocas y los contornos rugosos de los arbustos y de los cada vez más escasos árboles podían distinguirse en la oscuridad. La bruma que se alzaba del suelo y les cubría hasta la cintura le confería a la montaña un aspecto fantasmal. No había luces que pudieran verse en la distancia, y los únicos sonidos que llegaban hasta sus oídos eran el del viento y el de su agitada respiración. Jadeando, se giró hacia Raiven. - Hace ya rato que no los oímos.

- Eso no significa que no nos sigan ya. No creo que vayan a rendirse tan fácilmente.

- Ojalá te equivoques. Tenemos que estar aún a cuarenta kilómetros o algo así del más próximo de los campos.

- Puede que algo más.

- Eres siempre tan asquerosamente optimista que...

- Shhh, calla... ¿Has oído eso?

- ¿El qué?

- No estoy seguro - Raiven desenfundó su bláster y señaló la roca más cercana. Solo asintió y le siguió.

- No veo nada - dijo Solo mirando por encima del cañón de su pistola bláster. ¿Qué es lo que has oído?

- Como un susurro o algo así. Seguramente ha sido el viento, pero...

- Bien. Cinco minutos de descanso me vendrían muy bien.

- También a mí, lo admito.

- Sólo eso, cinco minutos. Tampoco nos conviene quedarnos fríos.

- Solo.

- ¿Sí?

- Hay alguien ahí abajo, ahora estoy seguro. He visto algo moverse detrás de esos arbustos, allí.

- Maldición. ¿Crees que nos han visto?

## Star Wars: Daños Colaterales

- Quizá no, pero será mejor que nos movamos por si acaso. Podrían estar rodeándonos mientras hablamos.

- De acuerdo, vamos. Si permanecemos agachados, la bruma puede servirnos de cobertura.

- Espera - Raiven buscó en sus bolsillos y sacó de ellos varias tarjetas de datos. - Toma. Mientras despegabas de Nurtina me dio tiempo a copiar parte del material. Creo que debemos separarnos. Si cogen a uno de los dos, el otro tendrá que seguir solo. Si ése eres tú, al menos llevarás contigo la mitad de la información.

Solo miró las tarjetas resistiéndose a aceptarlas, a pesar de que comprendía perfectamente la lógica de su compañero. - No me gusta. No siquiera sabemos si lo que necesitamos está entre lo que has podido copiar.

- No tenemos tiempo de disc...

El sonido de un disparo de bláster, procedente de algún lugar a su espalda, silenció el resto de la frase de Raiven. El rayo se estrelló en un punto situado pocos metros a la izquierda de los arbustos que Raiven le había señalado a Solo un instante antes. Se escuchó un grito de dolor. De pronto la oscuridad se rompió con los cegadores rayos rojos y verdes de un intenso fuego láser cruzado, múltiples disparos saliendo de varios lugares a la vez cuyos zumbidos hacían eco en las rocas y los troncos que les rodeaban, sonando como si todo un ejército combatiera sobre aquella ladera.

- ¡Sangre negra del Emperador! ¿Quién es quién aquí?- Solo tuvo que chillar para que Raiven pudiera oírle por encima del estruendo.

- ¿Cómo quieres que lo sepa?

Uno de los disparos rebotó sobre la cara superior de la roca tras la cual se ocultaban, obligándoles a tirarse sobre el suelo nevado mientras los pequeños fragmentos de piedra arrancados por el impacto les caían sobre la cabeza. Un momento después el tiroteo se había acabado, haciendo volver un silencio que parecía más ensordecedor que el fragor de la batalla recién terminada. Todo había sucedido en cuestión de segundos.

Sin saber si lo que acababa de acontecer les beneficiaba o no, los dos pilotos empezaron a levantarse para irse, pero no llegaron a moverse de donde estaban. Cuatro hombres y una mujer vistiendo prendas de camuflaje de diferentes procedencias surgieron apenas a unos cuantos pasos por detrás de ellos, sin que les hubieran oído llegar. Los cinco llevaban sus armas a mano, pero no les estaban apuntando con ellas. Solo y Raiven enfundaron las suyas, las cuales no habían llegado a utilizar.

- Mi nombre es Ciric Baranka - dijo uno de sus supuestos rescatadores. - Somos miembros del Ejército Baliano de Liberación. ¿Quiénes sois vosotros?

- Me alegro de conocerte - respondió Raiven antes de que Solo pudiera llegar a abrir la boca. De repente el acento coreliano de su compañero no parecía apropiado en absoluto, incluso si dejaba de exagerarlo. - Yo soy el teniente Rovardi y él el capitán Tengroth, de la Nueva República.

- No tenéis pinta de comandos. Tampoco os movéis como si lo fuerais.

Raiven se encogió de hombros, molesto a pesar de sí mismo por el último comentario del guerrillero. - Somos pilotos de caza.

- ¿Pilotos de caza? Eso lo explica. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Raiven le lanzó una mirada fugaz a Solo. Su compañero asintió con la cabeza. No tenían nada que perder confiando en los partisanos balianos, quienes quizá pudieran ayudarles a alcanzar el campo. - Es una larga historia,

pero el hecho es que llevamos con nosotros información que podría probar que los seibergios son los verdaderos responsables de un incidente con un carguero espacial en el que viajaban refugiados.

- ¿Quieres decir el que derribasteis?

Raiven tragó saliva. - ¿Has oído hablar de ello? Bien, entonces ya sabes lo importante que puede llegar a ser esto. Estos datos podrían servir para convencer a los corelianos de que sus amigos seibergios son los malos aquí, y hacerles plantearse si seguir apoyándoles. Si Corellia deja de interferir con las operaciones de la Nueva República, entonces podríamos empezar a ayudaros en serio.

Baranka soltó un gruñido - No nos vendría mal. ¿Podemos nosotros ayudaros en algo a tu compañero y a ti? - Al decir eso Baranka los miró como si para él fuera evidente que sí que necesitaban ayuda. Raiven se tragó sus últimos restos de orgullo y asintió con la cabeza.

- Sí. Tenemos que llegar a uno de los campos de la Nueva República lo antes posible.

- ¿Estáis en condiciones de aguantar una noche de marcha? Parecéis cansados.

- Aguantaremos lo que haga falta - dijo Solo - Y sí, soy coreliano. Lo creas o no hay muchos de nosotros en la Nueva República.

El líder guerrillero lo miró en silencio durante un instante pero finalmente asintió. - Muy bien. Estaréis en uno de vuestros campos por la mañana.

Los partisanos balanios registraron los cuerpos de todos los soldados seibergios que tenían a la vista, despojándoles de cualquier cosa que pudiera resultarles útil. A Solo le pareció que al menos uno de ellos respiraba aún, pero pensó que se había equivocado cuando el guerrillero que le estaba desarmando lo dejó sin mirarlo siquiera. Comida, armas, municiones, botas y varias piezas de armadura fueron repartidas rápidamente entre los cinco miembros del grupo de guerrilleros antes de que todos ellos se pusieran en marcha a buen paso. Podría hacer un minuto desde que habían echado a andar cuando se escuchó un disparo a sus espaldas.

- ¿Qué ha sido eso? - preguntó Solo volviendo la cabeza. Ninguno de los balanios se molestó en contestar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sólo había cuatro de ellos. Faltaba la mujer.

- Ha tenido que ser ella - le susurró Raiven como si le hubiera leído el pensamiento. - Me temo que está rematando a los seibergios.

- Maldita sea - *No era sensación mía. Ése tipo estaba vivo todavía.* - Creo que tienes razón.

El eco de un segundo disparo se escuchó rebotando entre las rocas durante unos instantes. Después sólo quedó el silencio.



# STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

## Capitulo XVIII

- ¡Alce, Lllamarada, despertad!-

Lllamarada abrió los ojos de inmediato, olvidando rápidamente los detalles de la pesadilla que la había atormentado en su reposo. Mientras su mano izquierda buscaba el bláster en la oscuridad, volvió la cabeza en dirección al susurro que le había ordenado despertar. Surgiendo a través de la entrada de la tienda, medio abierta, vio la cabeza y los hombros de Pantera. Llevaba puesta su armadura de combate. Lllamarada no necesitaba más pistas para saber que tenían problemas.

- ¿Qué pasa?- preguntó. Alce ya estaba de pie, con su arma preparada apuntando al suelo. Lllamarada se reunió con él junto a la entrada intentando no molestar al resto de las personas que se encontraban durmiendo en el interior de la tienda. Afuera aún estaba muy oscuro.

- Acabamos de recibir un aviso desde el *Guarida del Lobo*. Hay un ataque aéreo en camino. Aunque aún no podemos saberlo a ciencia cierta, lo más probable es que las tropas seibergias se hayan hecho ya con la mayor parte del terreno que rodea a las montañas, y que nuestros políticos hayan dado por fin su aprobación para una acción armada en apoyo de los balanios. Se nos ha ordenado que aseguremos los pasos de montaña que conducen a los tres campos, y que comprobemos que las áreas circundantes estén libres de merodeadores.

- Me voy contigo - dijo Alce.

- Yo también - se sumó Lllamarada. - Ya tengo el brazo lo suficientemente bien como para volver a disparar con él si es necesario.

- Gracias, pero os necesito a los dos aquí. No podemos dejar el campo desprotegido. El resto del personal de apoyo tiene poca o nula experiencia militar, pero si vosotros os quedáis no tendré que dejar atrás a ninguno de mis comandos. Hay demasiados lugares que cubrir y no tengo tantas tropas como quisiera. Por supuesto no puedo obligarte, Lllamarada. Me superas de largo en rango, pero...

Lllamarada negó con la cabeza. - Lo entiendo perfectamente. Nos haremos cargo de la retaguardia. ¿Alce?

- También me supera en rango a mí - respondió Alce encogiéndose de hombros.

- Muy bien, ahora me voy más tranquilo - El jefe de los comandos Lince sacó una pequeña tarjeta de uno de sus bolsillos y se la entregó a Lllamarada.

- Esto abre el contenedor con las armas. He dejado allí algo de material por si lo necesitáis.

## Star Wars: Daños Colaterales

- De acuerdo, cuenta con nosotros - dijo Lllamarada. – Y buena suerte – añadió mientras Alce le daba a Pantera una palmada en el hombro.

- Lo mismo os digo – respondió el comando girando ya para marcharse.

- Iré a buscar voluntarios - dijo Alce mientras la figura de Pantera se fundía en la oscuridad y desaparecía. – Vamos a necesitar unos cuantos pares de ojos para poder vigilar todos los puntos por los que podría aproximarse el enemigo.

- Vale, pero será mejor que te vistas antes del todo. Caminar por la nieve sin unas buenas botas es malo para la salud, ya sabes.

Alce se miró los pies, comprobando que aún estaba descalzo. – Maldita sea. Parece que me he puesto un poco nervioso.

- Yo también lo estoy, Alce, y creo que sé por qué. Toda esta gente nos importa de verdad, y no queremos que a nadie le pase nada malo.

- Sí, creo que te entiendo. No es que antes de venir aquí no nos importaran, pero...

Lllamarada asintió. – Pero.

Unas tres horas después de que amaneciera, el guerrillero que se había adelantado a inspeccionar el terreno regresó junto al grupo con el que viajaban Solo y Raiven. Exhaustos más allá de lo que podía explicarse con palabras, los dos pilotos escucharon como intercambiaba algunas palabras en balancín con Ciric Baranka. Entonces, para su sorpresa, el líder guerrillero envió al explorador de vuelta por el camino que habían seguido hasta allí.

- Svenica acaba de informarme de que ha contactado con comandos de la Nueva República - les explicó Baranka en básico. - Están sólo a cinco kilómetros de aquí. Les ha dicho que vamos escoltando a dos de sus pilotos de caza y que no se encuentran en buenas condiciones.

- Eso es verdad - dijo Solo, haciendo un gesto con la mano para indicar que no había posibilidad alguna de que se sintiera ofendido por el más que discreto comentario. Baranka también podía haber dicho que estaban medio muertos y no hubiera exagerado tampoco.

- No os sintáis mal - dijo el guerrillero. - Habéis hecho un esfuerzo extraordinario para no estar acostumbrados al ejercicio físico. Cualquiera de mis hombres se encontraría cansado después de un día y una noche de marcha continua.

- Gracias - Baranka había sonado bastante sincero, incluso respetuoso. Solo supuso que viniendo de él aquello había sido todo un cumplido hacia ellos.

- Bien. Vuestros comandos llegarán en pocos minutos, así que aquí es donde nos despedimos. Espero que lo que me habéis dicho sea cierto y que la Nueva República nos ayude.

- La ayuda llegará - dijo Raiven, intentando que no se le notara en la voz ningún atisbo de duda.

Baranka se encogió de hombros. - Con los medios tan pobres de los que disponemos no hay forma de que podamos enfrentarnos con éxito a los caminantes y a los blindados seibergios, pero con o sin ayuda lo intentaremos - Luciendo una sonrisa irónica añadió - Que suban aquí a por nosotros si se atreven.



Solo asintió, y con el rabillo del ojo vio que Raiven hacía lo mismo. Ambos sabían que Baranka no hablaba sólo por hablar. Había muchos lugares en esas montañas a los que los caminantes no podrían llegar. Si los seibergios querían acabar por completo con el ejército Balanio de Liberación tendrían que enviar tropas terrestres, pero éstas estarían siempre en desventaja. Las guerrillas conocían el terreno y sus dificultades muchísimo mejor, y además estaban acostumbrados a moverse sobre él. Había multitud de sitios en los que podían ocultarse de los exploradores seibergios, y desde los que podían emboscar al enemigo casi a placer, como Solo y Raiven habían tenido ocasión de comprobar esa misma noche. Mientras siguieran contando con sus santuarios entre sus cimas nevadas, los ataques relámpago contra las tropas estacionadas en la planicie se seguirían produciendo, aunque sólo fuera de cuando en cuando. Ningún soldado seibergio podría sentirse seguro en la Región Balania mientras quedara un solo guerrillero con vida, y muchos tendrían que morir antes de que ese último cayera.

- Una cosa más - dijo Baranka, al tiempo que se quitaba la mochila y empezaba a buscar algo en su interior. Lo que extrajo de ella fue un paquete rectangular del tamaño de un datapad cuidadosamente envuelto en fibroplástico. - Hace cerca de tres semanas, tres periodistas extranjeros que huían de la policía militar seibergia se toparon con nosotros. Una mujer de Chandrila, un hombre de Bethalia y un devaroniano. Nos acompañaron durante varios días, jadeando todo el tiempo como vosotros, tomando holos de las aldeas incendiadas que encontrábamos a nuestro paso, entrevistando a mi gente y a algunos de los refugiados a los que prestamos asistencia, y grabando varias de nuestras escaramuzas con los seibergios. Los dos humanos murieron juntos mientras escapábamos de un pelotón de soldados de asalto que estuvo a punto de conseguir rodearnos. Estaban demasiado cansados y no pudieron seguirnos. Vimos como les disparaban por la espalda. El devaroniano cayó dos días después de eso, junto con tres de mis hombres. Una pareja de cazas TIE nos sorprendió al descubierto, cruzando un río. Conseguí recuperar su bolsa antes de que la corriente la arrastrara con él, y esto que os doy son los discos de datos que llevaba consigo. Contienen todo el material que grabó, a excepción del último disco que se perdió junto con la holocámara. Me gustaría pensar que ni él ni los otros dos periodistas murieron para nada.

Solo se preguntó si en esos discos se vería también cómo Baranka y los suyos remataban a los soldados seibergios heridos, pero dudaba mucho que los guerrilleros hubieran dejado que los grabaran haciéndolo. El material almacenado ahí correspondería probablemente a una versión parcial de la situación, pero él no se sentía quién como para juzgar nada. De una cosa estaba más que seguro: cualesquiera que fueran las atrocidades que estuvieran cometiendo los miembros del ejército de Liberación Balanio, los seibergios las estaban devolviendo multiplicadas. Esos tres periodistas habían perdido la vida intentando que se supiera, y aunque el interés de Baranka en que lo consiguieran distara mucho de ser puramente personal, tenía razón en ese particular. Si el trabajo de los tres reporteros no llegaba jamás a ser visto y oído por el público, su sacrificio habría sido en vano. Solo tomó el paquete en sus manos y lo colocó con cuidado dentro de su propia mochila. - Haremos todo lo posible porque esto llegue a su destino.

Ciric Baranka asintió y estrechó las manos de ambos. Un instante después los cinco guerrilleros se habían desvanecido. Los dos exhaustos

pilotos se apoyaron en una roca y esperaron en silencio, intentando recobrar el aliento. Apenas dos minutos después de que Baranka y los demás se hubieran marchado aparecieron dos comandos de la Nueva República, una mujer de aspecto atlético y rostro inexpresivo y un hombre de baja estatura que parecía hecho de puro nervio. Vestían uniformes y cascos de color blanco que les permitían camuflarse perfectamente sobre el terreno cubierto de nieve, tanto que Raiven y Solo no los vieron hasta que los tuvieron delante. Los dos pilotos levantaron las manos lentamente bajo el escrutinio de los fusiles bláster con los que los dos comandos les apuntaban directamente a la cara. Solo no pudo dejar de encontrar irónico el hecho de que los guerrilleros no los hubieran encontrado lo suficientemente peligrosos como para mostrarse igual de cautos cuando los encontraron. Al poco hizo su aparición un tercer hombre, éste con el arma apuntando al suelo, que vino a colocarse entre los otros dos.

- Bendita Fuerza, era verdad - dijo la familiar voz de Hiena, el segundo en el mando de los comandos Lince - ¿Estáis vivos o muertos? Flecha, Relojes, dejad de apuntarles. A pesar de la pinta son dos pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo.

- Hola, Hiena - dijo Raiven, todavía sin resuello. - ¿Han empezado ya los tiros?

- ¿Ahí arriba, quieres decir? Aún no, que yo sepa, pero nos han avisado de que el cielo podría caernos sobre la cabeza en cualquier momento. Estamos buscando avanzadillas seibergias, por si acaso.

- Entonces no os molestéis demasiado - dijo Solo. - Tuvimos a unos cuantos pisándonos los talones, pero las guerrillas balanias dieron buena cuenta de ellos. Ahora, escucha. Tenemos aquí información que podr... - Solo no pudo continuar a causa de un repentino ataque de tos. - R- Raiven, por favor...

Raiven sacó el datapad de la mochila y se lo entregó a Hiena tal y como estaba. - Lo que hay almacenado aquí tiene que llegarle a la capitán de navío Gen'ya. Ya.

- Nómada, Goma - dijo Hiena en dirección a una segunda pareja de comandos a los que Raiven y Solo no habían visto. - Id a por las motojets. Quedaos el datapad - dijo devolviéndole el aparato a Raiven -, transmitiréis esa información vosotros mismos. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

- Con suerte - respondió Raiven empezando a toser también -, un paraguerras.

La orden que habían estado esperando había llegado por fin, afectando a todas y cada una de las naves de la Nueva República que se encontraban en el área. La espera se había terminado y estaba a punto de escribirse un nuevo capítulo en la historia del conflicto seibergio-balanio. Víbora frunció el ceño dentro de la cabina de su ala-A. Como era costumbre, el escuadrón Cabeza de Lobo tendría uno de los papeles protagonistas.

Spuk pilotaba la nave de reconocimiento del escuadrón, un ala-RY desarmado, en el que los láseres y los lanzadores de torpedos de protones habían dejado lugar a las cámaras y a los sensores de largo alcance. En una misión como ésta, la experiencia de Spuk como piloto para *Exploraciones Ilimitadas*, la extinta compañía de exploración galáctica, tenía un valor innegable. No en vano se había pasado más horas volando en ese tipo de

naves que ningún otro piloto de la flota. El parcheado grupo Colmillos le cubriría a corta distancia, con el único objetivo de mantener al indefenso ala-RY de una pieza al menos hasta que hubiera terminado su trabajo. Drake era el único piloto que realmente pertenecía al grupo de ala-X, pues ni Solo, ni Raiven ni Sacart estaban allí - y éste último jamás volvería -. El arrebnaciano dirigió su mirada por encima del ala superior de estribor para comprobar visualmente la posición de su hombre-ala sulustano, de nombre Budda Mostar, que pilotaba el caza de Raiven. Drake apretó los labios incómodo. No le gustaba nada el hecho de tener que afrontar una misión tan peligrosa como prometía serlo ésta teniendo que volar junto a un desconocido, pero no había nada que pudiera hacer para remediarlo. Al menos Hanniuska le había dado a Mostar una unidad R2 de las nuevas, pues en caso contrario habría sido de muy poca ayuda. A pesar de la inquietud que sentía, Drake no pudo dejar de sonreír al recordar la cara del sulustano cuando descendió de su ala-X prestado, después del viaje de quince horas desde Sullust en compañía del insufrible androide de Raiven, *Arpin*, acostumbrado a discrepar con cualquier decisión que tomase el piloto y a comunicárselo de forma tan poco educada como ruidosa.

A la izquierda de Drake, Ibero y el otro sulustano - Biv Dubbo se llamaba - completaban el grupo Colmillos. El iberiano estaba a cargo de los cuatro ala-X en ausencia de Solo. Su unidad R2, a la que él llamaba *Sancho*, y la del propio Drake, *Ledner*, mantenían un doble enlace - ondas de radio y láser - con el R4 de Spuk, preparados para recibir la información que éste les enviara. Mientras ninguno de ellos fuera derribado, los dos androides trabajarían como unidades de procesamiento adicional, filtrando e interpretando los datos que registrasen los equipos sensores del ala-RY antes de retransmitirlos al resto de la fuerza de ataque de la Nueva República. Si uno caía - precedido probablemente por su hombre-ala -, el otro continuaría solo. Si caían los dos, que la Fuerza ayudara a Spuk, porque seguramente ya no quedaría nada entre él y los láseres de los corelianos.

Varios kilómetros por detrás del ala-RY y su escolta de ala-X, Víbora y el grupo Sombras componían la segunda línea de protección para la vulnerable nave de reconocimiento. Araña, emparejado como de costumbre con Sunami, retenía el mando del grupo de ala-A, con Reek y Halcón ocupando las posiciones tercera y cuarta de la formación. Mientras el desarrollo de la misión lo permitiera, Víbora se mantendría ligeramente apartado, intentando conservar durante el mayor tiempo posible una visión general de la situación y asignando objetivos a los dos grupos de cazas a través de Araña e Ibero. Cuando las cosas se complicaran de verdad, volaría como hombre libre, aportando sus dos cañones láser y los diez misiles de impacto cargados en los lanzadores de su ala-A allá donde hicieran más falta. Esta vez Groznic y sus Zarpas habían quedado separados del resto del escuadrón para formar parte de lo que sería la fuerza principal de bombarderos de la Nueva República. Docenas de ala-Y y ala-B, escoltados por un número similar de ala-A y ala-X, esperaban en las cercanías de las naves capitales a que los datos proporcionados por la misión de reconocimiento les llegaran convertidos en vectores de entrada y asignaciones de blancos en la superficie de Seibergia. Entonces lanzarían su ofensiva.

La flota entera avanzaba a velocidad de crucero hacia Seibergia siguiendo a distancia a los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo. Los cruceros corelianos se desplazaban en paralelo con ellos, mientras sus cazas

maniobraban alrededor como aves de presa, preparados para lanzarse contra la fuerza de ataque enemiga e impacientes por vérselas de nuevo con los pilotos de la Nueva República. Lo único que esperaban era a tener confirmación de que los aparatos enviados como avanzadilla habían cruzado la línea invisible que marcaba el comienzo del espacio interior de Seibergia, hecho que marcaría el final irreversible de la tregua.

Víbora volvió la cabeza para echar un vistazo por encima de su hombro. Todo un escuadrón de ala-X, armados como ya sabían con misiles de impacto en lugar de con torpedos de protones, se mantenían detrás de ellos, tan cerca que podía distinguirlos a simple vista. *Ésta va a ser una mala pelea, peor incluso que la anterior. Entonces perdimos a cuatro pilotos, por no mencionar a Sparks. ¿Cuántos van a caer hoy?*

- Dos-Cuatro - transmitió, - aquí Cabeza de Lobo Líder. ¿Cuál es tu tiempo estimado de llegada?

- Aquí Dos-Cuatro, Líder - respondió inmediatamente Spuk. - Aproximadamente dieciocho minutos.

- Roger, Dos-Cuatro. Avísame cuando sean cinco.

- Copiado, Líder.

Víbora sentía que un cierto fatalismo empezaba a dominarle, pero no podía hacer nada por evitarlo. La sensación le resultaba familiar. Le recordaba cómo se sentía cada vez que iniciaba a una misión en sus pasados y más oscuros días, antes de que desertara de la armada imperial. La angustia, el desprecio hacia sí mismo y la culpa le comían por dentro durante cada instante en que se encontraba fuera de servicio. Cada vez que efectuaba una salida de combate esperaba que fuera la última, pues en cada una de ellas buscaba la muerte. Ahora todo aquello estaba superado y no deseaba morir en absoluto, pero en su pensamiento estaba el hecho de que, lo quisiera o no, bien podía suceder hoy. Sin duda a alguien tenía que tocarle. Quizá no fuera a él, pero sí a uno, a dos, o a más de sus compañeros, ahora subordinados. En el último día y medio habían llevado a cabo casi una veintena de simulaciones. Víbora había sido el que menor número de veces había resultado muerto, sólo dos. En el lado opuesto de la escala, a Spuk lo habían derribado en todas las ocasiones menos en una. Los parámetros de la simulación incluían siempre al ala-RY como blanco prioritario de los corelianos, como ciertamente sucedería en la realidad. Los esfuerzos conjuntos de los pilotos de los grupos Colmillos y Sombras le habían permitido sobrevivir el tiempo suficiente como para completar el reconocimiento en tres de cada cuatro intentos. Una de cada dos ocasiones en las que lo habían derribado conseguía saltar a tiempo. Por lo tanto, según el simulador, las posibilidades de que Spuk pudiera llevar a cabo su tarea eran del 75%, y sus posibilidades de seguir con vida después de eso eran aproximadamente del 50%, suponiendo que en el caso de tener que eyectarse fuera rescatado a tiempo - y que no le sucediera lo que a Torpedo, por ejemplo -. Y sin embargo, a pesar de todo, Spuk había seguido presentándose voluntario para pilotar la maldita cosa. Víbora descompuso el gesto. Ya era bastante duro perder a compañeros tuyos en una misión, pero aún era peor si eras tú quien se encontraba al mando, cuando tuya era la responsabilidad de hacer las cosas de un modo u otro, y tus errores a la hora de elegir podían ser la causa directa de esas muertes. Esa diferencia la había

aprendido del modo más trágico posible, en su primera salida como líder del escuadrón, y desde entonces no había podido dejar de preguntarse si realmente estaba hecho para el mando. No era que pensara que no sirviera para ello. Sabía que era un excelente piloto de caza, probablemente el mejor del escuadrón, y era capaz de mantener la cabeza fría tanto dentro como fuera del combate. Podía mandar un escuadrón, sí que podía, pero no le gustaba tener que hacerlo.

Como si eso importara. Le gustara o no, no había opción alguna. Tenía que aceptar esa responsabilidad, asegurarse de que se alcanzaban los objetivos de la misión, y traer de vuelta a tantos pilotos vivos como fuera posible. Lo haría lo mejor que pudiera, y esperaba con todo su corazón que eso fuera suficiente. Si la muerte le sorprendía mientras lo intentaba, que no fuera al menos porque se hubiera distraído, o porque hubiera volado por debajo de sus habilidades y de su entrenamiento. Si uno o más de sus pilotos morían, que no fuera porque él hubiera subestimado una amenaza, o porque hubiera fallado un disparo fácil. Eso era todo lo que se atrevía a pedir.

Y no obstante, aquí, en su único y auténtico elemento, había una parte de él que no dudaba realmente de sus posibilidades. Los corelianos podrían ser todos pilotos de primera, así lo habían ya demostrado, pero ninguno de ellos podía presumir de haber estado luchando en primera línea durante años como sí que era su caso. No, desde luego que no lo iban a tener fácil. Víbora se sorprendió al descubrir que en lo más profundo de su ser, allá donde no llegaban las consideraciones de la razón y existía sólo el instinto, sentía verdaderas ansias por volver a entrar en combate. Sin poder hacer nada por evitarlo, experimentaba un amargo y en cierto modo perverso deleite al pensar que estaba a punto de encontrar su propia y particular venganza. Los corelianos iban a pagar por cada amigo que habían matado y por los que quizá matarían hoy. Víbora se acordó de lo que Mar Hanniuska le había pedido justo después de la última batalla e hizo suyo el deseo de la mecánico jefe. *No te preocupes, Mar, no me olvidaré de tus dos corelianos. Por Detrs y por Kllips y por el resto de tus mecánicos. Y después algunos más por Torpedo, por Iceberg, por Sacart y por Ermitaño.*

- Señora - dijo APD-5 llamando la atención de la capitán de navío Gen'yaa. - Acabamos de recibir una solicitud para el envío de una transmisión encriptada desde Campo Dos.

- ¿Encriptada?- Gen'yaa frunció el ceño, molesta por la interrupción. El momento no podía ser más tenso, con la flota avanzando hacia una batalla segura y los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo a minutos escasos de su objetivo. - ¿Qué puede ser tan importante? - Aún no había terminado de formular la pregunta cuando de repente comprendió de qué o mejor dicho de quién podía tratarse. *Tengroth y Rovardi.* - Acepta la transmisión y pásamela aquí.

- *Guarida del Lobo* - se escucho decir a Solo, su voz sonando perfectamente clara y limpia de estática - aquí el capitán Tengroth en Campo Dos.

- Aquí la capitán de navío Gen'yaa. Informe, capitán.

- Señora, creo que lo tenemos. La unidad de almacenamiento de nuestro datapad está llena de todo tipo de datos relacionados directa o indirectamente

con la nave derribada, principalmente grabaciones de transmisiones y registros de la base de datos del espaciopuerto de Nurtina, millones de ellos. No sabemos dónde está exactamente lo que está usted buscando, pero si existe debe estar aquí.

- Transmítalo todo. Ahora.

- Recibiendo datos - confirmó APD-5 casi de inmediato. El androide estaba conectado a la unidad de comunicaciones a través de los puertos situados en sus dedos. Varios de los indicadores ópticos situados en su cuello comenzaron a parpadear mientras ejecutaba verificaciones de la integridad de los datos y procesaba fragmentos de información en busca de claves para su clasificación que compartía con el ordenador central del *Guarida del Lobo*.

- APD-5, ábreme una línea con el *Libertador*. Date prisa. Tengroth, necesito que me dé alguna pista, algo que me sirva para empezar a buscar. ¿No puede decirme nada? ¿Ni siquiera el nombre de la nave?

- Lo siento, señora, no hemos tenido ocasión de...

- ¡*Mano del Idiota!*- se escuchó exclamar a Raiven. - ¡Ése era el nombre, señora!

En el puente del destructor estelar *Libertador*, que había tomado el puesto del *Alma Valiente* como nave insignia, Leia Organa observaba con atención los movimientos de ambas flotas junto al vicealmirante Sinensis. Si nada lo remediaba, y a ella no se le ocurría cosa alguna que pudiera obrar el milagro a estas alturas, esas gigantescas naves estarían muy pronto disparándose las unas a las otras con su inmensa potencia de fuego. Era tal la capacidad de destrucción congregada allí que a Leia no le cabía la menor duda que desde el instante mismo en que diera comienzo la batalla los muertos empezarían a contarse por docenas, poco después por cientos, y que al final de la lucha serían miles los caídos. - Espero que estemos haciendo lo correcto - se escuchó decir a sí misma.

- Sólo el tiempo puede responder a eso - contestó el vicealmirante.

- Hemos hecho todo lo que hemos podido para evitar que sucediera esto, ¿verdad?

- Yo creo que sí - respondió Sinensis, visiblemente incómodo.

- Es difícil estar seguros, no obstante. En cualquier caso, es demasiado tarde para arrepentirse. Ahora nos toca actuar y ser firmes, y que la Fuerza nos acompañe a todos.

- Que así sea, consejera.

Leia sintió la mano de alguien tocándole suavemente en el hombro. Al volverse se encontró como era de esperar con Invierno. La expresión de su rostro era tan neutra como de costumbre, pero a través de la Fuerza percibió que algo hacía que su asistente se sintiese extrañamente ansiosa. Eso no es típico de ella. Leia se puso alerta. - ¿Sí, Invierno?

- Es la capitán de navío *Gen'yaa*, del *Guarida del Lobo*. Sus dos agentes han aparecido en uno de nuestros campos de refugiados.

El corazón de Leia se saltó varios latidos - ¿Qué tiene?

- De momento sólo datos sin procesar. Pide tiempo para revisarlos.

Leia suspiró, sintiendo como la súbita explosión de esperanza que había experimentado moría tan rápidamente como había nacido. - Tiempo es la única

cosa que no podemos darle - dijo Leia. - Dile a la capitán de navío Gen'yaa que vuelva a ponerse en contacto si descubre algo que podamos usar.

Invierno frunció el ceño. - ¿No vas a hacer que se posponga el ataque?

- Podría ordenarles a nuestros cazas que esperen - sugirió el vicealmirante Sinensis. - Después de tantos días, una hora más tampoco debería suponer mucha diferencia.

Leia negó con la cabeza. - No permitiré que ni un solo balanio más sufra o muera a causa de que decidimos concedernos algo más de tiempo antes de hacer algo por ayudarles. Ya hemos esperado demasiado.

A bordo del *Primer Ciudadano*, el almirante Sellman y varios de sus oficiales de alto rango tenían ante sus ojos una vista muy similar a la que en esos mismos momentos contemplaban sus contrapartes en el lado de la Nueva República. Por los altavoces del puente se escuchaba la voz del comandante del escuadrón Coronet, informando sobre el avance de los cazas enemigos hacia espacio seibergio.

- Aquí Coronet Líder. Si mantienen su velocidad actual cruzarán los límites en doce minutos.

El capitán del *Primer Ciudadano*, que se encontraba entre los acompañantes del almirante Sellman, se aproximó a la unidad de comunicaciones para hablar directamente con el jefe de escuadrón. - Coronet Líder, aquí el capitán de navío Bormeis. ¿Cuántas naves de reconocimiento ha podido usted ver?

- Sólo un ala-RY, señor, escoltado por varios cazas estándar del tipo ala-A y ala-X.

- En ese caso marque el ala-RY como objetivo primario, comandante. Tiene usted permiso para derribarlo tan pronto como cruce los límites. Probablemente esperará hasta el último momento antes de desplegar los contenedores con los sensores de largo alcance. Acabe con él antes de que lo consiga .

- No será fácil alcanzar al ala-RY sin eliminar antes a una parte significativa de su escolta, señor.

- Haga lo que tenga que hacer, comandante.

- A sus órdenes, señor. Será un placer.

El almirante Sellman gruñó por lo bajo. Sus hombres tenían demasiadas ganas de entrar en combate, y no debería ser así. A veces le parecía que él era el único en comprender las consecuencias de lo que estaba a punto de pasar. Después del día de hoy, nada volvería a ser lo mismo para Corellia. Estarían en guerra quién sabía por cuánto tiempo. Miles, millones quizá, morirían en ella, y de un modo u otro el pueblo coreliano saldría perdiendo. La Nueva República podría ser aplastada, sí, pero ellos no volverían a ser libres nunca más. Primero serían aliados, poco después ciudadanos del Imperio. Es decir, sirvientes del Emperador. *Ésta podría ser la última vez que mando mi propia flota. La próxima ocasión puede que tenga que responder ante un gran almirante imperial.*

- Avise a los seibergios - le dijo al capitán Bormeis. - Más vale que se preparen para enfrentarse a los cazas y a los bombarderos que consigan pasar, si es que alguno lo hace, y que nos ayuden a proteger su propio espacio.

## Star Wars: Daños Colaterales

- De acuerdo, almirante.
- Dígale también al capitán del *Soberano* que se deje caer diez kilómetros más por detrás nuestro. De ese modo serán capaces de amenazar al *Rescatador* cuando maniobre para encararnos.
- Eso nos deja en una posición algo más vulnerable en el caso de que el *Borrasca* o el *Libertador* intenten rodearnos - comentó el segundo oficial de Bormeis.
- Puede, pero no podemos esperar ganar esta batalla sin correr ningún riesgo. ¿Alguna noticia desde Corellia?
- No, señor - respondió el oficial de Comunicaciones del *Primer Ciudadano*. - El Diktat ha enviado un mensaje pidiendo que se le mantenga informado, eso es todo.
- Muy bien.
- Diez minutos hasta los límites - anunció la voz de Coronet Líder. Sellman notó como todo el mundo se iba poniendo más tenso a su alrededor. Se acercaban al punto de no retorno. Diez días de conversaciones para acabar ahora así. No quería pensar que hubiera sido un error aceptar la propuesta de tregua de Organa, pero en esos instantes resultaba muy difícil no verlo así. Había esperado que la consejera llegara a comprender cuál era su posición. Por un momento casi había creído que podrían alcanzar un acuerdo satisfactorio para ambas partes, pero no había sido más que una ilusión. Sellman se acordó de cómo se habían estrechado las manos pocos días antes, la abierta sonrisa de Organa y su propia satisfacción, pero en seguida ese recuerdo fue sustituido por el de la consejera amenazándole, dándole un ultimátum. Sintió cómo volvía la ira. - Va a hacerlo - murmuró el almirante entre dientes. - La avisé, pero no ha querido escucharme.
- Perdón, ¿decía usted algo, almirante?
- No, nada, capitán. - *La mayoría de los corelianos no somos demasiado hábiles cuando se trata de emplear la palabra. Pero Leia Organa y la Nueva República están a punto de descubrir lo bien que se nos da pelear.*

Talina Gen'yaa tenía que hacer un considerable esfuerzo para mantener la mente clara dadas las circunstancias. Era posible que tuviera en sus manos la prueba que demostrara que los seibergios estaban involucrados de algún modo en el incidente pero no podía utilizarla, ya que ni sabía dónde encontrarla ni tenía tiempo para buscarla.

- APD-5, ¿Qué porcentaje de la información has recibido hasta ahora?
- Ochenta y cinco punto cuatro dos por ciento, señora - respondió el androide sin volver la cabeza - Acabaré en menos de treinta segundos.
- ¿Es posible descryptar y analizar ese volumen de información en menos de... nueve minutos?
- Lo siento, señora. No dispongo de suficiente capacidad de procesamiento.
- ¿Y si pongo a tu disposición todos los recursos informáticos del *Guarida*?
- En ese caso las posibilidades de éxito aumentan considerablemente, pero debo advertirle que sería a costa de desactivar temporalmente muchos de los sistemas de la nave.



- Eso ya lo sé - Gen'yaa se acercó a un terminal e introdujo su chip de identificación personal seguido de una orden. Uno tras otro, y tan deprisa como le era posible, se dedicó a completar una serie de procedimientos de seguridad que incluyeron la introducción de dos conjuntos de claves memorizadas, un análisis de retina y otro de microtejidos - para esto último bastaba con poner el dedo sobre el dispositivo lector y se activaba un láser quirúrgico capaz de extraer una muestra microscópica de piel sin que el sujeto lo notara siquiera -. Cerca de ella, el capitán Wumb observaba el proceso en silencio, sin cuestionar lo que la bothan estaba a punto de hacer. Durante el tiempo en el que no pudiera contar con sus ordenadores, el *Guarida de Lobo* estaría prácticamente indefenso y sería apenas gobernable, y eso justo antes de que estallara una batalla. Pero si había aunque sólo fuera una oportunidad de evitar la guerra, no cabía duda de que tenían que intentarlo.

- Hazlo, APD-5 - dijo Gen'yaa. - Ahora.

- ¿Qué debo buscar, señora?

- Información acerca de una nave llamada *Mano del Idiota*. Algo que la relacione con una operación militar, o quizá... No, no, espera. Concéntrate en las transmisiones de voz hacia y desde esa nave cuya fecha de grabación se corresponda con la de hace trece días. Busca expresiones en básico o en seibergio que incluyan los términos Nueva República, rebelde, caza, bloqueo... misil, mina, balanio y refugiado.

- Procesando - Frente a Gen'yaa, la pantalla táctica quedó congelada durante un instante y después se apagó, como la mayoría de los instrumentos y consolas que había en el puente. Wumb explicó brevemente a la tripulación lo que estaba sucediendo y sus instrucciones fueron retransmitidas eficientemente al resto de la nave a través del sistema de comunicaciones interno, que no estaba afectado por el parón general. Cada persona debía esperar en su puesto hasta que sus equipos recuperaran la señal del ordenador, y si era necesario reorganizar los sistemas bajo su responsabilidad en el menor tiempo posible. Mientras tanto, los artilleros tendrían que operar sus armas de forma manual, sin sensores ni sistemas de guiado ni de control de puntería. Gen'yaa escuchó como Wumb hablaba con la teniente Boradelis, en la sección de ingeniería. La moncalamari mantendría los escudos bajo una configuración estática. Si eran atacados antes de que se recuperaran los procesos informáticos que se encargaban de compensarlos automáticamente en caso de ser alcanzados, una concentración de fuego sobre cualquier punto vulnerable bastaría para destruir al portanaves en cuestión de segundos, tan pronto como quedara traspasado el blindaje del casco. La capitán de navío era consciente de que, una vez más, la vida de todos los miembros de su tripulación estaba en juego. Pero al menos esta vez estaba con ellos.

- Ya está todo - dijo Raiven. Solo y él estaban solos dentro de la tienda que albergaba la unidad de comunicaciones de Campo Dos. Los comandos que les habían traído hasta aquí habían vuelto a partir a toda prisa con sus motojets para volver junto a Hiena y al resto de su equipo. - Acaban de cortar la transmisión desde el *Guarida*.

- Me ha parecido que Gen'yaa estaba bastante nerviosa.

- Así es. Hasta hoy lo habría creído imposible.

- Eso sólo puede significar una cosa - Solo sacudió la cabeza, repentinamente deprimido. - Maldita, maldita sea. Llegar tan lejos y pasarlo tan mal tan sólo para descubrir que ya es demasiado tarde.

- No digas eso, ni siquiera lo pienses – Raiven apoyó una mano sobre el hombro de su compañero. – Gen'yaa sabrá qué hacer.

Solo asintió, aunque sin demasiada convicción. Durante algunos días casi - sólo casi - había llegado a olvidarse de la razón última por la que estaban en Nurtina, jugando a los espías. Ahora la realidad de lo que estaba pasando en algún lugar por encima de sus cabezas cayó sobre él como un martillo sobre un cristal de Naferr II. Solo se estremeció, sintiéndose enfermo, a punto de vomitar. Ya había tenido que disparar contra su propia gente una vez, y ellos le habían disparado a él. Rezaba para que no hubiera una segunda ocasión.

- Cinco minutos a la línea fronteriza - informó Spuk, tal y como Víbora le había ordenado. El piloto del ala-RY revisó una vez más los indicadores de estado de cada uno de los sistemas, dedicando especial atención a los que controlaban el funcionamiento de todos los equipos de reconocimiento. Sería más que frustrante si a cualquiera de ellos le diera por fallar precisamente ahora. Sobre sus pantallas sensoras aparecían representadas las señales correspondientes a varias docenas de naves. Demasiadas de ellas eran de color violeta. *Mierda. Si tan sólo me hubieran podido dar uno de esos nuevos ala-RX no me hubiera sentido tan expuesto.* Al menos el ala-RY tenía potentes escudos y un buen blindaje. Aguantaría un castigo considerable antes de desintegrarse. Spuk chasqueó la lengua disgustado. Lo mejor sería que se concentrase en su tarea y evitara perder el tiempo calculando otra vez cuáles era sus posibilidades de salir vivo de ésta. Eso ya lo habían hecho los simuladores, aunque empezaba a temer que ese 50% que habían dictaminado fuera demasiado optimista.

- Cazas de la Nueva República - la voz de un hombre con un claramente reconocible acento coreliano se dejó escuchar por los auriculares de cada uno de los pilotos - Aquí el comandante Baler, al mando del escuadrón Coronet. Creo que ya lo sabéis, pero sólo por si acaso os aviso de que estáis a punto de entrar en espacio seibergio. Tenemos órdenes de disparar en cuanto crucéis la frontera.

- Aquí Cabeza de Lobo Líder - contestó Víbora por la misma frecuencia. - Es usted muy amable, comandante. Por mi parte le aviso también de que si nos atacan nos defenderemos. Cabeza de Lobo Líder fuera.

En la cabina de su ala-A, Araña puso los ojos en blanco. Incluso si el tal comandante Baler no se hubiera identificado por su nombre, no habría tenido problema alguno en reconocer su voz. *El tipo del maldito desfile.* Araña inspiró profundamente. *Tiene que ser mi destino o algo así.* Le pidió al ordenador de vuelo que identificara a la nave coreliana que había sido origen de la transmisión, y apenas un instante más tarde uno de los puntos violetas que aparecían sobre su pantalla sensora comenzó a parpadear. Araña sonrió de medio lado y seleccionó esa signatura en la primera posición de su memoria de blancos. Recordó que la otra vez no lo había hecho, a pesar de que no le habían faltado oportunidades para localizar al caza de Baler dada la cantidad de transmisiones que efectuó antes de que se iniciara el combate. Se preguntó cómo era posible que no se le hubiera ocurrido algo tan sencillo, con las ganas

que tenía de darle una lección al presuntuoso coreliano. Al pensar en ello se dio cuenta de que ahora no se sentía enfermo como entonces. Ni tampoco tan ansioso, ni tan tenso y ni siquiera la mitad de furioso. *¿Tendría razón el Tijeras? ¿Reaccioné en exceso porque mi organismo estaba falto de sueño?* Araña soltó un gruñido. *Basta de darle vueltas a lo que ya no tiene remedio. Lo único que significa esto es que ahora seré capaz de hacerlo mucho mejor, así que vigila tus seis en punto, Baler.*

- Cuatro minutos - se escuchó decir a Spuk.

APD-5 volvió bruscamente su cabeza hacia Gen'yaa, saliendo de su inmovilidad. - Tengo lo que me ha pedido, señora. Máxima coincidencia con los parámetros de búsqueda.

- ¡Libera los recursos del ordenador principal! A todos los puestos, aquí la capitán de navío Gen'yaa. ¡Reinicien sus sistemas ahora!

La bothan se colocó al lado del androide, cogió unos auriculares y le pasó un segundo par al teniente de navío Dey'jaa, que acababa de llegar atendiendo a su llamada. No quería que el resto de los oficiales del puente se distrajeran justo ahora, cuando debían apresurarse para devolver a su estado operacional todos los sistemas que dependían total o parcialmente de los ordenadores, antes de que se encontraran bajo fuego enemigo. Quedaban menos de cuatro minutos. Poquísimo. El capitán de fragata Wumb inclinó la cabeza en dirección a Gen'yaa y se hizo cargo de la situación. A una señal de la capitana, APD-5 comenzó a reproducir una grabación de las transmisiones efectuadas desde el *Mano del Idiota*, al parecer muy poco antes de que fuera interceptado por la patrulla de cuatro cazas del escuadrón Cabeza de Lobo. Los dos bothan escucharon con la mayor atención, concentrándose al máximo para no pasar por alto ni una sola palabra. Aunque APD-5 hubiera acertado a la primera, no tendrían ocasión de pasar la grabación otra vez para estar seguros. Si esto no era lo que necesitaban, tampoco quedaría tiempo suficiente para seguir buscando entre los terabytes de información que el androide había almacenado en los bancos de datos del *Guarida del Lobo*. Gen'yaa y Dey'jaa se perdieron los avisos de tres y de dos minutos antes de alcanzar los límites del espacio seibergio transmitidos por el piloto de la nave de reconocimiento. De pronto se miraron el uno al otro y Dey'jaa asintió. Gen'yaa se quitó los auriculares de un manotazo y los dejó caer descuidadamente sobre la cubierta.

- ¡APD-5, ponme en contacto con el *Libertador* ahora mismo!

- ¡Leia, es Gen'yaa otra vez!- exclamó Invierno desde una de las consolas del bajopunte del destructor estelar. - ¡Dice que lo tiene!

Leia le lanzó una mirada fugaz a Sinensis y saltó directamente al bajopunte, junto a Invierno y al oficial técnico que operaba la unidad de comunicaciones anexa. - Alférez, conecte esos altavoces.

- Aquí la consejera Organa, capitán de navío Gen'yaa. ¿Qué es lo que ha encontrado?

- Consejera, los seibergios amenazaron al piloto del transporte siniestrado con derribarlo y le obligaron a intentar engañar a nuestros pilotos. Tengo la grabación de las transmisiones.

- Bendita Fuerza...

El vicealmirante Sinensis le habló desde la cubierta principal del puente.  
- Consejera, ya no hay tiempo. La nave de reconocimiento está a medio minuto de cruzar la frontera.

Leia se obligó a sí misma a mantener el control de sus nervios. - Capitán de navío Gen'yaa, transmítasela directamente a los corelianos, sin encriptar. Intentaré convencer al almirante Sellman para que retenga a sus fuerzas. Vicealmirante, llame al comandante del escuadrón Cabeza de Lobo. Dígale que esperen.

A través de los altavoces del puente escucharon la voz de uno de los pilotos que escoltaban a la nave de reconocimiento. Los corelianos les estaban disparando. Invierno miró a Leia a los ojos.

- Demasiado tarde.

- Muy bien, gente - transmitió Víbora. - Ya sabéis lo que hay que hacer. Tres, dos, uno, ¡Ahora!

A la señal de Víbora, los cuatro ala-A del grupo Sombras ejecutaron un giro invertido de ciento ochenta grados y se encararon con los ala-X enemigos, disparando misiles de impacto contra sus blancos preasignados sin esperar a que sus sistemas de guiado se centraran sobre ellos. La formación coreliana se deshizo en cuestión de décimas de segundo mientras los pilotos maniobraban para esquivar las cabezas de guerra dirigidas contra ellos.

Spuk empujó hasta el fondo la palanca del selector de potencia, que hasta ese instante había mantenido en la posición de tres cuartos, y redirigió la mitad de la energía de los generadores de escudos para reforzar la potencia de los motores. El ala-RY saltó hacia delante seguido tan sólo por los ala-X de Ibero y de su hombre ala. Drake y el otro sulustano conservaron su velocidad y rumbo presentes pero incrementaron considerablemente la distancia entre ellos, abriéndose hacia ambos lados. Si algún caza enemigo hacía intento de cruzar por el hueco que acababan de dejar en persecución del ala-RY, teóricamente estarían en condiciones de derribarlo en pocos segundos.

- Desplegando contenedores en treinta segundos - informó Spuk.

La retaguardia se había convertido en una auténtica locura. Apenas se había extinguido el eco de los primeros disparos cuando ya uno de los ala-X corelianos explotaba en un millón de fragmentos y otro más perdía una de sus alas, alcanzados ambos por sendos misiles de impacto. Reek consiguió derribar a un tercero con una descarga combinada de su cuatro cañones láser justo antes de recibir el impacto de un misil enemigo en la tobera de su motor de babor. El sonido de la alarma inundó la cabina ensordeciéndole mientras activaba el mecanismo de eyección. Piloto y asiento fueron lanzados lejos del maltrecho ala-A justo cuando otro misil penetraba en el casco y detonaba en el interior del pequeño caza. Halcón alcanzó al ala-X que había disparado esos dos misiles maldiciéndose a sí mismo en voz alta por haber llegado tres segundos tarde. Por un brevísimo instante creyó ver un borrón anaranjado a un centenar de metros por encima de su cabeza. La señal intermitente procedente de una boya de localización de emergencia apareció fugazmente en su pantalla sensora, confirmando su impresión.

- ¡Siete ha saltado! ¡Creo que está bien!

- Gira veinte grados hacia babor y te cubriré - dijo Víbora. - ¡Atentos todos, que no pase ninguno!

## Star Wars: Daños Colaterales

- ¡Malas noticias! - exclamó Araña. - Cuatro de ellos van ya de camino. ¿Los seguimos?

- Negativo, Nueve, olvídate de ellos. Uno-Cuatro, aquí Líder. Cuatro bandidos van hacia vosotros.

- Roger, Líder - respondió Drake con fría calma. - Estamos listos y esperándoles.

- Contenedores desplegados, sensores activos - informó Spuk. - Tengo lecturas positivas. Transmitiendo datos.

- Señor, estamos recibiendo una transmisión sin codificar y por un canal abierto de una nave de la Nueva República.

- ¿Qué nave? - preguntó el almirante Sellman volviéndose extrañado hacia el capitán Bormeis.

- El *Guarida del Lobo*.

- ¿El *Guarida del Lobo*?- repitió. Había esperado oír que se trataba del *Libertador*. Sería muy propio de Leia Organa llamar ahora, cuando no quedaba nada que decir, e intentar convencerle una vez más para que contraviniera las instrucciones del Diktat y no siguiera adelante. Pero el *Guarida del Lobo* era ese sorprendente portanaves de combate que había intentado enfrentarse en solitario contra toda su flota cuando entraron en el sistema, y que había conseguido desactivar temporalmente al *Soberano*. - Ordene a su gente que analicen esa transmisión con sumo cuidado, capitán. Podría ser una trampa.

- Sí, señor. Alférez, active los protocolos de seguridad de la unidad de comunicaciones y analice la transmisión. Asegúrese de que no contiene ningún tipo de virus para confundir o incapacitar nuestros ordenadores. Si esconde un intento de intrusión en nuestros sistemas bloquee la transmisión.

- Negativo a ambas cosas, señor, puedo confirmárselo ya. Parece una grabación, sin imagen, hologramas ni datos de ninguna clase. Sólo voz.

¿Y ahora qué traman esos rebeldes? pensó Sellman, sorprendido pero intrigado a pesar suyo. - Pásela a esta consola, alférez, pero antes de reproducirla aísole la consola del resto del sistema. Por si acaso. Capitán Bormeis, prepárese para contrarrestar la maniobra de sus naves capitales en cuanto hagan su movimiento. Ordene que dos tercios de nuestra fuerza de cazas avancen dos mil kilómetros en dirección a Seibergia y esperen allí para interceptar a los bombarderos de la Nueva República, lejos de la cobertura de sus destructores.

- A sus órdenes, señor.

- .... *Mano del Idiota*, aquí *Repartidor Uno* - comenzó la grabación. - Eso ha sido un misil de impacto, lo he hecho explotar antes de tiempo. Es el único aviso que vamos a darte... - Sellman torció el gesto. ¿Qué es esto, Organa?

- Señor - le llamó el alférez. - Tenemos una solicitud de transmisión de el *Libertador*.

*Aquí está la dama*. - Acepte la transmisión. Consejera Organa, ¿es usted?

- Sí, almirante Sellman. ¿Han recibido la grabación?

- La estoy escuchando ahora mismo. ¿Puede explicarme qué se propone con esto?

- Esa grabación es la prueba que usted pedía. Los seibergios utilizaron al transporte en el que viajaban los refugiados para tendernos una trampa, tanto a Corellia como a la Nueva República. Querían que derribásemos esa nave para desacreditarnos a nosotros y al mismo tiempo obligar a Corellia a tomar parte activa en el conflicto.

- Eso no tiene ningún sentido, consejera. Es obvio que está usted intentando ganar tiempo, pero no lo va a conseguir.

- Nada de lo que diga servirá para convencerle - dijo el vicealmirante Sinnessis en voz baja, pero no tanto como para que Invierno no pudiera oírlo.

- ¿Quiere usted apostar, señor? - preguntó, pero a pesar de lo mucho que confiaba en el talento de Leia como negociadora no podía dejar de pensar que Sinnessis tenía razón.

Leia también había oído el comentario, pero no quiso admitir la derrota. No ahora, cuando tenía al fin aquello por lo que había estado suspirando desde el mismo comienzo de esta crisis. Un involuntario escalofrío le recorrió la espalda, no obstante, cuando se le ocurrió preguntarse si acaso el Diktat no habría cedido ya a las presiones de Sate Pestage. Si ése era el caso lo que acababa de decir Sinnessis era cierto, y la Nueva República tenía un nuevo enemigo declarado. Uno que podía destruir desde dentro lo que tanto esfuerzo y tanta sangre había costado construir, cuando los miles de corelianos que servían en las fuerzas armadas y en la administración de la Nueva República empezaran a cuestionarse a qué bando debían sus lealtades. Pero cuanto más escuchaba de la grabación - la estaba oyendo al mismo tiempo que Sellman - más segura estaba de tener razón. Los seibergios eran los verdaderos causantes de todo esto, probablemente con el apoyo o incluso bajo las órdenes del Emperador. ¿Pero cómo hacer que el almirante Sellman, la persona de quien dependía todo en ese instante, comprendiera la verdad? *Probablemente cree que se trata de una falsificación, algo que hemos confeccionado con la única intención de retrasarle, tal y como acaba de afirmar. Llegará el momento en que sus técnicos le dirán que la grabación era auténtica, pero para entonces ya será demasiado tarde como para cambiar los hechos. Si tan sólo pudiera hacerle dudar de sus ideas preconcebidas, que aceptara al menos la posibilidad de que pueda estar equivocado en esto. ¡Piensa, Leia, piensa!* En lugar de dejarse llevar por la desesperación, Leia se relajó y dirigió su mirada hacia su propio interior, buscando en la Fuerza la serenidad que tanto necesitaba. Sabía que todo estaba en su mente. Todos los datos sobre el conflicto, los precedentes, cada hecho relevante, cada clave. En un momento en el que cualquier otra persona hubiera sucumbido al nerviosismo de contar con segundos escasos para encontrar una palabra o dos que pudieran detener la catástrofe que se abalanzaba sobre todos ellos, Leia Organa se encontró más en calma que nunca. El tiempo pareció detenerse a su alrededor. Los oficiales que se encontraban en el puente del *Libertador* exclamaban avisos y gritaban órdenes, pero ella no los oía. Las pantallas tácticas se cubrían de datos a medida que el vicealmirante Sinnessis desplegaba la flota y la hacía maniobrar para el combate, pero ella no veía nada de todo eso. Era algo que Invierno se había preguntado en voz alta, en las primeras horas después de que se tuviera noticia del incidente, y Mon Mothma le pidió a Leia que se preparara para desplazarse al cúmulo Viayak en cualquier momento. Ella

misma le había repetido esa pregunta al almirante Sellman en una de sus primeras sesiones, pero él no había querido o no había sabido responderla, y la pregunta había quedado en el aire, olvidada hasta ahora. *¡Eso es! pensó, ¡Sí, eso es!*

De pronto Leia sabía exactamente qué era lo que tenía que decir.

- Almirante Sellman, ¿sabe usted quién le dijo a la gente de Coronet News en qué coordenadas debían buscar los restos del transporte?

La grabación terminó en ese mismo instante. A pesar de encontrarse hablando al mismo tiempo con Organa, al almirante Sellman no se le había escapado ni una sola palabra. Si esa transmisión era lo que la consejera decía que era, y suponiendo que no se tratara de un fraude, realmente podría probar que los seibergios no eran inocentes de ese incidente en particular. Pero, ¿cambiaba eso algo? Los seibergios eran sus aliados, y tenían todo el derecho a usar cualquier truco que se les ocurriera con tal de romper el bloqueo que la Nueva República había establecido unilateralmente en torno a su mundo. Sembrar las rutas espaciales de minas no era precisamente una táctica muy limpia, pero considerando su inferioridad respecto a la flota de la Nueva República, ésta era la mejor opción que le había quedado a los seibergios para poder obstruir al menos las actividades del enemigo. Sellman estaba a punto de interrumpir la transmisión sin molestarse siquiera en contestar a Organa, cuando de pronto se dio cuenta de a qué se refería realmente la consejera. La respuesta a su pregunta era también la respuesta a las suyas propias. ¿Importaba quién le había pasado la información a los medios? Sí, importaba. ¿Cambiaba eso algo? Sí, lo cambiaba todo. Había leído los informes de Inteligencia. Coronet News había recibido la información de una fuente seibergia sin revelar, horas antes de que los tres transportes incapacitados por los cazas de la Nueva República fueran reparados y devueltos. *Por eso llegaron hasta allí tan pronto, sabiendo justo dónde buscar. Como sabían también lo que iban a encontrar, lo que verían al acercar sus cámaras a los restos del carguero derribado. Los seibergios querían que fueran periodistas corelianos quienes lo descubrieran. Lo hemos sabido todo el tiempo. Todos hemos admitido que fueron las imágenes difundidas por Coronet News lo que provocó el incremento en la presión popular, empujando al Diktat a mostrarse de acuerdo con una intervención militar para la que hasta la fecha había negado su permiso. La jugada les salió muy bien a los seibergios. Lo único que omitieron explicar fue que habían sido precisamente ellos quienes colocaron a esa nave bajo los cañones de los cazas de la Nueva República. Quién sabe si no lo habrían intentado ya antes...* El almirante Sellman descubrió que a pesar de lo que le había contestado a la consejera Organa hacía menos de un minuto, lo que le había contado sí que tenía sentido. Todo el sentido.

- Maldito sea Somolovich y cada uno de los seibergios con los que me topado en mi vida - dijo en voz alta. - Capitán, ordene a nuestros cazas que abandonen el combate con los cazas de la Nueva República. Alto el fuego.

- ¿Señor?

- ¡Ha oído usted bien, capitán! Consejera Organa, ¿aún me está usted escuchando?

- Sí, almirante, sigo aquí.

## Star Wars: Daños Colaterales

- Pueden llevar a cabo su reconocimiento, pero mantenga a sus bombarderos donde están o no habrá conseguido usted nada, ¿está claro?

- ¿Significa eso que ya sabe usted lo que van a mostrar los datos del reconocimiento?

- Sus bombarderos, consejera - insistió Sellman, evitando responder a la última pregunta de Leia Organa. Ambos sabían que era retórica. - Deme quince minutos. Quince minutos y después continuaremos con lo que tengamos pendiente - El coreliano no quiso aclarar si lo que retomarían serían las negociaciones recién interrumpidas o la batalla apenas empezada, pues eso precisamente era lo que debía resolverse en los quince minutos que le había pedido a Organa.

A bordo del *Libertador*, Leia dudaba. A medida que se iban recibiendo los primeros datos enviados por el ala-RY del escuadrón Cabeza de Lobo, los potentes ordenadores del destructor los desencriptaban y procesaban sin apenas retardo, traduciéndolos como información coherente que tuviera sentido para los seres de carne y hueso que la esperaban con impaciencia. Leia tenía los primeros resultados delante de sus ojos, representados sobre pantallas tácticas cuya colorida simbología hacía años que había aprendido a descifrar. Había caminantes AT-AT y AT-ST a cincuenta kilómetros escasos de los campos de refugiados. Escuadrones de cazas TIE sobrevolaban las escarpadas cordilleras de la Región Balania, en busca probablemente de grupos guerrilleros y de sus campamentos, inspeccionando el terreno antes de que las fuerzas de tierra se aventuraran a través de los pasos de montaña. Aquí y allá los sensores habían detectado señales de pequeños combates. Las lecturas termales mostraban una aldea que en esos mismos instantes estaba en llamas, y tres más que habrían ardido durante la noche. Tropas motorizadas rodeaban a los últimos pueblos, situados ya sobre las mismas laderas. En quince minutos podían morir más civiles balanios, pero si había interpretado correctamente lo que Sellman decía entre líneas, en ese tiempo podía evitarse la guerra entre Corellia y la Nueva República. *Una vez más me toca decidir la vida o la muerte para otras personas.*

- De acuerdo, almirante Sellman - dijo al fin. - Quince minutos. *Libertador* fuera. - Leia hizo un inequívoco gesto en dirección al oficial de comunicaciones para que cortara la transmisión. - ¿Vicealmirante?

- ¿Sí, consejera?

- Dígale a los comandantes de los escuadrones de bombarderos que esperen sus órdenes. Durante quince minutos.

- ¿Se van?- transmitió Víbora perplejo, incapaz de entender qué estaba sucediendo allí. - ¡Todo el mundo, alto el fuego!

Araña miró al ala-X que un segundo antes había estado centrado en su retícula de disparo. Aún podía alcanzarle con sus dos últimos misiles de impacto, pero apartó el dedo del gatillo sin lanzarlos. El piloto resopló, sin saber muy bien si debía sentirse aliviado o enfadado. *Adiós, comandante Baler. Siga practicando formaciones para el próximo desfile.* - Roger, Líder. Cesamos el fuego.



## Star Wars: Daños Colaterales

- Aquí Dos-Cuatro - se escuchó la voz de Spuk. La satisfacción que sentía era más que palpable en su tono. - He terminado aquí.

- Muy bien, gente, buen trabajo. *Libertador*, aquí Cabeza de Lobo Líder.

- Le copiamos, Cabeza de Lobo Líder.

- Los cazas corelianos acaban de retirarse del combate. Hemos completado la misión de reconocimiento, pero tenemos a dos pilotos extra-vehiculares.

- La lanzadera de rescate va de camino, Cabeza de Lobo Líder. Su tiempo estimado de llegada es de siete minutos.

- Gracias, *Libertador*, la esperaremos aquí. Cabeza de Lobo Líder fuera.

Además de Reek, el hombre ala de Drake se había visto obligado también a abandonar su nave, pero Drake lo había localizado ya y confirmaba que el sulustano parecía estar bien. Otros cinco pilotos informaron de daños más o menos severos en sus cazas, pero todos ellos aseguraban estar en condiciones de regresar al *Guarida del Lobo* por sus propios medios. Víbora se dejó guiar por la señal de la boya de localización de Reek. El ala-A de Halcón ya estaba allí, maniobrando cuidadosamente para mantener su posición relativa a veinte metros del piloto derribado. Reek había conseguido reducir considerablemente su deriva haciendo uso de las microtoberas instaladas en el asiento, lo cual facilitaría considerablemente la operación de salvamento. Los nervios de Víbora se calmaron considerablemente. Eso significaba que estaba consciente y probablemente ileso. Afortunadamente para él apenas tendría que esperar unos minutos a que lo recogieran. A pesar del campo de fuerza que su unidad de soporte vital proyectaba en torno a él - la tecnología de ese campo era idéntica a la de los generadores de escudos - y la protección de su traje de vuelo presurizado, Reek tenía que estar empezando a notar el frío. No obstante, era evidente que no había perdido el sentido del humor, porque se estaba dedicando a saludar con la mano a Halcón y a Víbora como si hubiera salido tan sólo a darse una vuelta por el espacio. Víbora soltó una carcajada y sacudió la cabeza con incredulidad. Parecía que después de todo iba a poder terminar el informe de esta misión con su anotación preferida.

Bajas: ninguna.

Entretanto, el almirante Sellman no perdía el tiempo. Le llevó cinco minutos hacer que un par de técnicos del *Primer Ciudadano* llevaran a cabo un análisis preliminar de la grabación, mientras que desde el Departamento de Seguridad Coreliana le enviaban toda la información de la que disponían acerca del *Mano del Idiota* y su piloto, que resultó ser un contrabandista de poca monta sobre el que ya pesaba una orden de búsqueda y captura. Eso explicaba muchas cosas. Cuando los técnicos confirmaron que el patrón de voz proporcionado por los CorSecs coincidía con el del piloto al que se escuchaba en la grabación, Sellman llamó directamente al Diktat y le informó rápidamente de la situación.

Cuando aún no habían transcurrido diez minutos desde la conversación mantenida entre el almirante Sellman y Leia Organa, Cisco Francmonde, Diktat de Corellia, daba vueltas por su despacho en la Casa del Gobierno en Coronet City, consumido por la impaciencia. Se interrumpió a medio camino entre un

paso y el siguiente cuando un asistente le notificó que la comunicación que había pedido estaba ya establecida. El Diktat tomó asiento frente al holoprojector y compuso postura y expresión antes de asentir en dirección al asistente. Éste presionó un botón en la consola del holoprojector e inmediatamente abandonó la estancia tal y como se le había instruido. La imagen tridimensional de un hombre canoso, más o menos de su edad, se materializó frente a Francmonde. Doinos Somolovich sonrió de forma educada, quizá ligeramente exagerada.

- Diktat, me siento honrado - dijo.

- Ha perdido, Somolovich.

- ¿Qué quiere usted decir?

- Haría bien en ordenar ahora mismo a sus tropas que abandonen la Región Balania.

- ¿Qué?

- Ha sido una maniobra inteligente, tengo que admitirlo. Demasiado inteligente para usted, en realidad. Más bien parece el tipo de planes que se le ocurren a los cerebros de la Inteligencia Imperial.

- Diktat, con todos los respetos, será mejor que se explique usted, o...

- ¿O qué, Somolovich? Por el coste de una nave y de su tripulación, y las vidas de un puñado de refugiados a sumar a los muchos que ha matado, ha estado a punto de conseguir que le declaremos la guerra a la Nueva República, y todo con tal de que pudiera usted quitarse de encima el problema de los balanos sin que nadie le molestara. Pero el caso es que lo hemos descubierto todo, así que el juego se ha acabado. Retire sus tropas de la Región Balania, Somolovich. Ya.

A medida que el Diktat hablaba, Doinos Somolovich iba palideciendo. Olvidada ya la sonrisa, su expresión se había vuelto mortalmente seria para cuando volvió a abrir la boca para contestar. - No puede usted darme órdenes, Diktat, por muy buenas que sean nuestras relaciones. El ejército seibergio puede ir a cualquier lugar de Seibergia, incluido lo que usted insiste en llamar la Región Balania. No es asunto de nadie más. Ni del Imperio, ni de la Nueva República, y ni siquiera de usted.

El Diktat permitió que parte de la irritación que sentía se le notara en la voz. - Si nuestra flota no estuviera ahora mismo en su sistema, la Nueva República se estaría dejando caer sobre las cabezas de sus soldados con todo su poder. No puede pensar en serio que tiene la capacidad militar necesaria para oponérseles, ¿verdad? Ya lo ha intentado antes, en estos últimos tiempos, y ha fallado.

- Todo eso lo admito, pero he de hacer constar que en ningún momento les hemos pedido ayuda militar, aunque por supuesto agradecemos que nos la hayan prestado desinteresadamente. Retire sus naves si eso es lo que quiere. Evite verse envuelto en la guerra contra la Nueva República. Puede que consigan aniquilarnos o puede que no, pero en cualquier caso ninguno de sus preciosos navíos sufrirá daño alguno.

El Diktat sintió que su ira iba en aumento mientras escuchaba las palabras de Somolovich. Percibía el desafío en su tono y lo veía en su cara. Sabía demasiado bien lo que Somolovich callaba, pensando sin duda que era innecesario mencionarlo. Llévase sus naves y el pueblo coreliano le retirará inmediatamente su apoyo. Permita que la Nueva República nos bombardee y prepárese a sufrir el acoso de los pro-imperiales hasta que se vea obligado a

dimitir, y quizá ni siquiera con eso conseguirá salvar a su mundo de la guerra civil. Pero el Diktat sabía que ese razonamiento había dejado de ser correcto hacía exactamente doce minutos.

- ¡Basta, Somolovich!- gritó. Por un instante el jefe de estado seibergio pareció encogerse, como si acabara de darse cuenta de que había ido demasiado lejos en su provocación. El Diktat disfrutó al comprobar esa reacción, pero no se dejó llevar por la furia. Era demasiado buen político como para eso. - Escúcheme bien. Debe parar de matar balanios ahora mismo, porque ya no vamos a seguir defendiéndole. El pueblo coreliano comprenderá muy bien mi decisión cuando escuchen en las noticias la grabación de cómo sus hombres amenazaban a un compatriota, piloto de una nave también coreliana, para obligarle a marchar hacia la muerte junto a sus inocentes pasajeros para que usted pudiera forzarnos a prestarle nuestra ayuda. Pero a causa de nuestra pasada amistad, le estoy ofreciendo una oportunidad para salvar algo de todo esto. Dé a su ejército la orden de retirada y hablaremos con la Nueva República para que suspendan el ataque masivo que están a punto de lanzar contra sus fuerzas. Seré tan amable y comprensivo con usted como para dejar allí mis naves por unos días más, y le ayudaremos a negociar el final del bloqueo. Debe entender usted que, muy pronto, mantener a su ejército intacto se va a convertir en su única oportunidad para conservar el poder, aunque sólo sea por un tiempo.

Somolovich vaciló. - Las guerrillas balanias siguen siendo una amenaza para nosotros. No podemos retirarnos mientras...

- Hablaremos sobre las guerrillas en otro momento. Ahora no disponemos de tiempo. Adiós, Somolovich.

- Consejera Organa, aquí el almirante Sellman.

- Le copio, almirante - Leia echó una mirada a su cronómetro de pulsera. Exactamente catorce minutos y medio.

- Acabo de hablar con el Diktat. Dice que acaba de conversar con el gobierno seibergio para persuadirles de que retiren sus tropas de la Región Balania. Me ha pedido también que le diga que usted podría ayudarle a agilizar considerablemente su tarea negociadora. Todo lo que tiene que hacer es ordenar un ataque simbólico contra la vanguardia de las fuerzas seibergias.

Leia volvió la mirada hacia Invierno y el vicealmirante Sinessis, que casi no podían creer lo que acababan de oír. - ¿Un ataque simbólico? - preguntó Leia. - Defina el término simbólico, por favor.

- Digamos tres o cuatro bombarderos con su escolta, lo justo para convencer a los seibergios de la sabiduría de escuchar la oferta que les ha hecho el Diktat.

- Muy bien, creo que entiendo lo que quiere decir, almirante. Haremos lo que nos pide, pero comuníqueme al Diktat que si en las próximas horas no detectamos signos de retirada por parte de las tropas seibergias, nos veremos obligados a atacar con fuerzas mucho más considerables que éstas.

- De acuerdo, consejera. También podría usted hablar con sus contactos en la guerrilla balania y decirles que todo será mucho más fácil si se abstienen de acosar a los seibergios mientras se marchan.

- Me parece muy justo, almirante. Organa fuera - Leia suspiró, ahora sí, con gran alivio. Había estado a punto de darle las gracias al almirante Sellman

por su ayuda, pero dadas las circunstancias podría haberlo interpretado como una burla. Quizá algún día pudiera decírselo sin temor a causar un malentendido.

- Enhorabuena, Leia - dijo Invierno en voz baja. - Parece que has vuelto a hacerlo.

Leia consideró aquello por un instante. Este conflicto aún no se había terminado, aunque lo que sí era verdad era que la mayor causa de preocupación para la Nueva República parecía a punto de quedar definitivamente atrás. No habría guerra contra Corellia. El Imperio se había visto frustrado en su intento de atraer a su causa a un aliado tan decisivo. No obstante, la razón que había empujado a la Nueva República a implicarse en la crisis seguía vigente. Si, como parecía, los seibergios habían reducido a cenizas la mayor parte de los hogares de aquellos a quienes habían venido a proteger, asesinando a muchos de ellos, entonces la verdad era que habían fracasado en su tarea. Incluso Invierno, siempre tan perceptiva, parecía estar olvidándose de un hecho tan importante. Eso le preocupaba, aunque desde cierto punto de vista había que interpretarlo como una buena señal. Al igual que ella, era probable que el resto de la galaxia viera esto como un nuevo e importante triunfo para la Nueva República, algo que contribuiría a que siguieran ganándose simpatías en muchos mundos no alineados y a que otros se animaran por fin a solicitar formalmente su admisión. La ironía le hizo sentirse profundamente triste, pero hacía mucho que Leia había dejado de creer en la victoria como algo absoluto. La realidad era que todo resultaba relativo, y lo que unos percibían como fracaso otros lo llamarían victoria. Se preguntó qué habría pensado su padre adoptivo de esto. Se lo preguntaría a Mon Mothma, que lo había conocido tan bien, cuando tuviera la ocasión. Mientras tanto lo que tenía que hacer era seguir moviéndose. Se giró hacia Invierno y asintió una única vez.

- Eso parece - admitió. - Hemos evitado una catástrofe cierta tanto para Corellia como para la Nueva República, gracias sin duda a la capitán de navío Gen'yaa y a su gente. Almirante, llame al *Guarida del Lobo*. Creo que resultaría apropiado que fueran precisamente los bombarderos del escuadrón Cabeza de Lobo quienes ejecutaran nuestra pequeña exhibición de fuerza, pero seleccione a otra unidad como escolta. Su compañeros han visto combate más que suficiente por hoy.

- Me parece muy bien, consejera.

- De acuerdo, allá vamos - dijo Groznik. Cuatro ala-B se separaron de la formación de bombarderos de la Nueva República, seguidos de cerca por uno de los escuadrones de ala-A del *Libertador*. En su satisfacción, al wookiee le llevó casi cinco minutos darse cuenta de que no deberían ser cuatro, sino sólo tres. Una vez fue consciente del hecho, apenas tardó un segundo en comprobar sus sensores para comprobar que el cuarto cazabombardero era el de Alce, y menos aún adivinar quién estaba a los mandos.

- Quince, ¿eres tú? - preguntó. - Si es así, me gustaría hablar contigo en privado.

- Como desees, mi peludo líder - respondió la voz de Sparks. Cómo se las había apañado para despegar del *Guarida* sin que nadie le detuviera y unirse a la formación él solo sin levantar sospechas era un misterio para

Groznik. - Acabo de reducir el alcance de la transmisión a unos pocos centenares de metros, así que nadie aparte de ti y de los chicos estáis oyendo esto. Te sugiero que hagas lo mismo.

- Estupendo. Y ahora dime, ¿tienes idea del lío en el que te estás metiendo, y de los problemas que me vas a causar a mí, de paso?

Hubo algunos segundos de silencio. - Tienes razón en eso último - dijo Sparks finalmente. - Tan sólo quería hacer esto por una última vez, pero regresaré al *Guarida* ahora mismo si es lo que quieres.

Groznik dejó escapar uno de sus intraducibles gruñidos wookie. - ¿Es tu corazón o tu cerebro la parte de ti que no funciona bien? Si vuelves ahora entonces sí que es seguro que Gen'yaa se dará cuenta.

- Correcto de nuevo.

- Bien. Intenta que no te derriben y que no te dé tampoco ningún otro ataque, ¿harás eso por mí?

- Me he tomado mis pastillas como un buen chico.

- Imbécil.

- No le tengas eso en cuenta, colega - intervino Granito. - Ya sabes que el wookie te adora.

Tras recibir las buenas nuevas desde el *Guarida del Lobo*, Solo y Raiven se pusieron en contacto con los otros dos campos para informarles. Para sorpresa y alegría suya, quien se hizo cargo de la comunicación en Campo Uno no fue otra que Llamada en persona. Hasta ese instante ni siquiera sabían que seguía con vida, y su alborozo fue aún mayor al enterarse de que Alce y Rúster estaban también con ella. Solo acababa de cortar la transmisión cuando el sonido inconfundible de los motores de varios ala-B en vuelo atmosférico se dejó oír por encima de ellos. Los dos pilotos salieron de la tienda a toda prisa, justo a tiempo de vez como cuatro cazabombarderos seguidos por una escolta de ala-A descendían hacia el otro lado del paso que ellos habían cruzado a pie durante la noche. Ambos gritaron y festejaron durante un minuto entero antes de decidir que estaban demasiado cansados como para continuar dando saltos en la nieve de esa manera. Tan pronto como regresaron al interior de la tienda, Raiven se puso a buscar algo en su mochila. Sólo se dio cuenta y lo observó con curiosidad. Estaba a punto de preguntarle de qué se trataba cuando lo vio con sus propios ojos. El coreliano abrió la boca de par en par.

- Un par de botellas para nosotros, ¿recuerdas? - dijo Raiven con satisfacción. - Son las dos que le diste al director del espaciopuerto. Lo del dinero ya no tenía remedio, pero esto sí.

Solo se rió con ganas. - No tenemos vasos.

- Es la primera vez que oigo que un coreliano pueda echarlos en falta.

- Apúntate una. Venga, dame una de esa botellas y tú quédate con la otra.

- Por ti, compañero - brindó Raiven levantando su Whyren Reserve.

- Y por ti también. Lo conseguimos, ¿eh?

- Claro que sí... Aaaarrrggghhh... qué fuerte está esto. Se me había olvidado lo mucho que me gusta.

- Como coreliano me enorgullece oírte decir eso. Gracias, amigo mío. Muchísimas gracias.

## Star Wars: Daños Colaterales

- ¿Por gustarme tu bebida nacional?
- No - Solo se puso serio. - Por ayudarme a evitar una guerra contra mis compatriotas.
- Si te pones a llorar ahora pienso decírselo a todo el mundo. Te lo prometo.
- Bah. Bebe y calla.

Un raro silencio reinaba en el exterior del Palacio Presidencial en la capital de Seibergia. Hoy no había programada ninguna de las habituales manifestaciones de apoyo al gobierno, y el frío del incipiente invierno mantenía las calles prácticamente vacías de gente. Aquellos que pasaban lo hacían con prisa, dirigiéndose hacia sus destinos sin dedicarle ni siquiera una mirada rápida a la lujosamente decorada fachada del imponente edificio, construido hacía más de doscientos años, ni a las banderas de Seibergia y del Imperio - todavía el Imperio - que colgaban de los grandes balcones y ondeaban pesadamente sobre los tejados negros. En lo alto, nubes plomizas cubrían por completo el cielo, amenazando con enterrar la ciudad bajo una espesa capa de nieve probablemente esa misma noche. Aún menos vehículos circulaban por el permacreto inmaculado de la amplia y elegante avenida, pues el bloqueo de la Nueva República había impuesto severas restricciones en el consumo energético para usos privados. Dentro del Palacio, ministros y asesores militares intercambiaban susurros nerviosos que eran escuchados y reproducidos inmediatamente después por sus asistentes, que se los transmitían a la legión de oficiales de bajo rango a su cargo, éstos al personal administrativo, a los camareros, hasta alcanzar finalmente - los contenidos deformados y exagerados hasta hacerlos casi irreconocibles - hasta al último de los moradores fijos u ocasionales de la opulenta residencia.

Medio hundido en el mismo masivo sofá en el que se habían acomodado Moffs y generales imperiales, varios Diktats corelianos y los embajadores y cónsules de un millar de mundos, Doinos Somolovich contemplaba incrédulo el holoprojector de última generación, sordo a los murmullos que viajaban por los pasillos más allá de esa cámara. La calidad de la imagen no estaba en consonancia con el sofisticado equipo que las reproducía, pero la claridad era más que suficiente. Ante los ojos de Somolovich y de tres de sus consejeros de confianza los ministros de Defensa y Economía, Godan Tantalovich y Helenia Ivonidev, y el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, general Ilian Bodipagic -, varios cazabombarderos de la Nueva República entraban y salían a toda velocidad de la vista panorámica en tres dimensiones en la que se veía una semiplanicie rocosa y cubierta de nieve, enmarcada por las impresionantes montañas que se alzaban más allá. Sobre el terreno, caminantes AT-ST y AT-AT, tanques repulsores y otros vehículos militares se estremecían sacudidos por las explosiones de los torpedos de protones, lanzados con gran precisión por los pilotos enemigos. Mientras la voz de un anónimo teniente coronel llamaba frenéticamente solicitando más apoyo aéreo, la imagen ascendió para mostrar lo que estaba sucediendo bajo los cielos nublados. Un caza TIE al que le faltaba casi la mitad de uno de sus paneles solares se desplomaba en barrena hacia el suelo, escupiendo enormes llamas por las toberas de sus motores iónicos. De pronto su escotilla superior saltó por los aires, despedida violentamente por una pequeña explosión interna, y una borrosa forma oscura

salió expulsada desde la cabina. Somolovich siguió con la mirada la trayectoria del piloto que acababa de eyectarse hasta que desapareció de su vista en los límites de el cubo de proyección. En su mente, se vio por un instante como si él fuera ese mismo piloto, escapando de la nave condenada en la que hasta muy poco antes se había sentido completamente seguro. El dictador seiberbio se quitó esa imagen de la cabeza enfadado consigo mismo por concebirla siquiera. Su gobierno estaba lejos aún del colapso, pero en ese mismo momento, como intentando desmentir esa impresión, otro TIE resultó alcanzado en el mismo centro de la imagen, y en esta ocasión el caza estalló sin darle tiempo a su piloto para ponerse a salvo. La figura más o menos triangular de un ala-A se dejó ver por un brevísimo instante, maniobrando hábilmente para esquivar los restos incandescentes arrojados en cien direcciones diferentes por la deflagración. Otra voz, diferente a la del alto oficial que aún seguía gritando pidiendo ayuda, anunció que los refuerzos aéreos estaban en camino, que estarían allí en dos minutos, pero ya los aparatos de la Nueva República elevaban el morro hacia el cielo para desvanecerse en segundos más allá del techo de nubes, dejando tras ellos los restos humeantes de sus víctimas. Ni uno solo de los agresores había conseguido ser derribado por el puñado de TIEs que lo había intentado ni por el fuego defensivo de los caminantes.

Esto había sido sólo un aviso. Somolovich se dio cuenta de eso antes de que el general Bodipagic lo dijera en voz alta. El ministro de Defensa mostró su acuerdo con un gruñido, mientras que su colega de Economía calculaba probablemente lo que le costarían las pérdidas al tesoro nacional. Somolovich no se sorprendió en absoluto cuando su ayuda de cámara se acercó a él con la mayor discreción para susurrarle al oído que tenía una llamada de Corellia. Somolovich asintió lentamente, y pronto la imagen del campo de batalla fue reemplazada por la de la cabeza y los hombros de Cisco Francmonde, el actual Diktat de Corellia.

- Doy por sentado que está usted informado acerca de lo que acaba de suceder en la Región Balania, ¿no es así?

- Lo he visto con mis propios ojos, Diktat - respondió Somolovich con desprecio. - Es una vergüenza que haya consentido usted esto.

- ¿Una vergüenza, dice usted? La vergüenza es que intentara engañarnos para hacernos entrar en una guerra que no nos concierne.

- ¿Qué no les concierne? Qué fácil, qué provechoso, es pretender que se es neutral cuando otros luchan por ti. Si el Imperio no estuviera conteniendo a la Nueva República, ¿cuánto tiempo cree que duraría la independencia de Corellia?

El Diktat se permitió esbozar una sonrisa. - He escuchado ese mismo argumento de boca de Sate Pestage unas cuantas veces ya. Viniendo de la suya, Somolovich, resulta incluso menos convincente. Se lo repetiré una sola vez más. Saque a sus tropas de la Región Balania y prepárese para negociar un acuerdo con la Nueva República sobre el futuro de los balanios. Y mientras tanto, procure dar muestras de buena voluntad. Por ejemplo, puede empezar abriendo las puertas de los campos de concentración...

- ¿Qué campos de concentración?-

- ...y asear y dar de comer a esos desgraciados antes de dejarlos salir, porque puede apostar a que fuera les estarán esperando las cámaras. Y por

favor, deje tranquilos a los periodistas. Ahora los necesita más que nunca, créame.

La imagen desapareció bruscamente, y Somolovich se encontró mirando al vacío. Nadie se atrevió a romper el silencio durante cinco largos minutos, mientras él pensaba qué era lo que iba a hacer. No escuchó ni un solo consejo o recomendación por parte de sus asesores, que por una vez parecían haber decidido dejarle a él, y sólo a él, la responsabilidad de tomar cualquier decisión. Una de las primeras sería precisamente la de reemplazarles a ellos, con la excepción quizá de la ministra de Economía. Iba a necesitar a esa mujer casi tanto como las simpatías de los medios. El Diktat estaba en lo cierto respecto a ese particular. Pero antes de que pudiera ponerse a pensar acerca de la composición de un nuevo gabinete de gobierno, tenía que decidir cuál iba a ser su próximo paso.

- ¿General?- dijo de pronto, sobresaltando a los dos ministros, al propio general y al demudado ayuda de cámara, que esperaba instrucciones cerca de la entrada a la sala.

- ¿Sí, señor Presidente?

- Convoque a su estado mayor. Que organicen la retirada completa e inmediata de todas nuestras tropas en la Región Balania. Quiero que salgan de allí de forma ordenada pero sin demoras.

- Entendido, señor Presidente.

- Ministro Tantalovich, ordene que abran los campos de concentración, y tenga en cuenta todas las sugerencias del Diktat de Corelia.

- Sí, señor.

- Ministra Ivonidev, envíe de mi parte un mensaje a la Presidenta de la Nueva República. Dígale que me reuniré con sus delegados aquí mismo, cuando ella lo estime conveniente.

- ¿No es eso algo que debería hacer el ministro de Asuntos Exteriores, señor Presidente?

- Usted es la única mujer que hay en mi gobierno, y Mon Mothma es mujer también. Todo cuenta, ministra.

- Sí, señor Presidente.

- Gracias por ser tan comprensiva. - Somolovich reparó en que sus subordinados lo miraban todavía con una mezcla de perplejidad y de renovado respeto. Al parecer su calmada reacción resultaba inesperada para ellos, pero eso era porque no lo conocían en realidad. Si algo había que Doinos Somolovich era por encima de todo, era un experto superviviente. Si para seguir vivo y en su puesto tenía que rendirse, eso sería lo que haría, y que otros se sintieran humillados si querían. Él no. Cumplir o aparentar que cumplía con las exigencias del Diktat y de la Nueva República le permitiría ganar tiempo, tiempo que emplearía para estudiar sus opciones y planear sus movimientos futuros. Quizá era hora ya de que abandonara sus pasados sueños de grandeza y se retirara a algún lugar agradable. Quizá. Pero no se iría con las manos vacías.

Cisco Francmonde le pidió a su equipo de gobierno que le dejaran a solas durante media hora. Necesitaba ese tiempo para poner en orden sus pensamientos, antes de que tuviera lugar su siguiente encuentro vía holograma. A pesar del hecho de que era ya más de medianoche, sabía que no



podía permitirse el lujo de irse a dormir y demorarlo aunque sólo fuera por unas horas.

Lo mejor de todo era que por fin empezaba a verle el final a la crisis, y que ese final distaba mucho del que se había temido hasta hacía tan poco. Lo peor, que aún quedaba mucho trabajo por hacer antes de poder darla por cerrada. Tan pronto como las grabaciones de cuya existencia le había informado el almirante Sellman llegaran a los medios - y llegarían, pues él mismo había dado ya la orden -, Somolovich y su gabinete quedarían completa e irreversiblemente desacreditados. Los ciudadanos de Corellia y de los otros mundos le respaldarían en sus decisiones, pero no le perdonarían si dejase de prestar asistencia al pueblo seibergio por muy corruptos que hubieran demostrado ser sus dirigentes. No quedaba más remedio que mantener en pie la mascarada, al menos por un tiempo, por mucho que le apeteciera dejar que Mon Mothma estrujara a Somolovich tanto como quisiera. Le gustara o no, Corellia seguiría teniendo un papel importante en las negociaciones entre Seibergia y la Nueva República. En fin, comparado con lo que podía haber pasado, esto no dejaba de ser un mal menor.

El Diktat acercó una silla a la ventana y la abrió, no sin antes apagar todas las luces de su despacho. Su personal de seguridad se volverían locos si se enteraran de que había hecho algo así. Dirían que sin la protección anti-bláster que le proporcionaba el transpariacero, un francotirador podría alcanzarle a una distancia de cinco kilómetros o más. Por supuesto contaba con los escudos de fuerza que defendían la Casa del Gobierno incluso bajo tierra, una esfera de quinientos metros de radio alrededor de sus aposentos, pero ellos argumentarían que los escudos podían fallar a causa de una avería o de la acción de un saboteador. Tenía que admitir que los encargados de la seguridad tenían que ser completamente paranoicos si pretendían hacer bien su trabajo, pero a veces llegaban a volverse totalmente insufribles. No había manera de hacerles entender que de vez en cuando tenía que respirar el aire limpio de Corellia, su planeta al que tanto amaba. Aunque ya estaban casi en verano el calor no era excesivo aún - raramente lo era en Coronet City -, y la brisa nocturna era una pura delicia. En los jardines de la ciudad las *narsedae florensis* tardías se encontraban en la última fase de su floración. Su inconfundible aroma penetraba sutil en sus orificios nasales, evocando en su mente memorias de su juventud. Las luces de la capital habían sido cuidadosamente diseñadas y distribuidas de forma que alumbraran adecuadamente las calles sin arruinar por ello la fabulosa vista del cielo estrellado. Al reflejarse en los chorros de agua lanzados al aire por las artísticas fuentes que adornaban el distrito gubernamental, componían un espectáculo siempre cambiante cuya contemplación ejercía en él un agradable efecto relajante. La discreta iluminación le permitía reconocer sin problemas los perfiles de los principales edificios y de los numerosos monumentos de esa ciudad de la que estaba tan orgulloso. En realidad todo en Corellia le parecía inigualablemente hermoso.

Francomonde no compartía el amor que muchos otros corelianos sentían por el viaje espacial. Para él, no había nada en la galaxia que pudiera compararse a lo que tenía ante sus ojos. Mientras la guerra dominaba las vidas de los habitantes de tantísimos otros mundos, aquí la gente era feliz, sus negocios eran prósperos y sus existencias pacíficas. ¿Por qué habrían de querer unirse al Imperio o a la Nueva República? Si acaso, la crisis seibergia

había servido para reafirmarle en su creencia de que los corelianos estaban mejor solos. Otros, como el desaparecido Garm Bel Iblis, no habían sido capaces de comprender esa verdad, y por su causa Corellia se había visto envuelta en todos y cada uno de los conflictos importantes que habían sacudido la galaxia desde los días de la Antigua República. Él había puesto fin a esa sucesión de desastres encadenados, y su pueblo se lo reconocía brindándole su apoyo. Hacía mucho que el tema de las aplazadas elecciones no había sido mencionado siquiera por nadie que importara. Eso le daba la razón.

El Diktat comprobó su cronómetro y arrugó el gesto por un instante. Se acercaba la hora. Si no lo hacía él antes, pronto sería Sate Pestage quien le llamara pidiéndole explicaciones por lo de Seibergia. Ya sabía lo que tenía que responderle en contenido, pero debía preparar las formas para que el Emperador no pudiera darse por ofendido, incluso si ésta era su intención. No, lo que Palpatine no había conseguido en décadas tampoco lo lograría el mediocre Pestage, aunque Francmonde tenía que admitir que ésta vez había estado muy cerca. *Ese bastardo de Somolovich. Se merecería que lo juzgaran por crímenes de guerra o algo así.*

El trato con el Imperio continuaría siendo una inconveniencia durante años, pero ya estaba acostumbrado.

- Que llame Pestage cuando quiera - se dijo a sí mismo en voz baja. - Incluso él tendrá que preparar lo que va a decir antes de hacerlo. Estos momentos son demasiado preciosos como para malgastarlos pensando en él.

El Diktat se apoyó contra el respaldo de la silla y siguió disfrutando de la vista y de la caricia del aire fresco. Lentamente, sus labios se curvaron hasta formar una plácida sonrisa.

Ysanne Isard, Director de la Inteligencia Imperial, desactivó su unidad de comunicaciones privada y soltó una maldición entre dientes. Seis meses largos de preparación y su gran plan para meter a Corellia en la guerra se desbarataba en el último segundo. Algunos de sus agentes en Seibergia lo iban a pagar con sus vidas, como ya le había sucedido al codicioso director del espaciopuerto de Nurtina, que había sido incapaz de conformarse con el sobresueldo que le estaban pagando ellos por mantener la boca cerrada. Le habían dicho que cada uno de los operativos que la Nueva República tenía en el planeta estaba identificado y sometido a vigilancia, y ella lo había creído. Pero dos simples pilotos habían conseguido llegar allá donde los auténticos espías no habían podido. Organa, esa bruja retorcida, había hecho el resto. Desde luego era una digna hija de su padre, del *auténtico*. Ojalá hubiera acabado con ella cuando tuvo la oportunidad.

Pero Ysanne Isard trabajaba exclusivamente con hechos, y el hecho aquí era que había fracasado. El Emperador se pondría como una fiera con ella, pero eso al menos sí que lo tenía planeado. Nadie salvo él sabía de sus actividades en el cúmulo Viayak y cuál era el objetivo de las mismas. El descrédito por la pérdida de Seibergia sería enteramente de Pestage, al haber retirado las últimas guarniciones imperiales en el sector - aunque fuera por consejo de ella -, y eso lo ponía un tanto más cerca de su esperado final. Sólo alguien que realmente creyera en el Imperio, y que además estuviera dispuesto a hacer cuanto fuera necesario por garantizar su prevalencia, se merecía tener

el poder para gobernarlo. Pestage era un burócrata, tan corrupto como tantos otros de su clase, cuyo mayor mérito había sido no crearse demasiados enemigos mientras Palpatine vivía. Pero si nadie se lo impedía, terminaría conduciendo al Imperio al desastre con su mezquindad y su endémica falta de visión. Más pronto o más tarde, y si no se presentaba nadie más digno de reclamarlo, la propia Isard terminaría tomando el trono para sí.

Lo cierto era que no se le ocurría nadie que estuviese mejor capacitado.

Pero ese momento no había llegado aún. Ysanne Isard se puso en pie y, tras asegurarse de que su apariencia era tan impecable como de costumbre, se encaminó hacia el Palacio Imperial seguida por su discreta escolta. Por el momento no le quedaba más remedio que informar de todo a Pestage y aguantar la inevitable reprimenda. Ya llegaría el día en el que le pasara cuentas por eso y por todo lo demás.



# STAR WARS DAÑOS COLATERALES

## *Capitulo XIX*

Llamarada notó que el suelo temblaba bajo sus pies por tercera vez en aquella tarde. Los trabajos para la construcción de varios refugios subterráneos avanzaban a buen ritmo. Alce se había entregado al proyecto con todas sus fuerzas tan pronto como se confirmaron las buenas noticias. Llamarada sospechaba que había algo que le preocupaba, y que ese derroche de energía respondía a un intento por ocultarlo, pero la enormidad de la tarea que acababan de iniciar la mantuvo demasiado ocupada también a ella como para pensar en ninguna otra cosa durante la mayor parte del día.

Incluso si los seibergios comenzaban a retirarse de inmediato, como se presumía, la población balania iba a necesitar mucha ayuda para reconstruir aunque sólo fuera una parte de sus aldeas antes de que pudieran plantearse volver a vivir en ellas. La Nueva República no podía ni siquiera empezar a pensar en dismantelar los campos de refugiados aún, puesto que iban a ser necesarios durante varios meses como mínimo, probablemente durante más de un año. Desde luego, eso era mucho tiempo para tener que vivir en las condiciones en las que se encontraban ahora. Era de esperar que los suministros más urgentes empezaran a llegar en cualquier momento, pero cuanto más pensaba en ello mejor le parecía a Llamarada la idea de construir refugios subterráneos. Aunque los comandos Lince permanecían en estado de alerta, Pantera había dado permiso al sargento Daboro - al que algunos de sus compañeros le habían cambiado el apodo de "Mechas" por el de "Vendas", para diversión de todos - y a un tal Doble O, el otro experto en explosivos, para que echaran una mano en el proyecto. Ellos decidían dónde colocar las cargas y la cantidad exacta de explosivo necesaria en cada punto, y por supuesto se encargaban de llevar a cabo las detonaciones. Entretanto, Llamarada y Alce habían organizado un grupo de voluntarios - voluntarias en su mayoría - para llevar a cabo la difícil y pesada tarea de deshacerse de los escombros producidos por cada nueva explosión, al tiempo que se apuntalaban cuidadosamente los techos allá donde era necesario. El último paso sería repasar las paredes con los láseres no por estética, sino con el fin de eliminar las aristas y posibles bordes cortantes, y evitar así que pudieran ser causa de pequeños accidentes una vez se habitaran las cuevas. Un par de elevadores antigraavitatorios portátiles eran todo el equipo del que disponían para ayudar al desescombro, así que la mayor parte del exigente trabajo había que hacerlo a mano. No obstante, los balanios se aplicaban con gran entusiasmo a la empresa, y había brazos y espaldas de sobra para acarrear sacos llenos de piedra hasta el exterior de las cada vez mayores cavernas. No poca de esa alegría la causaba el hecho de que Alce les hubiera contado que sus

compañeros habían destruido varios caminantes seibergios antes de regresar a su nave nodriza.

Después de lo que las tropas gubernamentales habían hecho en sus aldeas, Lllamarada no podía culpar a la pobre gente por alegrarse de que alguien les devolviera unos cuantos golpes a los seibergios. A ella la habían mantenido apartada de lo peor de los trabajos de desescombro a causa de su brazo, pues su lesión estaba demasiado reciente como para correr el riesgo de una nueva rotura. Era por eso que, en lugar de estar transportando piedras con Alce, se encontraba junto a Sdermila y a otra mujer ayudándoles a preparar la sopa para la cena. En ello estaba cuando se escuchó a lo lejos el sonido de un par de motojets.

Tras excusarse con Sdermila, que le hizo un gesto despreocupado para indicarle que se fuera tranquila, Lllamarada salió de la gran tienda-cocina a tiempo de ver a las dos máquinas haciendo su entrada en el campamento. Venían por el camino del sur, dos personas montadas sobre cada vehículo. Enseguida reconoció a Hiena conduciendo el primero de ellos y le saludó con la mano. Las dos motojets se detuvieron junto a la tienda de comunicaciones y hacia allá se dirigió Lllamarada. Probablemente Hiena traía alguna noticia de primera mano, y ella estaba impaciente por conocer más detalles acerca de lo que había sucedido durante las últimas horas.

- Mira lo que te traigo – dijo el comando al verla acercarse. - ¿Quedan todavía muchos de vosotros perdidos por ahí, en las montañas? Lo digo por recoger a todos en un solo viaje y acabar antes.

La boca de Lllamarada se abrió en una gran sonrisa. - ¡Solo! ¡Raiven!

- Hola, jefa. Nos alegramos mucho de verte - Solo hizo un intento de sonreír, pero a sus labios agrietados no les gustó la idea, por lo que el gesto se quedó a medias.

- Casi me puse a gritar cuando escuchamos tu voz esta mañana – añadió Raiven bajando de la otra motojet, pilotada por la silenciosa comando a la que llamaban Flecha. – Y más aún cuando nos dijiste que Alce y Rúster también estaban bien.

- Yo también estaba sorprendida. En todo este tiempo nadie me había dicho que estabais los dos en el planeta, y eso que mantengo contacto diario con el *Guarida*.

- Razones de seguridad, sólo quien necesite saberlo, y toda esa clase de cosas – dijo Solo -, ¿te suena?

- Sí, claro - se rió Lllamarada. - Por cierto, y si no os importa que os lo diga, ¡tenéis los dos un aspecto horrible!

- Pues tendrías que habernos visto cuando Hiena y sus comandos nos encontraron - respondió Raiven. – Aunque también es verdad que no todo es culpa de nuestras muchas desventuras.

- Por fin algo de sinceridad – se burló Hiena – Estos dos caraduras estaban como cubas cuando fuimos a recogerlos para traerlos aquí... ¡Se habían tragado cada uno una botella entera de Whyren Reserva!

- Meter nuestras cabezas en la nieve no fue muy amable por vuestra parte – dijo Solo con tan sólo una pizca de rencor. Lllamarada soltó una carcajada.

- Es lo menos que os merecáis por no compartir ese whisky – comentó Hiena con una sonrisa que tenía mucho de malvada.

- Bueno, hay que admitir que la nieve es buena para calmar la resaca – dijo Raiven encogiéndose de hombros.

- No se nos habría subido tan deprisa a la cabeza si no hubiésemos tenido el estómago vacío – arguyó Solo. - Y por cierto, ¿cuándo cenáis aquí? Teníamos la esperanza de que pudieseis ofrecernos algo mejor que las malditas barritas energéticas.

Llamarada volvió a reírse. – En una hora o así conoceréis a Sdermila, nuestra jefa de cocina, y su universalmente famosa sopa energética balania. – Solo arqueó una ceja, pero Llamarada no le dio tiempo a preguntar. – Y ahora, ¿por qué no me contáis la historia completa? No, esperad – Llamó con la mano a un grupo de niños que rondaban por allí, mirando con curiosidad a los recién llegados. – Chicos, id a buscar a Alce y a Rúster, ¿queréis?

Los niños salieron corriendo, encantados de que se les confiara una misión de tanta responsabilidad. Rúster fue la primera en llegar, pues la tienda médica no estaba lejos de allí. La lumi abrazó efusiva a ambos pilotos y se rió con ganas cuando Hiena volvió a contar lo del whisky y la nieve. Alce llegó un poco después con su cabeza y sus hombros cubiertos de polvo, luciendo una sonrisa de oreja a oreja en la que únicamente Llamarada pudo encontrar algo extraño, aunque prefirió no decir nada en ese momento, delante de los otros. Alce saludó con alegría a Raiven y a Solo y estrechó sus manos con fuerza. Tras detenerse unos minutos a informar a Pantera sobre las últimas novedades en Campo Dos, Hiena y Flecha se marcharon en sus motojets.

Los cinco pilotos entraron en la tienda en la que dormían últimamente Alce y Llamarada, vacía a esa hora del día en la que todo el mundo tomaba posiciones cerca de la tienda-cocina. Llamarada encendió una lámpara y todos se sentaron sobre los sacos para charlar. Aunque fueran los últimos en acudir a cenar, Llamarada sabía que Sdermila se aseguraría de que les quedara algo.

Solo y Raiven se turnaron para narrarles a Llamarada, Rúster y Alce todo lo que había pasado desde que dejaron el *Guarida* a bordo de la *Compasión*, comenzando con el relato de la dramática batalla contra la flota coreliana. Los dos pilotos habían partido hacia Sullust antes de que se supiera nada a ciencia cierta acerca de la suerte que habían corrido Torpedo, Iceberg y los demás, por lo que fue un golpe para ambos cuando Llamarada les desveló cuál había sido el fatal desenlace de esa parte de la historia. Mientras Alce escuchaba en silencio, Llamarada les explicó cómo habían conseguido salir de la *Compasión*, la lucha contra el AT-ST y los soldados de asalto seibergios, y la marcha hacia el campo junto a los refugiados. Rúster les contó lo del doctor Al Saruff, de quien no habían vuelto a tener noticias desde que lo evacuaran los corelianos. Raiven y Solo retomaron entonces su particular relato, resumiendo lo que les había sucedido desde su llegada a Nurtina hasta la entrevista con el director del espaciopuerto. Fue entonces cuando Alce les interrumpió.

- ¿Qué fue exactamente lo que descubristeis? - preguntó de forma tan casual como le era posible, haciendo cuanto podía por ocultar la ansiedad que lo embargaba. Llamarada lo miró de forma significativa, y Alce pudo darse cuenta de que ella al menos no se había dejado engañar por su aparente calma. Lo cierto era que había estado esperando este momento con gran impaciencia desde que esa mañana habían recibido la llamada de Solo y de Raiven desde Campo Dos, y sólo la dureza del trabajo físico le había permitido aguantar hasta ahora sin volverse loco. Pero Alce ya no podía esperar más. Tenía que saber ya si había algo o alguien, además de la mala suerte y sus

propios errores, a quien se pudiera considerar responsable por la muerte de los refugiados. Quizá si ese algo o ese alguien existían realmente, podría librarse del sentimiento de culpa que no había dejado de acecharle y torturarlo, agazapado en un rincón de su mente, desde que vio la proyección en el camarote de Gen'yaa. Quizá, al fin, podría empezar a olvidarse de aquel fatídico momento.

- La verdad es que no tenemos ni idea - contestó Raiven, y Alce no pudo hacer nada para evitar que la decepción se le pintara en la cara. Raiven se quedó momentáneamente confundido, sin saber muy bien si había dicho algo que no debía, hasta que cayó en la cuenta de que Alce tenía un interés muy personal en cualquier cosa que pudieran haber encontrado acerca del incidente. - Descargamos gran cantidad de datos de los bancos de datos del espaciopuerto - explicó -, pero no tuvimos ocasión de echarle ni siquiera un vistazo. Tuvimos que... Espera un momento. - Raiven empezó a rebuscar en sus bolsillos. - Me llevé algunos listados impresos, inútiles en su mayor parte. Mira, un manifiesto de carga probablemente falso, un diagnóstico de turbina, un registro de las comidas que encargó el piloto mientras estuvo en el espaciopuerto, y... ¿Esto qué es? Ah, una lista de... - El piloto levantó la mirada hacia Alce, sintiéndose repentinamente muy, muy incómodo. - ... pasajeros.

Alce casi se atragantó. - ¿Me dejas que la vea?

- ¿Para qué?- preguntó Solo frunciendo el ceño. - No creo que te vaya a hacer ningún bien.

- Tampoco me hará daño. No, en serio, no os preocupéis - dijo Alce moviendo la mirada de uno a otro, pero rehuyendo la de Lllamarada. - Es sólo que... me gustaría ver sus nombres, eso es todo.

- ¿Estás seguro?- preguntó Lllamarada poniéndole una mano en el hombro y obligándole a mirarla a los ojos.

Alce se llenó de aire los pulmones antes de responder. - Si, tesoro, estoy seguro. ¿Raiven, por favor?

- Estoy con Lllamarada y con Solo - empezó a decir Raiven, haciendo amago de guardarse la hoja de sintpapel. - No me parece una buena idea.

- No lo hagas, Alce - dijo también Rúster, haciendo frente común con los demás.

- Te la he pedido por favor - insistió Alce mirando fijamente a Raiven. - No me hagas quitarte esa hoja por la fuerza. Lo digo en serio.

Raiven intercambió una mirada con Solo. El coreliano hizo una mueca y terminó por encogerse de hombros. Raiven apretó los labios y asintió. - De acuerdo, aquí la tienes.

Alce tomó la hoja de sintpapel, cuyos dobleces ya habían desaparecido, y comenzó a leer. Lentamente, recorrió la lista ordenada alfabéticamente por el primer apellido, sintiéndose cada vez más estúpido por hacer lo que estaba haciendo. Tenían todos razón. ¿De qué servía esto? No conocía a esas personas, y todos esos nombres no le decían nada. Ya había tenido que matar antes, en el curso de la guerra, pero jamás había sentido deseo alguno de conocer los nombres de sus víctimas, militares imperiales en su mayoría. No es que no se hubiera preguntado nunca cómo eran, sino que... De repente Alce se detuvo, olvidándose por completo de lo que estaba pensando. Había tres nombres consecutivos que no le resultaban tan desconocidos como el resto. Los tres compartían el apellido. Tedanian, Drivan. Tedanian, Jeiran. Tedanian,



Mila. Jeiran, Drivan y Mila. Esos eran los nombres del hijo y de los nietos de Sdermila. Se acordaba perfectamente, pues ella misma se los había dicho durante la entrañable conversación que ambos habían mantenido la noche anterior. Alce sintió que se acaloraba. Empezó a sudar.

- ¿Qué pasa, Alce?- preguntó Lllamarada mirándole con moderada inquietud.

*La esposa de su hijo no está aquí. Puede que estos nombres sean comunes entre los balanios. Podría no ser más que una coincidencia.*

- ¿Alce?

*Además, el apellido de Sdermila no es Tedanian, ¿verdad que no? No, es Fungoniv, ahora me acuerdo.* - Ah, lo siento. No es nada. Es que... *¿Conservan las mujeres balanias su apellido de solteras después de casarse, en lugar de adoptar el de sus maridos? Sólo porque en muchos sitios sea costumbre no significa que...* Alce volvió a repasar toda la lista, esta vez concentrándose solamente en la columna en la que aparecían los nombres de pila. Al llegar al décimo registro le pareció que se le detenía el corazón. Candelli, Voeda. No quería creerlo, pero ahí estaba. Por si aún le quedaba alguna duda, Alce reparó entonces en que la última columna de cada registro identificaba el chip de crédito con el que se había hecho el pago del pasaje. El de Voeda Candelli era el mismo que el de los tres Tedanian. - Oh, no. No, no, no, no.

- ¿Qué? ¿Qué? - Ahora Lllamarada estaba preocupada de verdad. Miraba a Alce y miraba al listado sin entender nada. - ¿Qué pasa, Lewis? Dímelo, por favor.

Alce le alargó a Raiven la hoja de sintpapel. Se le cayó al suelo antes de llegar a dársela, pero ni siquiera se dio cuenta. Estaba tan absorto que apenas veía nada de lo que tenía alrededor. Finalmente contestó a Lllamarada con la mirada ausente y con la voz rota, sin poder pensar en otra cosa que en cómo se lo iba a decir a quien realmente tenía que decírselo, sabiendo el daño que iba a causar y estremeciéndose por ello, y sintiendo que por muy mal que lo hubiese pasado hasta ahora, lo peor estaba aún por llegar.

- Es Sdermila. Su familia iba a bordo del carguero. Yo les maté.

Ibero se despertó sintiéndose completamente desorientado. Por un momento pensó que las alarmas estaban sonando de nuevo, pero no había sido más que el zumbido de la consola de su camarote. Murmurando una obscenidad en iberiano se acercó hasta ella y apretó un botón. La pantalla plana cobró vida y sobre ella apareció el rostro inexpresivo del androide de comunicaciones.

- ¿Sí, APD-5?

- Mis disculpas, señor. Tengo una transmisión para usted a la espera.

- ¿A estas horas? Hay que fastidiarse... ¿Quién es?

- El capitán Gregory desde Campo Uno, en la Región Balania, señor. No le hubiera molestado en sus horas de sueño, pero ha dicho que se trata de algo urgente?

- ¿Alce? Está bien, vale, pásame aquí la llamada.

- Muy bien, señor.

La pantalla se apagó y de inmediato pasó a escuchar la voz de Alce. - ¿Ibero?

## Star Wars: Daños Colaterales

- Sí, compañero. ¿Qué sucede?  
- Necesito que hagas una búsqueda para mí en la Holored. Hay alguien a quien tengo que localizar.

Ibero frunció el ceño. ¿Qué clase de urgencia era ésa? - Haré lo que pueda - respondió intentando no sonar demasiado malhumorado y consiguiéndolo sólo a medias. - Dime el nombre y cualquier otro dato que tengas.

- Lania Tedanian, varón humano, nativo de Seibergia, más concretamente de la Región Balania. Es ingeniero, no sé de qué especialidad, y su último lugar conocido de residencia es Commenor.

- Pero Commenor es un planeta imperial, ya lo sabes, ¿no?. No va a ser precisamente fácil conseguir ninguna información de allí.

- Ya lo supongo. Pero tú eres bueno haciendo ese tipo de cosas, colarte en bancos de datos y todo eso, ¿no?

- Bah, puede, pero sólo cuando estoy despierto del todo - Ibero cerró los ojos e intentó corregirse a sí mismo. - Olvídalo, estoy bromeando. ¿Sabes dónde exactamente en Commenor estaba el tal Tedanian? ¿Una ciudad, una empresa, algo?

- No, lo siento mucho. Por favor, necesito que me digas algo mañana.

- Genial... Vale, está bien, haré todo lo que pueda, pero no te puedo prometer nada.

- Lo entiendo, pero te vas a emplear a fondo en ello, ¿verdad?

Ibero se quedó callado durante unos instantes. - ¿Es muy importante para ti?

- Sí, muchísimo.

- De acuerdo. Emplearé todos los medios a mi alcance, pero lo consiga o no vas a deberme una de las gordas, ¿entiendes? *Guarida del Lobo* fuera - Ibero revisó los datos que había anotado y sacudió la cabeza. Commenor, entre todos los lugares posibles. ¿Y por qué no Coruscant? Una mirada al cronómetro le dijo que había dormido menos de dos horas, y que le quedaban poco más de cuatro antes de tener que entrar otra vez de servicio. Con un largo suspiro al que enseguida siguió un bostezo, comenzó a abrir conexiones con varias bases de datos públicas y no muy bien protegidas, para lo cual previamente tuvo que "pinchar" un nodo seibergio para entrar a la Holored - ésa fue la parte más fácil, pues ya había comprobado que los códigos imperiales que restringían el acceso a través del mismo tenían más de cuatro meses de antigüedad -. Ibero decidió que llevaría a cabo una simple búsqueda en los lugares más obvios y que después se volvería a dormir. Si no encontraba nada, mañana intentaría introducirse en los sistemas de información militares, bases de datos de corporaciones imperiales privadas y otras posibles fuentes, con la ayuda de su unidad R2. En realidad esto era de lo más extraño. No era propio de Alce andar pidiendo este tipo de favores. De hecho no solía pedir nunca favores, ni de ése ni de ningún otro tipo. Ibero dio golpecitos junto a la consola con la punta de los dedos, mientras una tras otra todas sus consultas devolvían resultados negativos. Mañana o pasado mañana iría alguien al campo de refugiados a recoger a Alce y a los demás, y con un poco de suerte Lllamarada y él estarían volando de nuevo antes de que terminase la semana. Dey'jaa le había permitido escuchar parte de las grabaciones enviadas por Solo y por Raiven. Después de oírlas, estaba razonablemente seguro de que los cargos contra Alce y Lllamarada serían

retirados, una vez que había quedado demostrado que el incidente en el que ambos se habían visto involucrados había sido provocado por los seibergios. Hasta los corelianos estaban de acuerdo con eso, o no habrían interrumpido las hostilidades de forma tan súbita. A estas alturas, Alce tenía que imaginarse que todos sus problemas y los de Llamarada estaban a punto de convertirse en historia. ¿Por qué entonces estaría buscando a un ingeniero balanio que había emigrado tiempo atrás, y por qué era eso tan importante? Pero Alce hablaba de ello como si fuera un asunto de vida o muerte. - Muy bien, cinco minutos más - murmuró Ibero. - O quizá diez...

Después de dos días de buen tiempo, la siguiente mañana amaneció con una nueva nevada. Como era habitual, Sdermila fue la primera persona de su tienda en despertarse. Hacía mucho que había asumido que a partir de una cierta edad una necesita dormir cada vez menos, y se había acostumbrado a aprovechar lo mejor posible el tiempo extra que eso le dejaba. Después de ponerse encima toda su ropa, sus gruesas manoplas, las botas remendadas y el abrigo, Sdermila salió con la intención de ayudar al personal de asistencia de la Nueva República a preparar el desayuno, una versión aguada de la sopa energética. No obstante, y como hacía a diario, primero se dirigió a hacerle una visita a su kala'ballo.

Los animales se guardaban cerca de la entrada norte, cada bestia atada a una estaca firmemente clavada en el suelo bajo la nieve, todos colocados en círculo para ayudarles a preservar el calor. Una vez al día alguien se los llevaba a pastar. Cada vez tenían que alejarse más del campo para encontrarles sustento, aunque de momento los kala'ballos se estaban apañando mejor que las personas. Sdermila estaba lejos aún de los animales cuando se dio cuenta de algo extraño. Había un hueco, un espacio vacío en mitad del grupo de kala'ballos, y a pesar de sus ataduras las bestias hacían cuanto podían por mantenerse apartadas de allí. Sdermila descubrió pronto la razón de esa extraña conducta. Su kala'ballo había muerto durante la noche, y el resto de animales intentaban no pisar el ya congelado cadáver. La mujer sintió una lágrima resbalándole por la mejilla y se la limpió con el dorso de una de sus manoplas. Siempre había pensado que cuando la vieja bestia se muriese por fin ella se alegraría, pero al llegar el momento resultó que no era así. En lugar de eso la invadió una melancólica tristeza que la dejó débil y temblorosa.

Sdermila se dejó caer sobre sus rodillas junto a la gran cabeza del kala'ballo, y comenzó a acariciar su cuello rígido como una roca.

- Está muerta, Taigor - murmuró. - La vieja bestia está muerta. Era un animal muy fuerte, ¿verdad? Y terco también. Le ha llevado casi veinte años después de que te matara de una coz decidirse a ir detrás tuya y pedirte perdón - Sdermila empezó a sollozar, pero no por ello dejó de acariciar al kala'ballo ni de susurrarle al oído. - Lo sé, vieja bestia, lo sé. Fue un accidente. No tenías intención de hacerle daño a Taigor. A tu propio modo animal le querías, ¿a que sí? Y después has trabajado duro día a día para pagar por aquel pecado, ayudándome a trabajar nuestra pobre tierra para que produjera lo suficiente como para darnos de comer a todos. Y el otro día salvaste a ese médico alienígena. Sí, eso hiciste. Sabes, estaba preocupada por ti. No podía dejar de preguntarme que sería de ti si yo me iba a Balania. ¿Quién cuidaría de

ti, ahora que eres demasiado viejo como para trabajar ni la mitad de bien que solías? Pero tú eras lo suficientemente sabio como para reconocer que te había llegado la hora, ¿verdad? Sin ti, nada me retiene aquí salvo la tumba de Taigor, y él me perdonará por no seguir llevándole los primeros brotes de cada primavera. ¿Verdad que lo harás, Taigor? Sabes que tengo que irme, a buscar a los niños, a cuidar de ellos. Al menos podré servirles de ayuda a Jeiran y a Voeda, sobre todo con los pequeños. Lania aparecerá también, más pronto o más tarde. Es lo suficientemente listo como para encontrarnos en Balania o en cualquier otra parte. Y tú te alegrarás, sabiendo que estamos todos juntos.

Rúster había madrugado para poder ir a echarle un vistazo a una de las refugiadas que había llegado el día antes, una niña de diez años que venía con síntomas de congelación en ambos pies. Rúster estaba muy preocupada por la posibilidad de que al final no quedara otro remedio que el de amputar. Los parches de bacta se le habían acabado hacía dos días, y sin ellos había muy poco que pudiera hacer por la niña. Si la gangrena hacía su aparición no le quedarían más opciones. Después de pasarse por la tienda médica para recoger una de las últimas dosis del preparado químico recomendado por el autodoc para estos casos - y elaborado entre el sargento Daboro y ella -, se encaminó hacia la tienda en la que habían alojado a la niña y a su familia, en la zona norte del campo. Casi había llegado a su destino cuando reparó en la presencia de Sdermila, arrodillada en la nieve junto a los kala'ballos atados. Rúster la reconoció de inmediato. De hecho, se había pasado la noche pensando en ella. ¿Cómo iban a decirle a la pobre que su hijo y su familia estaban muertos y cómo había sucedido? Alce había insistido en que tenía que ser él quien lo hiciera, y Rúster lo respetaba por ello. Les había pedido tiempo, pero al parecer se lo había dicho ya. Dudando, Rúster se acercó a ella.

- ¿Sdermila?

Sobresaltada, la mujer volvió la cabeza y se encontró con Rúster, agachada junto a ella con expresión preocupada. - B-buenos días, Rúster. Mi kala'ballo está m-muerto.

Sólo entonces se fijó Rúster en el animal caído, medio cubierto ya por la nieve que no cesaba de caer. - Oh, ya veo.

- El pobre corazón de la vieja bestia ha debido pararse durante la noche.

- Lo siento de veras. ¿Puedo hacer algo por ti?

- No, e-estoy bien. Yo...- La afligida mujer permaneció en silencio durante unos segundos. Aunque todos habían intentado evitar que lo oyera, Sdermila había llegado a escuchar a Lllamarada y al personal de asistencia hablando acerca de la posibilidad de sacrificar algunos de los kala'ballos cuando empezara a faltarles la comida. - Todavía puedes ser útil, vieja bestia - murmuró.

- ¿Perdón?

- ¿P-puedes acercarte a... a avisar a los de asistencia? Diles que pueden disponer de mi kala'ballo.

Rúster se la quedó mirando, confundida por un instante, antes de darse cuenta de lo que quería decir la mujer - No, eso no será necesario, Sdermila. Mañana nos llegarán suministros, seguro, puede incluso que sea hoy. No nos va a hacer falta...

- Eres muy amable, pero sería estúpido no hacer uso de la carne de este animal. Eso sí, no será fácil descuartizarlo... pero vosotros tenéis láseres y esas cosas ¿no?

- Sí, claro, no te preocupes por eso. En cualquier caso no puedes quedarte ahí, de rodillas en la nieve. Te vas a coger una pulmonía.

- ¿Una pulmonía? Oh, sí, puede que tengas razón - Sdermila aceptó la mano que Rúster le tendía para ponerse en pie, y después se aplicó a sacudirse la nieve del abrigo y de los pantalones. - Pensándolo bien voy a buscarlos yo misma. Tú parece que tienes trabajo - añadió señalando la bolsa que Rúster acarrea, la misma en la que siempre llevaba el autodo y las medicinas.

Rúster vaciló - Iba a ver a una niña que está enferma, pero no quiero dejarte sola.

- No, de verdad, estoy bien. Ve con esa niña y haz que se ponga buena, ¿vale? Yo daré el aviso por lo del kala'ballo y luego me iré a buscar a Redina para preparar el desayuno. Luego te veo.

Sdermila se marchó en dirección al núcleo del campo con sus típicos pasitos, cortos pero muy rápidos. Rúster siguió observándola durante unos instantes, sintiendo que el corazón se le encogía de sólo pensar en el dolor que, sin saberlo, la pobre mujer tenía aún por delante. La lumi hizo una mueca de angustia y sacudió la cabeza, triste e impotente. ¿Cómo podía la vida ser tan cruel con algunas personas? Le horrorizaba pensar que a pesar a pesar de todo por lo que Sdermila había tenido que pasar, su sufrimiento no había hecho sino comenzar. Rúster se prometió a sí misma que estaría pendiente de ella, y que intentaría estar cerca cuando Alce hablara finalmente con la desventurada mujer. *Aunque no tengo ni idea de qué es lo que voy a poder hacer por ella, si es que puedo hacer algo.*

A media mañana regresó Pantera con la mitad de sus hombres, una vez que lo peor de la crisis ya había pasado. Desde sus posiciones en los pasos de montaña, los comandos Lince habían podido confirmar *in situ* que los seibergios se estaban retirando realmente, en dirección a las no oficiales fronteras, aunque aún tardarían varios días en alcanzar sus bases al otro lado de las mismas. Los cazas de la Nueva República sobrevolaban de forma regular las columnas de soldados y vehículos, simplemente para estar seguros de que los seibergios no se dedicaban a quemar lo que quedaba de las aldeas balanias durante el viaje de regreso. Como se esperaba, las patrullas de cazas eran vigiladas de cerca por los corelianos aunque, a diferencia de lo que había venido sucediendo durante los días anteriores, estas *sombras* se mantenían a una distancia respetable y no interferían en forma alguna con el trabajo de los pilotos de la Nueva República. Siguiendo las órdenes transmitidas desde la flota, Pantera y los suyos se habían puesto en contacto con los líderes del Ejército de Liberación Balanio, advirtiéndoles en contra de llevar a cabo acción alguna de venganza o represalia ahora que los seibergios se estaban marchando. Uno de esos líderes venía ahora con los comandos, acompañando a tres de sus hombres que habían resultado heridos durante las últimas escaramuzas que habían tenido lugar en la falda de las montañas al sur de Campo Uno y en los bosques que había más allá. A cambio de que a su gente se le proporcionara asistencia médica, Ciric Baranka había prometido colaborar con la Nueva República para preparar el terreno para el despliegue de una hipotética fuerza de paz, así como buscar el consenso con otros jefes guerrilleros antes de que dieran comienzo las negociaciones con el gobierno

seibergio. Aunque la política no era su fuerte, a Pantera no se le escapaba el hecho de que el tal Ciric Baranka intentaba aprovechar la oportunidad para hacerse con un asiento en la mesa de negociaciones, donde sin duda se decidiría el futuro de la Región Balania, pero no obstante aceptó el trato. No en vano, las órdenes que había recibido incluían un avance de lo que sería la nueva misión sobre el terreno de los comandos que dirigía: supervisar el proceso de desarme de las guerrillas y asegurarse de que orientaban sus actividades hacia la formación de una fuerza civil de policía, una vez que el Ejército de Liberación Balanio quedara disuelto. Muy pronto tendría que trabajar hombro con hombro junto a los líderes guerrilleros, y al menos Baranka y él parecían hablar el mismo idioma.

Aunque algunos de sus soldados habían estado aquí antes, ésta era la primera vez que Ciric Baranka visitaba uno de los campos de refugiados de la Nueva República. Redina lo reconoció en cuanto lo vio. Aquel era el hombre que se había llevado a su marido y a los demás, convenciendo a unos y coaccionando al resto para que se unieran a su guerrilla. Olvidando al instante hacia dónde se dirigía ni qué era lo que iba a hacer, Redina se fue detrás de Baranka y de los comandos que transportaban a los heridos camino de la tienda médica.

Alce corrió hacia el refugio de la unidad de comunicaciones. Uno de los niños a los que conocía desde el día de los trineos había bajado hasta el lugar en el que se estaban llevando a cabo las excavaciones subterráneas para darle un aviso de parte de Lllamarada. Según el niño, alguien llamado Ibero quería hablar con él. Cruzando los dedos, Alce entró en el refugio y se sentó junto a Lllamarada.

- Ha asegurado la línea - explicó Lllamarada. - ¿Tienes idea de qué va esto?

Alce se extrañó. Ibero no habría decidido encriptar la comunicación sin tener una razón para ello, entre otras cosas porque Gen'yaa podía enterarse de que había hecho la solicitud y preguntarle a qué se debía. *¿Qué puede haber encontrado que requiera tomar medidas adicionales de seguridad?* - Luego te lo explico - respondió a Lllamarada. Fuera lo que fuera, no tardaría en saberlo. Alce hizo un esfuerzo mental por serenarse y activó la transmisión, que Lllamarada había dejado en modo de espera.

- Ibero, aquí Alce. ¿Lo encontraste?

- No exactamente, pero he conseguido algo de información. Alce, la mayor parte de esto son datos muy sensibles. Tengo que preguntarte por qué estás interesado en esta persona.

Lllamarada interrogó a Alce con la mirada, pero él no la hizo caso. - Es el hijo de una de las refugiadas que hay en el campo - respondió. - Una señora mayor que nos ha ayudado muchísimo desde que estamos aquí. Baste decirte que sin ella no hubiéramos conseguido sacar al doctor Al Saruff de los restos de la *Compasión*. Por favor, si has encontrado algo dímelo. Le debemos eso y mucho más.

- Está bien, pero quiero que sepas que algunas de las cosas que voy a contarte, la mayor parte en realidad, no podrás decírselas ni a ella ni a nadie.

- Te lo prometo - contestó Alce sintiéndose cada vez más confuso y más inquieto. - Ahora cuéntame, por favor.

## Star Wars: Daños Colaterales

- Bueno. Ha sido bastante más difícil de lo que esperaba, y también mucho más delicado, pero te ahorraré los detalles. Los hechos son estos: Tedanian probablemente no estuvo jamás en Commenor, pero trabajó para una empresa cuya sede estaba supuestamente allí.

- ¿Supuestamente?

- Era una compañía fantasma. El servicio de Inteligencia de la Nueva República ha identificado recientemente a unas cuantas en varios mundos bajo control del Imperio. Estas empresas operaron durante periodos que oscilan entre varios años y pocos meses, hasta que todas ellas fueron cerradas en cuestión de pocas semanas, hará un año más o menos. Por lo que se ha podido descubrir, no eran más que tapaderas para ocultar o justificar movimientos de materiales y personas, pero sobre todo de impresionantes cantidades de créditos. El dinero era transferido de una a otra, aparentemente sin propósito alguno, y finalmente desaparecía sin dejar rastro. Estas compañías empleaban a técnicos altamente cualificados y a ingenieros como era el caso de Tedanian, y les pagaban considerablemente bien. Las cuentas personales de la mayoría de estos trabajadores permanecieron sin tocar apenas durante largos periodos, y todas ellas fueron canceladas prácticamente al mismo tiempo que las empresas cesaron en su actividad. Los expertos de Inteligencia mantienen la teoría de que todo este dinero y recursos se utilizaban para financiar un proyecto militar de alto secreto. Algo realmente grande, colosal más bien, y que se habría desarrollado en un lugar tan bien escondido que nadie hasta la fecha ha sido capaz de localizarlo.

Alce palideció de repente. - Las Estrellas de la Muerte.

- Eso es. La mayor parte de la gente que trabajaban para estas compañías fantasma no volvieron a ser vistos después de lo de Endor. La razón principal es bien fácil de adivinar, considerando que la maldita cosa estaba aún en construcción cuando Antilles y Calrissian la hicieron saltar por los aires.

- Ya veo - dijo Alce sintiéndose abatido, aunque aún se resistía a darse por vencido. - Has dicho que la mayor parte no volvieron a ser vistos, ¿quieres decir que algunos sí que lo fueron?

- Sí. Al parecer un puñado de ellos intentó retirar parte o la totalidad del dinero de sus cuentas, pero desaparecieron poco después de eso.

- Se ocultaron.

- Puede, pero todo apunta más bien a que fueron asesinados por agentes imperiales, en un intento por eliminar a todo el que supiera algo del proyecto o pudiera identificar su ubicación.

- Comprendo - Alce cerró los ojos por un instante - Muchísimas gracias, Ibero.

- No hay de qué. Pero recuerda: si no quieres crearte problemas y creármelos a mí de paso, no puedes repetir prácticamente nada de todo esto. De hecho, yo en tu lugar no le diría nada en absoluto a esa mujer. Imagino que si está en el campo, ya lo habrá pasado lo bastante mal últimamente como para encima tener que enterarse de que su hijo está muerto. Creo que sería mejor para ella si se lo ocultaras.

- Eso haré , probablemente - dijo Alce torciendo el gesto.

- Lo siento, compañero. Nos vemos pronto, ¿vale? *Guardia del Lobo* fuera.

## Star Wars: Daños Colaterales

Llamarada cortó la transmisión por parte de Campo Uno. - Mañana vienen por nosotros - explicó.

- Estupendo.

- Alce, Ibero tiene razón. Es mejor que no le digas nada a Sdermila. Nada, ¿me entiendes?

- Le prometí que le ayudaríamos a llegar a Balania y a encontrar a su familia.

Llamarada suspiró. - Preferiría que se llevara la decepción, o incluso que se enfadara para siempre con nosotros por no haber cumplido esa promesa, a destrozarla por completo contándole que todos aquellos a los que ama están muertos.

- ¿Tú no querrías saberlo?

- Yo.... mira, no lo sé - Alce se levantó. - ¡Eh! ¿A dónde vas? ¡Alce, por favor, no lo hagas! - Llamarada lo retuvo sujetándole por la manga. - Antes de que vinieras, Ibero me has estado contando lo que Gen'yaa y Dey'jaa encontraron entre los datos que Solo y Raiven robaron. Los seibergios obligaron al piloto del carguero a hacer lo que hizo. Pretendían engañarnos para que les permitiéramos cruzar el bloqueo con su cargamento de minas, o quizá incluso querían que lo derribáramos para atizar el conflicto con los corelianos. ¿Entiendes lo que te digo? ¡No fue culpa nuestra!

Alce bajó la vista hacia el suelo. - Eso no cambia ciertas cosas - Dicho eso, tiró del brazo para obligar a Llamarada a soltarle y se marchó antes de que pudiera añadir nada más.

Ella no intentó seguirle. Estaba convencida de que nada, aparte de un disparo en la espalda, podría detenerle. Una vez más Alce había tomado una decisión, y ésta era irrevocable. Llamarada no lloraba prácticamente nunca, acostumbrada como estaba al drama y a la tragedia, pero esta vez sintió ganas de dejarse llevar y llorar como no lo había hecho en mucho tiempo.

A medida que transcurría la mañana la neblina que rodeaba Campo Uno se fue disipando poco a poco, aunque el día continuó siendo frío y oscuro y la nieve no dejó de caer en ningún momento. Masivas nubes grises ocultaban a la vista los picos de las montañas. Los mismos vientos que las empujaban hacia el sur azotaban el campamento, haciendo que refugiados y personal de la Nueva República por igual se estremecieran y tuvieran que apretar los dientes para evitar que les castañetearan. Dentro de tiendas y refugios, los niños estaban nerviosos y peleaban entre sí constantemente. Prudentemente, teniendo en cuenta lo hostil del clima, los adultos les habían prohibido a casi todos que salieran afuera a jugar, pero después de varias horas encerrados cada vez era más difícil que se estuvieran quietos. Más de una madre, tía, abuelo o abuela perdió la paciencia y empezó a gritarles primero, y a repartir capones y bofetadas después, a menudo sin hacer distinciones entre niños propios y ajenos. Las consiguientes llantinas, lamentos y pataletas se dejaban oír por todo el campo.

Mientras daba vueltas a uno de los grandes peroles térmicos para que los nutrientes se fueran disolviendo en el caldo en lugar de pegarse en el fondo, la inquietud de Sdermila se hacía más y más intensa. No sabía lo que era, pero desde que había encontrado muerto a su kala'ballo no podía quitarse de encima la sensación de que cosas aún peores estaban por pasar. Redina



había salido hacia por lo menos dos horas en busca de lo que quedaba del cereal salvaje que habían recolectado la semana pasada, pero aún no había regresado. No tenía por qué haberle pasado nada, pero Sdermila estaba empezando a preocuparse de todas formas. Su amiga parecía llevarlo razonablemente bien desde que estaban aquí, pero Sdermila sabía que no había una hora en el día en la que Redina no estuviera pensando en Dimeter. Lo mismo le sucedía a Deveralia, aunque en su caso los tres niños se encargaban de proporcionarle distracciones más que de sobra, tanto como para que no le diera tiempo a que la preocupación por Sante se convirtiera en obsesión. Redina y Dimeter no habían tenido hijos, aunque Sdermila sospechaba que no había sido precisamente por falta de ganas.

- Esto tiene que ser terrible para ella - murmuró. La mujer que se encargaba del perol de al lado ni siquiera levantó la mirada de su labor. A esas alturas todas las personas que alguna vez trabajaban en la cocina se habían acostumbrado a escuchar a Sdermila hablando por lo bajo, y ya no le daban importancia ninguna al hecho. En un momento dado, e incapaz de aguantar por más tiempo, Sdermila le cedió el cucharón a otra refugiada y se marchó en busca de Redina. Lo más probable era que se hubiera acercado a ver a Deveralia y se hubiera entretenido allí, aunque no era muy propio de Redina olvidarse de que la estaban esperando a ella y al cereal que se suponía que iba a traer. Sdermila no podría culparla, no obstante, si hubiera sufrido un repentino ataque de angustia y hubiera decidido hacerle una visita a la joven madre en su tienda. La desgracia que compartían, además de la amistad común que ambas mantenían con Sdermila, contribuían a que tanto Redina como Deveralia buscaran a menudo la compañía de la otra. A Redina le gustaba tanto como a Sdermila pasarse el tiempo hablando con Figor y Lía, contándoles historias y participando en algunos de sus juegos, y también le encantaba ayudar a Deveralia con la recién nacida, a quien no parecía importarle demasiado de quién eran los brazos que la acunaban siempre que no parasen de hacerlo. La perspectiva de ver a los niños hizo que Sdermila se sintiera más animada. - También a mí me hará bien distraerme un poco con ellos - dijo para sí. - Figor siempre me hace reír. A lo mejor es eso lo que me hace falta para no seguir dándole vueltas a las cosas ni a buscar más penas de las que ya tenemos.

Al acercarse a la tienda escuchó cómo lloraba el bebé. - Soy yo, Sdermila - anunció mientras cruzaba la entrada. Al comprobar que tan sólo Deveralia y su hijita estaban en la tienda se sorprendió bastante. Después de todo una veintena de personas vivían allí, y el día no estaba como para muchos paseos. - ¿Dónde están los demás? - preguntó. - ¿Y Figor y Lía?

- Están con los hijos de Cinavia, en la tienda de al lado - contestó Deveralia meciendo sin parar a su hijita, a la que tenía apoyada sobre un hombro, y a la vez dándole golpecitos en la espalda con la mano libre. - Los demás se han ido a recoger la comida.

- ¿Tan pronto? Aún no está lista.

- Sdermila, Redina ha estado aquí.

- ¿Sí? La verdad es que venía a preguntarte si la habías visto. Estaba conmigo, ayudando con la comida, pero salió a... - Sdermila se interrumpió al reparar en los ojos de Deveralia, brillantes y enrojecidos, y darse cuenta de que había estado llorando. - ¿Ha pasado algo?

- Ese Ciric Baranka, el jefe guerrillero que reclutó a Dimeter y a Sante...

- Sí, lo recuerdo bien.

- Está aquí, en este campo. Redina ha hablado con él - Sdermila se sentó en el suelo de la tienda, al lado de Deveralia. - Baranka se acordaba de ellos, sobre todo de Dimeter, a causa de la discusión que mantuvo con él esa noche, en el cobertizo. Le ha dicho a Redina que salieron en una misión con uno de sus lugartenientes, sólo dos o tres días después de que nos separásemos, pero que no volvió nadie del grupo. - Deveralia empezó a llorar otra vez. El bebé, por su parte, parecía estar muy lejos de calmarse, lo que contribuía a aumentar la agitación de su madre.

- Oh, Dios mío... Vamos, trae aquí a la niña. Me acuerdo de cuando nació mi Lania. Hasta los seis meses estuvo con problemas para echar los gases después de cada comida. No se le pasaron hasta que empecé con las papillas... Eso es, mi niña, eso es, no me llores. Y tú tampoco deberías hacerlo, Deveralia - dijo mientras empezaba a mecer a la niña, sus palmaditas considerablemente más enérgicas que las que su madre le había estado dando. En realidad no sabía muy bien qué decir para consolar a Deveralia, cuya pena sentía como propia, pero tenía que intentarlo de todos modos. Redina tenía que estar también fatal, pero de momento tenía que quedarse aquí con Deveralia. Más tarde iría en busca de su vieja amiga y vecina. - Estoy segura de que Sante y Dimeter están perfectamente. Ya lo verás. Si Baranka está aquí, no puede saber si han vuelto a su campamento desde que él está fuera, ¿no? He oído decir que las comunicaciones aquí no son... - En ese instante el bebé dejó escapar un eructo y e inmediatamente cesó su llanto. - ¿Qué te había dicho? Buena chica. Ahora a dormir, ¿a que sí? Oh, sí, mira estos ojitos. Te vas a dormir seguro - Deveralia sonrió a Sdermila y volvió a coger a la criatura de los brazos de Sdermila.

- Gracias. La pobre debe darse cuenta de lo nerviosa que estoy, pero tiene que estar ya cansada - El bebé cerró los ojos y se llevó su diminuto puño a la boca.

Sdermila se puso a recolocar las ropas con las que Deveralia había improvisado una cuna, y allí la depositó su madre con gran cuidado para que no se le despertara. - Está muy despabilada para ser tan pequeña - comentó Sdermila. - Una no puede evitar preguntarse qué estará pensando cuando te mira con esos ojos. Sí, ya sé que se supone que los niños no ven gran cosa hasta el cuarto mes, pero a veces me parece que esta criatura puede vernos, y que ya está sacando sus propias conclusiones sobre nosotros.

Deveralia estuvo a punto de echarse a reír. - Ojalá Sante pudiera verla. Cada día que pasa estoy más segura de que va a parecerse a él. Figor y Lía se parecen a mí, tú misma me lo has dicho, pero la nariz de Katia, la frente y creo que también los ojos son de su padre, no hay duda. Oh, ¿no te lo he dicho? He decidido llamarla Katia. Ése es el nombre que escogió Sante cuando se enteró de que íbamos a tener otra niña. Al principio yo no estaba de acuerdo, pero... - La joven no pudo continuar. Se abrazó a Sdermila y empezó a sollozar contra su pecho.

Parado a la entrada de la tienda Alce dudaba, armándose de valor para entrar. Tras no encontrar a Sdermila en la cocina común se le había ocurrido mirar allí. Efectivamente, dentro se escuchaban su voz y la de Deveralia, pero al parecer algo iba mal. Una de las dos estaba llorando. Al abrir el sello de la tienda y ver la escena, se dio cuenta de que aquel no parecía ser un buen momento. Ninguna de las dos mujeres había reparado en su presencia. Alce se

dio la vuelta para marcharse, pero entonces volvió a cambiar de idea. - ¿Puedo entrar? - preguntó de forma tentativa.

- Ah, Lewis - dijo Sdermila levantando la cabeza. - ¿Querías algo?

- Yo... ¿algo va mal?

- No sé si... Deveralia, ¿te importa si se lo cuento a Lewis? - La joven negó con la cabeza, haciendo un visible esfuerzo por recobrar la compostura. Sdermila le hizo una señal a Alce para que se acercara. Agachando la cabeza, Alce entró del todo y cerró la tienda tras él. Después se sentó en una manta frente a las dos mujeres abrazadas, sintiéndose terriblemente azorado e incómodo.

- Es por ese guerrillero, Ciric Baranka - comenzó Sdermila. Alce asintió, invitándola a continuar. - El marido de Deveralia y el de Redina se fueron con él. Quiero decir que los reclutaron. Baranka le ha dicho a Redina que los dos han desaparecido.

Alce bajó la mirada por un momento. - Siento oír eso. He visto a los guerrilleros, sí. Puedo hablar con Pantera y pedirle que intente conseguir más información.

- ¿Lo harás? Muchas gracias, Lewis. ¿Has oído eso, Deveralia?

- Si Baranka supiera algo - respondió la joven casi en un murmullo -, me refiero a algo bueno, ya se lo habría dicho a Redina cuando ha hablado con ella.

Alce tragó saliva. Estaba de acuerdo con lo que acababa de decir Deveralia, pero prefirió no decir nada. *Maldita sea, esto lo está haciendo más difícil todavía.* Por segunda vez consideró la idea de marcharse sin decirle nada a Sdermila, pero al igual que en la anterior terminó optando por quedarse. Si venían a recogerles mañana como había dicho Lllamarada, era posible que no volviera a tener jamás la oportunidad de contarle a Sdermila la verdad.

- Sdermila, tengo que hablar contigo.

Ella arqueó las cejas en señal de sorpresa. - ¿Conmigo?

- Sí. En privado, si es posible.

- Pero es que no quiero dejar sola a Deveralia ahora. Puedes decirme aquí lo que sea.

- No sé si...

- Me estás preocupando, Lewis, y bastante mal va ya el día. ¿Quieres decirme de qué se trata?

Alce tomó aire, sintiéndose profundamente acongojado. Por el camino había ensayado en su mente media docena de formas diferentes en las que empezar a explicarse, pero llegado el momento ninguna le parecía adecuada. Le resultaba casi imposible aguantar la mirada de Sdermila sin apartar la suya de pura vergüenza. Presentía que esto iba a ser probablemente lo más difícil que había tenido que hacer en la vida - y tratándose de una vida tan azarosa como la suya aquello no era decir poco -, pero era algo a lo sentía que no podía escapar. Una vez más, vio frente a sus ojos cómo el ala-B de Torpedo era alcanzado, el carguero armado disparando contra ellos sin cesar, el resto de las naves del convoy maniobrando a la desesperada mientras los ala-A de Lllamarada y de Ermitaño los perseguían. Escuchó la voz del piloto coreliano rogando que no le dispararan. Se imaginó el miedo y la angustia de los pasajeros, incapaces de ver el intercambio de disparos desde dentro del compartimento de carga, pero sintiendo como la nave se zarandeaba mientras intentaba escapar, luego los torpedos impactando contra el casco y matándolos

a casi todos en el acto, su grito final silenciado por el vacío del espacio. Alce notó que se le secaba la garganta y por un instante pensó que iba a fallarle la voz, pero cuando comenzó a hablar, le salió serena y controlada, casi como si estuviera impartiendo a una clase a un grupo de pilotos novatos en los días en que ejercía como oficial de adiestramiento del escuadrón Blanco.

- ¿Te acuerdas de la otra noche, cuando me trajiste el caldo y estuvimos hablando?

Sdermila asintió y de pronto su rostro perdió el poco color que le quedaba. - No esperaba que pudierais hacer lo que me dijisteis. Si no podéis llevarme a Balania ya encontraré la manera...

Alce negó con la cabeza. - No es eso - La expresión de Sdermila mostró un inmediato alivio, y al darse cuenta de ello Alce sintió que el corazón se le hundía aún más, aplastado bajo el dolor y la culpa. - Cuando hablamos te dije que había pasado algo, algo de lo que no quería hablar.

- Lo recuerdo. ¿Has cambiado de idea?

- Sí. Ahora debo contártelo - Alce cerró los ojos por un brevísimo instante. Cuando los abrió ya no volvió a apartarlos de los de Sdermila. - Tres días antes de que te conociéramos, Llamarada, otros dos pilotos y yo nos encontrábamos patrullando no lejos de la órbita de Seibergia. Durante las últimas semanas los seibergios habían desplegado minas espaciales en éste y en otros sistemas colindantes, causando daños muy graves a las naves que iban camino de Balania y de otros mundos, y destruyendo a algunas de ellas. Buscábamos transportes que pudieran ir cargados con este tipo de minas, en un intento por evitar que muriera nadie más por su culpa, así que teníamos orden de interceptar e inspeccionar cualquier nave sospechosa que saliera de Seibergia. Si nuestros sensores revelaban la presencia de minas entre su cargamento, debíamos impedir que escaparan con todos los medios a nuestro alcance. - Sdermila lo miraba sin casi pestañear, e incluso Deveralia había dejado de llorar para prestar atención a su relato. Alce apretó la lengua contra los dientes. La bondadosa mujer no parecía extrañarse de que le estuviera contado todo aquello, sino que asumía que si lo hacía era porque había algo en lo que ella podía ayudarle. Quizá consolándole, como estaba haciendo con Deveralia. Alce se sintió aún peor, pero no obstante continuó hablando. Tenía que hacerlo.

- Apareció un convoy de cinco naves. Cuando les ordenamos que redujeran la velocidad para permitirnos inspeccionarles sin correr riesgos, el piloto de una ellas intentó convencernos para que les dejáramos pasar sin revisar su carga. Dijo que llevaba a bordo a refugiados balanios, y que cazas seibergios les perseguían. Cuando comprobamos que no venía caza alguno tras ellos, asumimos que el piloto estaba tratando simplemente de engañarnos. Nos dirigimos hacia el convoy con la intención de escanearlos con o sin su colaboración. Los tres primeros cargueros llevaban minas, tal y como sospechábamos. El cuarto, que iba seriamente armado, no nos dejó acercarnos. Disparó contra nosotros en cuanto lo intentamos. Uno de mis compañeros resultó alcanzado, aunque consiguió mantener el control de su nave - Alce se preguntó si Sdermila y Deveralia comprendían algo de lo que les contaba. *Me estoy justificando, pidiendo perdón antes incluso de confesar mi falta*, pensó con amargura, pero aún así no podía evitarlo. Sdermila no seguiría escuchándole una vez que le confesara que había matado a su familia, así que tenía que intentar explicarle de antemano, mientras todavía podía hacerlo,

cómo era posible que las cosas hubieran llegado hasta ese final tan terrible. Era importante para él que entendiera que no había sido su intención que pasara aquello, que no había sido descuidado ni estúpido, que él sólo... *¿Yo sólo qué? Esa es la cuestión, ¿no? ¿Importa la respuesta? ¿Le importará a Sdermila?* Percibiendo su inquietud con la intuición que le daban no tanto sus años como su increíble humanidad, Sdermila estiró la mano y se la apoyó en el hombro en un gesto cargado de ternura. Alce comenzó a temer el momento en el que esa mujer mayor a la que tanto había empezado a querer retiraría su mano con odio y con repulsión.

- Mientras yo dejaba incapacitadas a las tres primeras naves para evitar que huyeran, Lllamarada y el otro compañero destruyeron a la que había abierto fuego sobre nosotros. Fue entonces cuando descubrimos que la última se nos iba a escapar. Era aquella cuyo piloto había intentado confundirnos, y aún insistía en ello, diciendo que llevaba refugiados y que por favor no le disparásemos, pero seguía negándose a detenerse para que pudiéramos comprobar si lo que decía era cierto - Los ojos de las dos mujeres se dilataron, al empezar ambas a comprender lo que venía a continuación. Alce inspiró profundamente y buscó en su interior el valor que necesitaba para contarles el resto.

- Ninguno de nosotros había llegado a inspeccionar esa nave. No podíamos saber qué era lo que transportaba en realidad, pero el piloto ya había mentido antes al decir que les perseguían. Si las otras naves junto a las que viajaba llevaban minas, la conclusión lógica era que también ésta tenía que llevarlas. Pensé que no podíamos consentir que escapara sólo porque no teníamos la completa certeza de que así era. Ya había muerto mucha gente por culpa de las minas de los seibergios. Yo era el único que aún podía acertar al carguero con mis torpedos de protones, antes de que saltara al hiperespacio. Le pedí a Lllamarada permiso para disparar, pero ella dudó. Se nos había instruido para no abrir fuego contra ninguna nave a la que no hubiéramos inspeccionado primero, pero yo decidí desobedecer esas órdenes y no esperar a que Lllamarada me diera su autorización. Disparé los torpedos y destruí el carguero. - Alce agachó la cabeza un momento, pero se obligó a levantarla de nuevo para poder mirar a Sdermila a los ojos. Se lo debía.

- En aquel momento pensé que había hecho lo correcto, pero no era así. Cuando regresamos a nuestra nave nodriza nos enteramos de que en esa última nave realmente viajaban refugiados. Al parecer, acaba de saberse que los seibergios amenazaron a su piloto para que intentara engañarnos por ellos, pero eso no cambia los hechos. Lo único cierto es que maté a unas cincuenta personas inocentes.

Las dos mujeres balanias lo miraron en aterrado silencio, intentando decidir cómo asimilar lo que acababa de revelarles. Obviamente consternadas, ninguna de ellas dijo nada durante un tiempo. Deveralia cogió a su bebé en brazos, como si de pronto sintiera que tenía que protegerla. De él. La mano de Sdermila resbaló sobre el hombro de Alce, descendiendo poco a poco hasta terminar deteniéndose sobre la mano de él. Su tacto, cariñoso aún aunque vacilante, a Alce le quemaba.

- No entiendo nada de naves espaciales, de minas o de sensores - comenzó a decir Sdermila. - Pero si algo he comprendido, me parece que lo que pasó fue... ¿como un accidente?

Alce apretó los labios. - Quizá. Eso es lo que me gustaría pensar, pero...  
- Al llegar a este punto sí que le falló la voz.

- Tú no querías matarlos. No habrías disparado si hubieras sabido que la nave llevaba pasajeros de verdad.

- No, no, claro que no quería, y por supuesto que no hubiera disparado de haberlo sabido, pero... Sdermila, me es muy difícil decirte esto...

- Pero si ya lo has dicho - Una lágrima rodó por la mejilla de la buena mujer. La pobre estaba esforzándose por mostrarse comprensiva con él, aunque era obvio que estaba tan espantada como Deveralia. De pronto Alce ya no pudo aguantar más. Lentamente negó con la cabeza.

- Sdermila, escúchame. Nuestros dos compañeros, los que llegaron ayer... - Sdermila asintió. Los había visto. - Venían de Nurtina. Entre otras cosas traían consigo la lista de pasajeros de esa nave. Sdermila, tu hijo Jeiran, su mujer y sus dos hijos iban a bordo. Están muertos. Fui yo quien los mató.

Sdermila apartó su mano de la de Alce tan bruscamente como si acabara de convertirse en metal al rojo vivo. La pobre mujer utilizó esa misma mano para cubrirse la boca al tiempo que empezaba a llorar de forma incontrolable, sus ojos abiertos de par en par mientras movía la cabeza de un lado a otro intentando negar que el horror que acababa de escuchar pudiera ser cierto.

Deveralia la rodeó con su brazo libre, pero ella apenas lo notó. Frente a ella, ese joven en el que había empezado a pensar como si de una especie de sobrino se tratara, la miraba con preocupación y con aprensión, y quizá también con simple y llana vergüenza. ¿De verdad había dicho lo que ella creía haber escuchado? Pero sí, ella había entendido cada una de sus palabras y no había confusión posible. La posibilidad de que pudiera estar mintiéndole o gastándole quizá una broma increíblemente cruel ni siquiera se le pasó por la cabeza. "Ayer derribaron a un carguero que llevaba balanios tan sólo para estar seguros de que no era no de los nuestros". Esa frase apenas oída, y pronunciada por uno de los niños seibergios que asaltaron a su grupo de refugiados el mismo día en el que tuvo que huir de su casa, cobró de repente todo su siniestro significado. Todo lo que ese hombre le había dicho no tenía otro objetivo que el de confundirla, haciéndole más difícil el que pudiera comprender la devastadora verdad de su crimen. Sdermila sintió un dolor inconmensurable en lo más profundo de su corazón, mientras el rostro de su hijo se le presentaba de nuevo en su mente, escuchaba su voz mientras le comentaba sus planes, y entonces veía también la cara de su nuera y de sus nietos, aquella última vez que los vio. Había sido en su cumpleaños. Sdermila bajó la mano y chilló a pleno pulmón una única palabra, sus normalmente amables facciones deformadas ahora en una mueca de ira y de angustia extremos.

- ¡ASESINO!

- Sdermila, lo siento.

- ¡Vete, vete de aquí!

- Sdermila, aún hay más...

- ¿Es que no has dicho ya suficiente?- le gritó Deveralia. Sobresaltada, la pequeña Katia se despertó y empezó a llorar de nuevo con todas sus fuerzas. - Ya la has oído - continuó Deveralia mientras volvía a mecer a su bebé intentando en vano calmarla. - ¡Vete, tú y tus amigos, y no volváis nunca!

- Ayer, cuando descubrí que tu familia iba en esa nave - comenzó Alce a pesar de todo -, me acordé de lo que me contaste sobre tu otro hijo, Lania. De repente se me ocurrió que si era capaz de encontrarlo y hacerle saber lo que había sucedido, él podría venir aquí y estar contigo... - Sdermila lo miró con sus ojos arrasados por las lágrimas. Su pecho subía y bajaba con cada sollozo, no hubiera podido controlar el llanto aunque quisiera. Su otro hijo, Lania. ¿Qué podía decirle ese criminal sobre él? La preocupación y el miedo vinieron a sumarse a su tormento, puesto que ya anticipaba que cualquier noticia que pudiera darle semejante demonio no podía ser buena.

Pero aún así tenía que escuchar lo que fuera.

- Hablé con otro compañero de escuadrón que está en nuestra nave nodriza, y le pedí que buscara referencias en las redes de información acerca de Lania. Le dije todo lo que sabía de él, incluyendo lo de que había vivido en Commenor. Mi compañero es un experto en ordenadores y sabe cómo utilizarlos para buscar todo tipo de cosas, así que pensé que a lo mejor él podría dar con el paradero de tu hijo. Me ha llamado hace un rato. Se supone que no debo repetirle a nadie lo que me ha dicho, pero tienes que saberlo. ¿Te acuerdas de lo que te conté acerca de las Estrellas de la Muerte? Pues el caso es que él, Lania, estaba probablemente a bordo de la segunda de ellas cuando la Alianza consiguió destruirla. Por eso no has sabido de él desde hace un año. Sdermila, de verdad que lo siento.

Sdermila gritó y gritó, incapaz de contener tanto dolor como tenía dentro de sí. Deveralia, llorando también abundantemente, volvió a chillarle a Alce que se fuera. La entrada de la tienda se abrió, y el rostro de una mujer de la edad de Deveralia asomó por la abertura. Se trataba de Cinavia, la vecina de tienda que en esos momentos estaba cuidando de Figor y de Lía. - He oído...- empezó a decir, pero se detuvo asustada a media frase cuando vio a Sdermila y a Deveralia llorando de forma inconsolable. Cinavia entró con una expresión de profunda alarma pintada en su rostro y se arrodilló junto a ellas. - ¿Pero qué ha pasado aquí?

- ¡VETE!- gritó Deveralia una vez más. Murmurando un último "lo siento", Alce salió de la tienda y la cerró con cuidado. Vio a Rúster de pie no muy lejos de allí, y más cerca aún a Lllamarada, mirándole con los brazos cruzados sobre su pecho, a causa quizá del frío, o quizá no sólo por eso. Alce caminó hacia ella, sin sentirse apenas las piernas que parecían como dormidas, tan incapaz de pronunciar ni una sola palabra como lo era de llorar, por mucho que en ese instante deseara tanto hacerlo.

Con la única compañía de Invierno, Leia Organa contemplaba la pequeña unidad holográfica que el capitán del *Libertador* había ordenado instalar para su uso privado en el camarote que le habían asignado. Desde el centro del cubo de proyección, la imagen de Mirla Lond, probablemente la más famosa periodista y presentadora de noticias coreliana, miraba fijamente a su audiencia. Detrás de ella, Leia pudo reconocer fácilmente la sala de reuniones a bordo del crucero *Primer Ciudadano* en la que tantas horas había pasado. Mirla Lond, conocida al menos en un centenar de mundos aparte de en la propia Corellia, acompañaba su amable pero al mismo tiempo seria expresión con un tono de voz calculadamente uniforme que añadía gravedad a sus palabras, el tono reservado para las ocasiones más importantes.

- ... esta es la grabación que tan rápidamente ha hecho cambiar la situación en el sistema Seibergia. Lo que están ustedes a punto de escuchar son las transmisiones entre el *Mano del Idiota*, el recientemente identificado carguero coreliano que fuera derribado hace casi dos semanas por un cazabombardero de la Nueva República, el Control de Vuelo del espaciouerto de Nurtina, y uno de los transportes seibergios que también resultó destruido durante el incidente. Desde el comienzo de esta última crisis, la versión de la historia ofrecida por la Nueva República ha sido la de que las naves seibergias transportaban entre todas ellas un importante cargamento de minas espaciales, preparadas para ser desplegadas en las rutas más utilizadas para viajar entre Seibergia y Balania. Aunque aún no ha sido confirmada por fuentes independientes, esta afirmación ha ganado considerablemente en credibilidad. Escuchen esta grabación atentamente y juzguen ustedes mismos.

Con el fondo proporcionado por las imágenes del rescate de los cuerpos de entre los restos del *Mano del Idiota*, la escena que había sacudido a la galaxia hacía tan sólo dos semanas, comenzaron a reproducir la misma grabación de audio que Leia había escuchado ya al menos una docena de veces.

- *Mano del Idiota*, aquí Control de Nurtina.

- Les copio, Nurtina.-

- *Mano del Idiota*, debo informarle de un cambio en su plan de vuelo.

Prepárese para recibir un nuevo vector de salida.

- Recibiendo, Nurtina, ¿pero a qué viene esto de un nuevo vector de salida? Tenía mi plan de vuelo autorizado por las autoridades del espaciouerto.

- Siga ese vector y cumpla al pie de la letra las instrucciones que están a punto de darle, si no quiere que usted y su nave sean destruidos.

- ¿Dest...? Creo que no he copiado bien esa última parte, Nurtina. Por favor, repitan.

- *Mano del Idiota*, aquí *Repartidor Uno*. Contesta.

- ¿Qué demonios está pasando aquí? No... ¡¡¡Fuerza bendita!!!

- *Mano del Idiota*, aquí *Repartidor Uno*. Eso ha sido un misil de impacto, y lo he disparado sin apuntarte realmente. Es el único aviso que vas a recibir. Mis sistemas de seguimiento tienen ahora perfectamente localizada a tu nave, y tengo otros dos misiles armados y listos para hacerte reventar en mil pedazos dentro de veinte segundos. Confirma si has copiado y comprendido todo.

- A-aquí el *Mano del Idiota*. Confirмо recepción.

- Muy bien. Odiaría tener que matar a un coreliano, incluso si se trata de una rata womp como tú. Préstame toda tu atención, porque no disponemos de mucho tiempo. Vamos a colocarnos en formación contigo, cuatro naves, en el mismo vector que acaban de proporcionarte. Poco después, es más que probable que en cualquier momento nos intercepten cazas de la Nueva República. Si ése es el caso, tu misión es confundirles lo mejor que puedas. Diles que nos persiguen cazas TIE seibergios. Si no se lo tragan tan fácilmente, lo que tienes que hacer es abandonar la formación, detener los motores, y simular una emergencia. Eso nos dará una oportunidad para cruzar su bloqueo antes de que tengan tiempo de volver a alcanzarnos.

- ¿Pero qué pasará conmigo?

- Nada. Sus sensores detectarán que sólo llevas pasajeros y te permitirán continuar viaje.



- Si finjo una emergencia no se limitarán a tomar un escáner, seguro que ya lo sabes. Insistirán en enviarnos ayuda, en evacuar a mis pasajeros o algo por el estilo. Abordarán mi nave. Si me identifican estoy perdido. Tengo órdenes de búsqueda y captura tanto en Corellia como en la Nueva República... ¡Mierda, me enviarán a Kessel!

- Ése es tu problema, coreliano. Es eso o tu muerte y la de tus pasajeros. Si te disparo ahora ya no hará falta que simules nada, los de la Nueva República tendrán una emergencia de verdad a la que deberán acudir, así que no creas ni por un instante que voy de farol. Tienes cinco segundos para aceptar o morir. Cinco, cuatro...

- ¡Acepto, acepto, maldita sea!

- Estupendo, no esperaba menos de ti. Ahora mantén tu presente curso, casi estamos ahí...

Al llegar a ese punto la voz de Mirla Lond volvió a escucharse otra vez, y su agraciado rostro ocupó de nuevo el centro del cubo de proyección. - Desde aquí la grabación pierde rápidamente calidad hasta hacerse ininteligible, una vez que las cinco naves alcanzaron el lado del planeta opuesto a Nurtina, y se corta definitivamente al cabo de pocos segundos. Apenas diez minutos después de que tuviera lugar esta conversación, el *Mano del Idiota* fue fatalmente alcanzado por dos torpedos de protones lanzados desde una ala-B de la Nueva República. Varios oficiales de alta graduación de la Armada Coreliana han tenido acceso a los registros y grabaciones tomados por las cámaras de vuelo de ése y otros aparatos que formaban parte de la misma patrulla - La imagen se amplió para abarcar también al hombre de uniforme sentado junto a la popular periodista, alguien a quien Leia conocía muy bien. - Tenemos con nosotros al almirante Bren Sellman, el hombre que se encuentra al mando de la fuerza de combate enviada a Seibergia por el gobierno con el objetivo inicial de acabar con el bloqueo. Buenas noches, almirante.

- Buenas noches.

- ¿Puede contarnos qué es lo que ha podido ver y oír en el material facilitado por la Nueva República?

- Sí. En un primer momento el piloto del *Mano del Idiota* intenta hacer exactamente lo que le habían dicho. Cuando los cazas de la Nueva República se disponen a interceptar el convoy, responde a su llamada y les dice que están siendo perseguidos por cazas seibergios, y que por tanto no pueden detenerse. Pero cuando los cazas insisten en acercarse para inspeccionar con sus sensores el cargamento de todas las naves del convoy, el piloto del *Mano del Idiota* empieza a cambiar el guión. En lugar de detener sus motores y simular que tenía problemas, tal y como el seibergio al que hemos escuchado en la otra grabación le había ordenado que hiciera, decide mantenerse junto a las otras cuatro naves.

- ¿Por qué cree que hizo eso, almirante?

- Sus motivos quedan claros en esa otra grabación. No quería arriesgarse a que las fuerzas de la Nueva República lo detuvieran. El Departamento de Seguridad Coreliana ha identificado fácilmente a este hombre como Sed Diconner. Sólo en Corellia pesaban sobre él los cargos de contrabando, tráfico de especia, falsificación de documentación legal, y fraude continuado al Departamento de Hacienda, entre otros.

- Vaya, no se trataba precisamente de un ciudadano ejemplar.

- No, en absoluto.

- ¿Qué sucedió entonces?

- Los cazas de la Nueva República se aproximan al convoy y...

Leia Organa desconectó el holoreceptor. Ya había visto suficiente. Después de esto el Diktat no tendría problema alguno para retirarle su apoyo a Somolovich. Era el final de la crisis, aunque todavía quedara mucho trabajo por hacer en Seibergia. Leia se sentía deprimida aún por saber que mucha gente había muerto, y que muchísima más se había quedado sin hogar antes de que se llegara a este punto, pero encontraba consuelo en la certeza de que la historia podría haber acabado mucho, mucho peor. Corellia no se uniría al Imperio, y eso era lo más importante de todo para el futuro de la Nueva República y para los billones de seres que la componían. Todo lo demás era secundario.

Leia se preguntó si alguna vez llegaría a acostumbrarse a que las cosas fueran así.

La consola del camarote emitió una señal de aviso, pero Leia no tenía ganas de hablar con nadie a no ser que fuera realmente necesario. Permitted que Invierno se hiciera cargo de la llamada. Ella le avisaría si era importante.

- Leia, es Mon Mothma – dijo su amiga. - Vía holograma.

Leia frunció el ceño. Era importante. - ¿Te ha dicho de qué se trata?

- No. Puede que sólo pretenda darte la enhorabuena.

- Mon Mothma no gastaría los recursos necesarios para establecer una transmisión hiperespacial sólo para eso. Por favor, Invierno, pásame la comunicación aquí y luego déjame sola. Ya te contaré después.

Invierno asintió y salió de la sala. Mon Mothma conocía a Invierno, pero no lo sabía todo sobre ella ni sobre el trabajo que llevaba a cabo para Leia. Eso algo que tanto Leia como Invierno preferían que siguiera siendo así por el momento. La Nueva República había cumplido ya un año, pero Leia no se sentía capaz aún de renunciar a su última y más secreta línea de defensa. No mientras el recuerdo de Palpatine siguiera estando tan fresco. No mientras sus herederos siguieran acechando cada paso que daba.

Leia volvió a activar la unidad holográfica e inspiró a fondo. Finalmente presionó la tecla para aceptar la transmisión.

- Me alegro de verte, Mon Mothma.

- Y yo también de verte a ti, Leia. ¿Qué tal ha ido el primer día de negociaciones después de los sucesos de ayer?

- Te he enviado un informe.

- Lo he leído, pero quería saber tu opinión personal.

Leia se encogió de hombros. – Los corelianos están la mar de colaboradores. El Diktat no ve el momento de poder lavarse las manos y dejar este sistema a su suerte. Las cosas han ido tan deprisa que al almirante Sellman le ha sobrado tiempo para dejar que le entrevistaran los de Coronet News.

- Sí, también lo he visto. Los estamos perdiendo, ¿verdad?

- ¿A los corelianos, quieres decir?

- Sí. En el fondo nunca he querido renunciar a la esperanza de que llegaría el día en el que abrirían los ojos y se unirían a nosotros. Pero supongo que debo hacerme a la idea. Ha pasado mucho tiempo desde que firmamos el Tratado de Corellia, los tres, Garm, Bail y yo. Quién hubiera imaginado entonces lo que el destino nos deparaba a cada uno de nosotros, a nuestros planetas, y a la galaxia entera. Fíjate, aunque el Imperio sigue aún ahí,

acechando, hoy casi podemos decir que nuestro sueño de entonces se ha cumplido. Derrotamos a Palpatine, hemos reinstaurado la República... pero jamás creí ni seguro creyeron ellos que ni Alderaan ni Corellia estarían en ella. Los echo de menos, ¿sabes? Ojalá Bel Iblis no hubiera desaparecido y que tu padre no... Ah, lo siento. Perdóname, Leia.

- No tienes por qué disculparte - Leia sabía que las disculpas de Mon Mothma no eran por haberle recordado la muerte de Bail Organa, o al menos no sólo por eso. El hecho era que desde que Mon Mothma se enteró por boca de la propia Leia de quién era su padre biológico, siempre se la notaba incómoda cada vez que mencionaba delante de ella a su otro padre, el adoptivo. Era como si el nombrar al uno significara nombrar también al otro, y que el hacerlo en presencia de Leia fuera como decir en voz alta el nombre de una terrible enfermedad en casa del que la padece. Tan comprensiva y dispuesta al perdón como era la Presidente de la Nueva República, era obvio que le resultaba muy difícil asimilar el hecho de que Leia hubiera sido engendrada por semejante monstruo. Leia no la culpaba por ello. No, sabiendo el sufrimiento y el daño que su verdadero padre, Darth Vader, había causado, y las incontables vidas que había arrancado. No, por mucho que se hubiera redimido en sus últimos minutos de vida, y que quizá también mereciera ser recordado por eso.

Pero a menudo deseaba que Mon Mothma fuera capaz de evitar que, de cuando en cuando, ese tema en particular apareciera de forma implícita en sus conversaciones, y sobre todo que siempre se disculpara por ello.

Como solía hacer siempre que sucedía, Leia saltó sobre la cuestión como si no existiera, siguiendo la conversación por el punto en el que Mon Mothma no había podido evitar interrumpirse a sí misma.

- Sé bien lo que quieres decir. Yo misma he tenido ese pensamiento más de una vez durante estos días. Si Garm Bel Iblis fuera Diktat y mi padre Bail siguiera con vida para apoyarle a él y mediar entre vosotros dos, las cosas podrían ser muy distintas en Corellia y en la Nueva República. Desgraciadamente no es así, y todos los corelianos que en su día decidieron creer en los ideales de la Alianza tendrán que seguir viviendo como exiliados políticos.

- Me pone tan triste. Tantas buenas personas como Doman Beruss, Crix Madine...

- Wedge Antilles, Han Solo...

Mon Mothma asintió. - Es una lista muy larga, por suerte para nosotros, aunque no sé si lo es tanto para ellos. Cisco Francmonde no quiere sino aislar a Corellia del resto de la galaxia, mantenerla dentro de su burbuja durante el mayor tiempo posible. Cada día veo más claro que ése es su camino, pero lo cierto es que muy poco podemos hacer mientras su pueblo le siga apoyando... En fin, en realidad no te he llamado para hablar de todo esto, sino porque tengo una misión para ti, Leia. Quiero que vayas a Mon Calamari.

- ¿A Mon Calamari? Pero es que aún no he acabado aquí. Las conversaciones con el gobierno seibergio...

- Esto son sólo los preliminares. Las verdaderas negociaciones no darán comienzo hasta que las tropas seibergias hayan salido de la Región Balania, y no antes de que hayamos obtenido un compromiso del Ejército de Liberación Balanio. Te dará tiempo de sobra a hacer lo que voy a pedirte, y después podrás volver a Seibergia para terminar lo que has empezado.

- Si es así no tengo inconveniente. ¿De qué se trata?

- El *Guardia del Lobo* saldrá mañana hacia Mon Calamari, donde podrán repararlo en condiciones, así que puedes ir con ellos. La teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory serán sometidos a un consejo de guerra tan pronto como lleguéis al planeta. Ackbar será uno de los miembros del tribunal, pero quiero que seas tú quien lo presida.

Leia se quedó de una pieza. – Creí que ya no habría consejo de guerra.

Mon Mothma negó con la cabeza. – No podemos dejar las cosas como están. Esos dos oficiales son culpables de desobedecer sus órdenes y causar por ello la muerte de cincuenta y dos seres inocentes.

- Vamos, Mon Mothma, sabes que fue una trampa.

- Pues claro que era una trampa, ahora lo sabe la galaxia entera. Pero si se hubieran atendido a sus órdenes no habrían caído en ella. Los refugiados seguirían vivos, y también todos los pilotos y tripulantes que perecieron en la batalla en ambos bandos.

- No me puedo creer que estés hablando en serio, Mon Mothma. Seguro que has leído los expedientes. Schroeder y Gregory se han jugado la vida cientos de veces por la Alianza y por la Nueva República. Si todos nosotros, militares o no, hubiéramos obedecido siempre las órdenes que se nos habían dado, para empezar jamás habría existido la Rebelión.

- No es lo mismo, Leia, y tú lo sabes. No estamos hablando de ser imaginativos en la interpretación de sus instrucciones, sino de ignorarlas por completo, y que como resultado haya muerto mucha gente. No podemos hacer la vista gorda con esto, ni siquiera por el hecho de que los dos acusados se cuenten entre nuestros héroes. Ya no somos un grupo rebelde, sino un gobierno legítimo. Si pretendemos seguir siéndolo, hay cosas que sencillamente no podemos permitirnos el lujo de tolerar. Uno de nuestros ideales más sagrados es el de la justicia, una justicia universal e idéntica para todos. Incluso para ti y para mí.

*Ya te advertí de que pasaría esto.* Leia casi podía oír el tono medio en broma medio en serio de Han, diciéndole algo por el estilo. Era cierto, más de una vez le había dicho que no le iba a gustar cuando su romántica Rebelión pasara a convertirse en la Nueva República, sus preciosos ideales se transmutaran en leyes inamovibles, y los una vez clandestinos líderes llegaran a ser presidentes y gobernadores. Por mucho que a ella le molestara tener que admitirlo, Han no había ido del todo desencaminado. No obstante, Leia comprendía muy bien lo que quería decir Mon Mothma, y aunque sin duda iba a odiarse a sí misma por ello, tendría que condenar a esos dos pilotos para que la galaxia entera pudiera ver que la Nueva República se tomaba muy en serio el cumplimiento de sus propias leyes.

- Incluso para ti y para mí – repitió asintiendo lentamente. – Esa es la esencia de todo, ¿verdad? Está bien, lo haré. Me guste o no, alguien tiene que hacerlo. Puedes confiar en mí.

- Jamás he dejado de confiar en ti, Leia – contestó Mon Mothma mirándola de forma afectuosa aunque sin perder la seriedad de su expresión. – Y no creo que eso vaya nunca a cambiar. De verdad, siento mucho tener que hacerte esto.

- Todos tenemos tareas difíciles o ingratas que sin embargo hemos de cumplir. Va con la profesión.

## Star Wars: Daños Colaterales

- Así es en verdad. Me alegro de que entiendas la necesidad de tomar este tipo de medidas. Que la Fuerza te acompañe, Leia.

- También a ti, Mon Mothma.

Leia desactivó el holoprojector y llamó a Invierno. Su amiga entró instantes más tarde.

- ¿Qué tal ha ido?

- Mon Mothma me acaba de recordar quiénes somos y por qué estamos aquí – respondió Leia de forma un tanto críptica. – No viene mal que alguien lo haga de cuando en cuando - Invierno observó a Leia con curiosidad, pero no hizo preguntas. Sabía bien que cuando Leia quisiera hablar del tema, si en algún momento lo deseaba o lo necesitaba, se dirigiría directamente a ella.

- ¿Puedes hacerme un favor? - preguntó Leia.

- Sí, claro. ¿Qué necesitas?

- Llama a la capitán de navío Gen'yaa de mi parte. Dile que cuente con dos pasajeros extra en su viaje a Mon Calamari. Tú y yo.



# STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

## Capitulo XX

Una lanzadera clase Lambda apareció en el cielo a la mañana siguiente, una vez que el tiempo hubo mejorado lo suficiente. Con alguna dificultad, Lllamarada pudo reconocer la nave como el *Trovador*, la lanzadera de los comandos Lince. Aunque la habían parcheado y puesto de nuevo en condiciones de vuelo, las cicatrices que había dejado la explosión del misil de impacto que casi destruyó el hangar principal del *Guardia del Lobo* eran claramente visibles sobre el casco, que aún no se había vuelto a pintar. Rúster, Alce y ella se dirigieron hacia la zona de aterrizaje, siguiendo a Solo y a Raiven que ya casi estaban allí. El eco del sonido de los repulsores antigravitatorios aún rebotaba entre las montañas cuando Drake saltó a la nieve, sin esperar a que la rampa bajara del todo. Mostrando una sonrisa de oreja a oreja el arrebñaciano corrió a abrazar a sus dos compañeros de vuelo y *camaradas Colmillos*.

- ¡Solo, Raiven! ¡Así que era aquí donde os ocultabais, malditos golfos!

Lllamarada sonrió. Era agradable comprobar que Drake volvía a parecerse a su antiguo yo. *Bien, al menos hay uno de nosotros que parece capaz de exorcizar a sus fantasmas*. No tuvo tiempo para más reflexiones, pues el piloto acababa de verla y venía hacia ella con los brazos abiertos, caminando a grandes zancadas.

- ¡Heyyyyy, jefa! ¿Qué tal estás? Me alegro de ver... ¡Rúster, Alce! ¡Me tienes que contar ya eso del caminante al que tumbaste con las manos vacías!

El buen humor de Drake resultaba bastante contagioso, pero aparentemente no lo suficiente para Alce, quien se limitó a responder al saludo de Drake con una inclinación de cabeza. - Hay cosas que descargar, ¿verdad?

- Ah, sí, claro, pero...

- Iré empezando con ello - murmuró Alce al tiempo que continuaba hacia la lanzadera sin detenerse siquiera. Lllamarada sacudió la cabeza con infinita tristeza.

- ¿He dicho algo malo?- preguntó Drake entre estupefacto y dolido.

- Es una larga historia, Dan - contestó Lllamarada intentando sonreír para quitarle hierro a la conducta de Alce. - Pero dime, ¿cómo están las cosas por ahí arriba?

- Pues no van mal. Tengo buenas noticias para todos vosotros, pero en especial para ti, Rúster.

- ¿Sobre el doctor Al Saruff?- preguntó la lumi esperanzada.

Drake asintió. - Hace cuatro horas lo trasladaron a la *Redención*. Se va a poner bien, gracias a ti.

- ¡Gracias a la Fuerza! - exclamó Rúster abrazando a Drake con todas sus fuerzas. Los vívidos colores que adoptaron de inmediato sus extensiones neurales no dejaban lugar a dudas sobre la intensidad de su alegría.

- Venga, Rúster, que me voy a poner colorado...

- Como si fueras capaz de semejante cosa - bromeó Raiven.

- Ah, traidor, ya me las veré luego contigo. Los corelianos liberaron ayer a todos sus prisioneros, incluyendo al buen doctor. Nosotros les devolvimos a los dos pilotos que capturamos después de nuestra última escaramuza. Los tíos habían desactivado las boyas de localización de sus asientos, pero de todas formas los encontramos flotando cerca de Reek.

- ¿Derribaron a Reek?- preguntó Llamarada.

- Sí, pero el muy suertudo salió de ésta sin un solo rasguño, ¿puedes creerlo? Venga, os contaré todo en el viaje de regreso. Ahora id recogiendo vuestras cosas, que tenemos un poco de prisa. Nos vamos en cuanto descargue la lanzadera.

- ¿Qué es lo que pasa ahora?

Drake sonrió igual que lo haría un niño al anunciar a sus compañeros que las vacaciones escolares acababan de adelantarse un mes. - El *Guarida* tiene que ir a Mon Calamari y pasarse unos días en un astillero orbital, dos semanas por lo menos. Tengo tantas ganas de llegar que no sé como voy a aguantar. Dicen que no hay un sitio mejor en toda la galaxia para practicar la inmersión. ¿Os vais a apuntar alguno?

- ¡Claro! - respondió Raiven con entusiasmo. - Hace la tira que no buceo, pero hay cosas que son como montar en motojet. ¿Y tú, Solo?

- ¿Por qué no?- dijo Solo sonriendo también. - Hay que probarlo todo en la vida.

- Pero esperad, no podemos irnos así - intervino Rúster con cara de preocupación. - Aún tengo enfermos y heridos a los que cuidar...

- He traído a un médico conmigo, Ru - explicó Drake, señalando hacia el *Trovador* con el pulgar. - Mira, es ese tipo alto que está hablando con Alce. Además me han dicho que van a venir más vuelos hoy, tanto aquí como a los otros campos. Traerán bacta, comida, generadores de energía, refugios prefabricados, de todo.

- Oh, entonces será mejor que empiece a explicarle a ese médico quiénes son mis pacientes y cómo está cada uno, especialmente la niña con los pies congelados. Qué bien, con el bacta seguro que se recupera... - Rúster lanzó una mirada melancólica en dirección a las tiendas arracimadas a partir del borde mismo de la pendiente. Llamarada creía saber lo que Rúster estaba pensando. Tan dura como había sido para todos esta experiencia, no iba a ser fácil para ninguno darle la espalda a este lugar y a la gente que dejarían en él. Y sin embargo, no podrían quedarse aunque la propia Mon Mothma en persona les firmara el permiso para hacerlo. Ya no. Después de que Alce se confesara con Sdermila y con Deveralia, el rumor se había extendido por todo el campo como lo haría el fuego por una sabana reseca tras una prolongada sequía. La práctica totalidad de los refugiados balanos llevaban evitándoles y haciéndoles el vacío desde ayer, y ni siquiera Rúster, a quien todos habían tratado con el mayor cariño desde que llegaron y se hizo cargo de la tienda médica, se salvaba de algunos de los desprecios. Era muy triste tener que irse así después de todo por lo que habían pasado aquí, junto a esta gente, pero hasta la propia Rúster parecía aceptar que no podían hacer nada para remediarlo. La



lumi suspiró y se volvió hacia Lllamarada. - Ah, Avery, ¿te importaría recoger mis cosas por mí?

- De acuerdo, no te preocupes.

- Coge también las nuestras, ¿vale? - dijo Solo. - Después de todo, entre todos nosotros no creo que seamos capaces de reunir suficiente equipaje como para llenar una bolsa. Mientras tanto iremos a ayudar a Alce con la carga.

Raiven asintió y ambos se fueron detrás de Rúster, quien se encontraba ya al pie de la rampa de la lanzadera. Lllamarada no pudo evitar sonreír de nuevo al ver como el apabullado doctor sacaba un datapad y empezaba a tomar notas a toda prisa.

- Así que por fin nos vamos - dijo de forma casi ausente.

- Puedes apostar a que sí - respondió Drake, aún junto a ella. - Muy pronto Alce y tú estaréis volando otra vez, ahora que se ha aclarado todo lo que pasó.

Lllamarada arqueó las cejas. - ¿Te lo ha dicho alguien?

- Bueno, en realidad no, pero sería lo lógico, ¿no? Víbora dice que los seibergios van a cargar justamente con todas las culpas de lo sucedido, así que me imagino que Gen'yaa os devolverá las alas tan pronto como piséis el *Guarida*.

- Lo creeré cuando lo vea - A pesar de sus cautas palabras, Lllamarada *quería* creerlo. Si Drake estaba en lo cierto, las cosas volverían pronto a ser como eran, o al menos parecidas. *Para empezar me encantaría darme un buen paseo en mi ala-A, lo más salvaje posible y con ración triple de acrobacias. Seguro que a Alce también le vendría bien para empezar a olvidar esta pesadilla.* - Vale, vete con ellos, Dan. Solo tiene razón, no tardaremos mucho en hacer el equipaje.

- También tendréis que despediros de la gente, imagino.

- Eh, no - respondió dubitativa. - En realidad ya nos hemos despedido. Tú vete con los demás, que ya recojo yo todo.

- Vale, tú mandas, jefa.

Lllamarada se fue en dirección a la tienda en la que Alce y ella, y ocasionalmente Rúster, habían dormido durante las últimas dos semanas, sintiendo a su espalda las miradas hoscas de los refugiados que la veían pasar. No, aparte de Pantera y de sus comandos y del puñado de personal de ayuda de la Nueva República, nadie más querría dirigirles la palabra, ni siquiera para decirles adiós. Sintió un impulso para ir a ver a Sdermila y hacer un último intento por explicarle lo que había pasado, pero se lo pensó mejor. ¿Qué podía decirle a la pobre mujer que ella quisiera oír? *Ojalá al menos Rúster pueda despedirse.*

Cinco minutos más tarde, Lllamarada cerraba la entrada de su tienda por última vez, con una mochila a su espalda en la que iban las escasas pertenencias de los cinco pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo, que durante unos días habían hecho de este campo su hogar. Avisadas probablemente de que iba hacia allá, ninguna de las personas con las que habían compartido la tienda estaban allí. En el camino de vuelta a la lanzadera, distraída y alicaída a pesar suya, se detuvo al comienzo del camino que bajaba hasta la zona de aterrizaje, prácticamente en el mismo lugar donde Rúster y ella habían estado sentadas unos días antes, viendo a los chiquillos jugar en la nieve. Había creído ver que alguien entraba en el refugio en el que se encontraba el prisionero seibergio. Lo más extraño era que no le había parecido que se

tratara de uno de los comandos Lince. De hecho, y eso sí que era inusual, no se veía por allí a ninguno de ellos.

- Qué cosa más rara... - Lllamarada volvió la mirada hacia el *Trovador*. Sí, había un comando allí, ayudando a Alce y a los demás a descargar contenedores de la lanzadera. Tenía que ser el mismo al que había visto antes vigilando a la entrada del refugio. Lllamarada tuvo un mal presentimiento. Sin pensárselo dos veces, echó a correr.

Milhavic dio un grito en el mismo instante en el que ella entraba. El anciano balanio que había ayudado a Alce con las guardias en aquella su primera noche en ese planeta, se alzaba sobre el seibergio blandiendo un cuchillo hecho a mano con el que se disponía ya a apuñalar al joven soldado, a quien el comando había tenido la precaución de esposar a uno de los contrafuertes del refugio antes de marcharse.

Lllamarada sujetó el antebrazo de Anderas justo a tiempo. A pesar de su avanzada edad, el antiguo guía conservaba aún bastante fuerza. El balanio forcejeó duramente con Lllamarada por la posesión del cuchillo. Ella apretó los dientes al sentir un agujonazo de dolor procedente de su muñeca, que se estaba resintiendo. Pensando que estaba a punto de conseguir su objetivo, Anderas intentó obligarla a soltarle el brazo lanzándole un golpe con su codo izquierdo. Lllamarada lo detuvo con su mano libre y, sin darle tiempo al anciano para intentar nada más, dio un tirón del brazo de Anderas a la vez que le hacía perder el equilibrio con un fuerte barrido de su pierna derecha, justo a la altura de los tobillos del balanio. Anderas cayó pesadamente al suelo, pero no dejó escapar ni el más pequeño lamento. Aún retenía el cuchillo, pero cuando intentó levantarse con él se topó con el cañón del bláster de Lllamarada apuntándole entre los ojos, a menos de medio metro de distancia.

- Por favor, no me obligue a hacerlo - dijo Lllamarada muy despacio, pronunciando cuidadosamente cada sílaba. - Deje caer el cuchillo al suelo.

Anderas enseñó los dientes que aún le quedaban en un gesto de desafío, y por un instante Lllamarada pensó que iba a tener que dispararle. Demasiado tarde como para hacer nada al respecto, se acordó de que el selector de fuego de su arma no estaba en la posición de aturdir. Si apretaba el gatillo el disparo sería mortal. Se disponía a avisar al viejo balanio cuando éste soltó por fin el cuchillo con un gruñido.

- Quizá sea usted quien debería estar esposado - dijo Lllamarada mientras apartaba el cuchillo de una patada, sin dejar de apuntar a Anderas en ningún momento.

- Tenía que hacerlo.

- ¿Por qué?

- Por que es un asesino como todos los seibergios, por eso.

- Tengo demasiada prisa ahora mismo como para ponerme a discutir sobre eso. De todas formas, con este intento de asesinato ha ido usted mucho más allá de las palabras - Sin apartar la vista del viejo balanio, Lllamarada activó su comunicador de pulsera, recién rescatado de entre sus pertenencias. En las distancias cortas funcionaba lo suficientemente bien, aún sin satélites. - Aquí Lllamarada, estoy en el refugio en el que se aloja nuestro invitado seibergio. Necesito que alguien de los comandos Lince se pase por aquí. Tenemos un pequeño problema de seguridad.

- No eres mejor que ellos - continuó Anderas. - Decís que venís a ayudar, pero nos matáis exactamente igual que hacen los seibergios cuando es

lo que más le conviene a vuestros intereses, o simplemente cuando tenemos la mala suerte de estar en medio de vuestras disputas. ¿A que sí?

Llamarada resopló. Definitivamente no estaba de humor para aguantar esto. - Puedes esperar despierto a que te detengan, o puedo aturdirte de un disparo y luego darte un culatazo y ponerte a dormir. A mí me da lo mismo, así que deja de provocarme.

Anderas escupió en el suelo ante los pies de Llamarada, pero no obstante se calló. Menos de un minuto después, el propio Pantera y un pálido Doble-O se marcharon llevándose con ellos al recalcitrante anciano. Doble-O era el soldado que debía haber estado vigilando allí, pero estaba tan aburrido que se le había ocurrido ir a ayudar con la descarga del *Trovador* y de paso charlar un rato con los pilotos. Esa pequeña - o gran - imprudencia le iba a costar perderse el siguiente permiso, cuando quiera que fuese, si había que juzgarlo por el modo en que lo miraba Pantera. Llamarada recuperó su mochila del suelo y se dispuso a marcharse ella también.

- ¿Aún te sigues preguntando por qué llevamos una dosis de veneno colgada del cuello? - preguntó Milhavic a su espalda.

- ¿Qué?

- A saber lo que ese viejo bastardo pretendía hacer con ese cuchillo.

- Creo que era bastante obvio. Iba a matarte.

- Puede que no. Puede que quisiera hacer algo peor. Mutilarme, ¿entiendes a qué me refiero? - Llamarada no contestó. Ya había dado otro paso hacia la salida cuando el seibergio habló de nuevo.

- Así que fuiste tú, ¿eh?

- ¿Qué quieres decir?

- Sabía que eres piloto, como tu novio, pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo mejor. Tú eres la que derribaste esa nave en la que iban los balanios. ¿Sabes eso tus amigos refugiados?

Llamarada no se molestó en aclarar que era Alce quien había disparado en realidad. Para lo que a ella le importaba, el seibergio podía seguir pensando lo que quisiera. - Algunos sí - le contestó con desgana. - Acabas de comprobarlo.

- Pues entonces vigila tu espalda. Podría haber un cuchillo también para ti. Los balanios son gente traicionera y vengativa.

- Esperaba que hubieras aprendido algo estando aquí. Te vi el otro día mirando cómo jugaban los niños, y parecías pasarlo bien. ¿Esos niños también te parecieron traicioneros y vengativos?

- Lo serán en cuanto crezcan un poco. Lo llevan en los genes.

Llamarada negó con la cabeza. - La genética no tiene nada que ver con el hecho de que, al crecer, se den cuenta de que el noventa y cinco por cien de la población del planeta en el que viven les odia y les desprecia.

- Éste no es su planeta.

- Han nacido en él, igual que tú.

- Sólo porque sus antepasados nos invadieron.

- ¡De eso hace dos mil años!

- Es igual. Llevan esperando todo ese tiempo para poder terminar lo que empezaron. Para eso han pedido la ayuda de la Nueva República, y habéis sido tan estúpidos que habéis venido a dársela. Y ahora, por fin, parece que se van a salir con la suya, ¿no te parece? Seibergia se convertirá en una marioneta de la Nueva República y ...

## Star Wars: Daños Colaterales

- Eso no va a suceder.
- ¿No? ¿Y tú cómo lo sabes? No eres más que un piloto, no un político.
- Tampoco tú eres un político.

- No, no lo soy, pero vivo aquí. Sé mucho más que tú o que nadie de la Nueva República acerca de cómo funcionan las cosas en mi planeta. Los balanios han sido un cáncer en el corazón de Seibergia desde antes incluso de que aterrizaran en él. Hemos podido mantenerlos a raya durante mucho tiempo, pero al final han encontrado un modo de cogernos por el cuello y estrangularnos.

Llamarada suspiró. ¿Cómo iban a poder vivir juntos seibergios y balanios? El odio que había entre ellos, multiplicado por mil en los últimos meses, era tan profundo e intenso que ni un millón de negociadores podría conseguir cambiar nada, o al menos no por mucho tiempo. *El universo es mucho más complicado de lo que solíamos creer. Pensábamos que derrotando al Imperio llevaríamos la paz a toda la galaxia, pero ahora, sólo ahora, empiezo a entender lo equivocados que estábamos.* - Como ya he dicho antes tengo bastante prisa. Adiós.

- ¿Qué va ser de mí ahora?

- Te soltarán muy pronto, supongo. En cuanto la Nueva República inicie las conversaciones con tu gobierno. Puede que cuando vuelvas te asciendan o te pongan una medalla por tu resistencia al interrogatorio.

- No me habéis torturado.

- Bueno, eso debería decirte una o dos cosas acerca de la Nueva República, ¿no? Quizá convertirse en marioneta de una gente tan misericordiosa no es una perspectiva tan mala - Sin esperar respuesta Llamarada salió del refugio y se dirigió directamente hacia el *Trovador*. De pronto le habían entrado unas ganas tremendas de marcharse de allí, cuanto antes mejor.

Hora y media más tarde los seis miembros del escuadrón Cabeza de Lobo - los cinco que estaban en Campo Uno más Drake - volvían a poner sus pies sobre la cubierta de vuelo del *Guarda del Lobo*. Encontraron a su comité de recepción esperándoles al pie la rampa de la lanzadera. Estaba formado por Víbora y por cuatro infantes de marina armados.

- Lo siento - dijo Víbora. - Son órdenes de la capitán de navío Gen'yaa.

Llamarada le lanzó una mirada a Drake, pero éste parecía tan perplejo como el resto del grupo. - ¿Puedes explicarme cuáles son exactamente esas órdenes?

- Alce y tú estáis oficialmente bajo arresto. Os someterán a un consejo de guerra en cuanto lleguemos a Mon Calamari. De verdad que lo siento.

- Eso ya lo habías dicho - replicó Llamarada con frialdad. - ¿Ha sucedido algo que debamos saber?

Víbora negó con la cabeza. - No, para mí también es una sorpresa. Estaba convencido de que retomarías el mando del escuadrón en cuanto llegaras, pero parece que alguien de arriba tiene otras ideas.

- ¿Cómo de arriba?

- En todo lo alto. Eso es lo que me ha dicho Gen'yaa. Ahora estamos esperando a la persona que presidirá vuestro consejo de guerra, junto con un

grupo de expertos escogidos entre los oficiales de la flota. Se encargarán de montar un nuevo comité de investigación.

- ¿Y quién es esa persona? – preguntó Lllamarada pasando por alto el resto de las explicaciones de Víbora. - ¿El vicealmirante Sinensis, quizá?

Víbora volvió a negar con la cabeza. – La consejera Leia Organa. También he oído que uno de los miembros del tribunal será el almirante Ackbar.

Lllamarada se quedó boquiabierta, completamente anonadada. A su espalda Solo dejó escapar un silbido y Drake estuvo a punto de atragantarse. – Debo admitir que estoy impresionada. Van a juzgarnos nada menos que dos miembros del Consejo Provisional, héroes de la Rebelión además. Así que quieren hacer un circo de esto. Nos van a echar a las bestias con tal de que la Nueva República pueda presumir de su inmaculada justicia. – Lllamarada se volvió para mirar a Alce, pero la expresión de éste permanecía completamente neutra, como si no le importara nada de todo eso.

- Yo testificaré en ese juicio - dijo Rúster. - Les contaré todo lo que habéis hecho por los refugiados balanios. Eso debería demostrarles que no tenéis la menor intención de matar a inocentes, que lo que pasó sólo puede explicarse como un accidente.

- Habrá tiempo para eso - dijo Víbora. - Ahora tenéis que venir conmigo. Creedme, odio de verdad tener que hacer esto.

Alce salió de su aparente trance lo justo para darle una palmada a Alce en la espalda, pero no dijo palabra. Lllamarada se encogió de hombros y le siguió. - No te preocupes, Víbora. Lo sabemos.

Raiven, Solo, Drake y Rúster se quedaron allí de pie durante algún tiempo, contemplando como Lllamarada y Alce eran escoltados fuera del hangar, y sin saber muy bien qué hacer a continuación. Aún estaban allí cuando otra lanzadera clase Lambda, ésta de aspecto inmaculado si se la comparaba con el *Trovador*, hacía su entrada en el hangar y se posaba junto a su maltratada gemela. Una docena de infantes de marina, que hasta ese instante habían esperado formados en un extremo de la cubierta, se apresuraron a adelantarse para recibir a los pasajeros. Al fondo, la puerta de uno de los turboascensores se abrió y de él salieron la capitana de navío Gen'yaa y el capitán de fragata Wumb, que sin perder un segundo se dirigieron también hacia la lanzadera, cuya rampa empezaba a descender en ese momento.

- Si las circunstancias fueran otras - comentó Drake -, esto me resultaría la mar de emocionante.

Para decepción del arrebnaciano, los soldados rodearon tan bien a los visitantes que ni él ni ninguno de sus compañeros pudieron ver ni siquiera fugazmente a la más ilustre visita que el *Guarida del Lobo* había recibido jamás en su corta historia. La lanzadera volvió a despegar y se alejó a través del portal del lado de babor, e inmediatamente después un ligero temblor en la cubierta que pisaban les informó de que los motores sublumínicos del portanaves se habían puesto en funcionamiento. Antes de marcharse del hangar, Rúster echó una mirada hacia atrás por encima del hombro. Más allá del fulgor azulado que despedía el campo magnético que protegía la entrada al hangar, buscó entre las estrellas intentado encontrar la figura del planeta Seibergia, pero no lo consiguió. No era visible desde ese ángulo. La Región Balania había supuesto una prueba muy dura para ella, pero también

maravillosa desde cierto punto de vista. Rúster se preguntó cuál sería el destino de la gente que había conocido allí, qué clase de vida llevarían ahora, si alguna vez volvería a ver a alguno de ellos o si tendría al menos noticias suyas. Le había resultado imposible decirles adiós a la mayor parte de esas personas. Deveralia y Sdermila ni siquiera quisieron verla. Aunque podía comprenderlas, no por eso dejaba de dolerle. Le habría gustado darles un último abrazo a ellas y a los niños antes de marcharse, y también haber cogido en brazos a la bebé, rozar su nariz con la suya y besar su mejilla. Jamás olvidaría ese instante mágico en el que vio asomar su pequeña cabecita y la escuchó llorar. Sabía que cada vez que se acordara de esos días, ese momento en concreto sería casi siempre el primero en acudir a su memoria, antes que otros mucho más dramáticos como el de cuando se estrellaron, o cuando tuvo que operar a Ben Al Saruff.

- Ru, ¿vienes?- preguntó Solo al darse cuenta de que la lumi se había quedado atrás.

- ¿Eh? Sí, ya voy - Rúster inspiró profundamente y movió los labios en un casi inaudible susurro. - Que la Fuerza os acompañe a todos.

La nave nodriza del escuadrón Cabeza de Lobo partió inmediatamente en ruta hacia Mon Calamari. El destructor estelar clase *Victoria Vociferante*, entregado a la Nueva República por su propio capitán durante la reciente batalla de Mantara, ocuparía por el momento el lugar del *Guarda del Lobo* en Seibergia, aunque era incierto si el portanaves volvería o no al cúmulo Viayak una vez que fuese reparado.

Con uno de sus motores completamente inutilizado y otro dañado, la travesía duró bastante más tiempo de lo que lo hubiera hecho en condiciones normales, pero después de casi dos semanas de viaje la esfera azul de Mon Calamari llenó por fin los paneles de observación frontales de la nave.

Ataviada con un simple mono gris y una gorra con los que resultaba casi imposible llamar la atención en un lugar frecuentado casi exclusivamente por técnicos, mecánicos y pilotos, llevando una pequeña bolsa de mano tan corriente como su atuendo, Leia entró en el hangar y caminó hacia la lanzadera que había venido a recogerla para llevarla al planeta. El diseño claramente moncalamariano de la nave recordaba al de sus cruceros, sólo que a una escala mucho más reducida. Cuando subió a bordo, Leia tuvo la impresión de estar entrando a través de la boca de una criatura marina de alguna clase. Junto a la compuerta que daba acceso a la tenuemente iluminada cabina de mando la esperaba de pie un solitario moncalamariano, vestido de forma muy semejante a la suya salvo por la ausencia de la gorra. Al acercarse a él descubrió que el piloto de la lanzadera no era otro que su viejo y querido amigo, el almirante Ackbar.

- Es un placer volver a verte, Leia - le dijo con su característica voz ronca.

- El placer es enteramente mío, Ackbar - Leia le apretó el brazo cariñosamente y ocupó el asiento del copiloto.

- ¿No viene Invierno contigo?

- No, ella bajará mañana con la capitán de navío Gen'yaa, los miembros del comité de investigación y los pilotos. Yo prefería adelantarme para tener así

la oportunidad de hablar un poco contigo y con el resto de miembros del tribunal.

- ¿Y quizá también respirar un poco de aire limpio y salado, y ver un cielo azul de verdad sobre tu cabeza?

Leia sonrió. - Eso también.

- De acuerdo entonces. Si no esperamos a nadie más podemos despegar ahora mismo - El almirante moncalamari activó la unidad de comunicaciones. - Control de vuelo del *Guarida del Lobo*, aquí la lanzadera *Marea Vespertina* solicitando permiso para abandonar el hangar.

- Permiso concedido, *Marea Vespertina*. No ha traído usted escolta, ¿quiere que le asignemos una? - Leia negó con la cabeza. No quería llamar la atención más de lo estrictamente necesario. Ackbar, que no se había identificado precisamente por esa razón, asintió mostrándose de acuerdo.

- Negativo, *Guarida del Lobo*. Este sistema está bastante tranquilo en estos días.

- Nos alegramos de oírlo. Que tengan un buen descenso. *Guarida del Lobo* fuera.

El almirante Ackbar condujo suavemente la lanzadera hasta el exterior del hangar y acto seguido puso rumbo hacia el planeta sin apresurarse. - Hiciste un excelente trabajo con los corelianos, Leia.

- Gracias. Ojalá hubiera llegado allí antes de lo que lo hice, pero por desgracia los láseres se anticiparon a las palabras.

- Pero el caso es que al final fueron las palabras las que prevalecieron.

Leia se encogió de hombros. - La verdadera suerte fue que pudiéramos disponer del *Libertador*. Si me hubiera presentado con algo menos que un destructor estelar dudo mucho que hubiesen cesado el fuego para escucharme.

- No subestimes tu propio prestigio. Mon Mothma demostró gran sabiduría al enviarte precisamente a ti, entre todo el personal a su cargo.

- Gracias por el cumplido. ¿Cómo va la guerra?

- Podría ir peor. Los imperiales nos han hecho retirarnos de toda el área que rodea al sistema Pyria, así que nuestro proyectado desembarco en Borleias tendrá que esperar a un momento más propicio. Por otro lado nuestros convoyes con origen o destino en Mrlsst han sido objeto de varios ataques, y las pérdidas han sido considerables. He enviado al escuadrón Pícaro y a algunas unidades de apoyo para que vuelvan a asegurar la ruta. No es mucho, pero confío en que Wedge Antilles y su gente consigan marcar la diferencia. Aparte de eso, todo apunta a que el Imperio estaba esperando a ver qué sucedía en el cúmulo Viayak antes de intentar una ofensiva a gran escala. Por lo que parece, esta vez los planes de Pestage y de Isard han terminado torciéndose.

- Debo admitir que hace un mes hubiera firmado porque a fecha de hoy no hubiera noticias peores que éstas.

Ackbar giró la cabeza hacia ella. - Te noto incómoda, Leia, si no te importa que te lo diga.

Leia hizo una mueca. - Tienes razón, amigo mío. Es por lo del consejo de guerra. No me gusta lo más mínimo. Quizá sea algo necesario, pero preferiría no tener nada que ver con ello. Además, ¿desde cuándo un civil preside un consejo de guerra?

## Star Wars: Daños Colaterales

- Creo que la idea es mostrarle a toda la galaxia que en la Nueva República, incluso en tiempos de guerra, el poder militar responde ante el poder civil, y no al revés.

- Apoyo ese principio con todo mi corazón, pero tú mismo has usado el verbo clave en todo esto: mostrar. O lo que es lo mismo, enseñar, exponer, exhibir, lucir, ostentar. Eso es lo que me molesta, pensar que en el fondo esto sea ante todo un espectáculo.

- La política tiene mucho de espectáculo.

- A estas alturas yo más que nadie debería saberlo, pero me sigue costando trabajo aceptarlo.

Ackbar la miró con interés. - ¿Piensas que esos pilotos son inocentes?

- No lo sé. Probablemente no. Quiero decir, está claro que desobedecieron sus órdenes, si eso es lo que vamos a juzgar. Pero bajo esas circunstancias, ¿cuántos de nuestros pilotos se hubieran abstenido de disparar?

Ackbar asintió. - Muy pocos, eso es verdad.

- Pero al ser condenados rendirán un gran servicio a la Nueva República. Eso es de lo que se trata.

- Leia, mirado desde ese punto de vista a mí también me pone enfermo. Pero lo que no podemos tolerar es que nuestras órdenes sean desobedecidas o reinterpretadas por la gente a nuestro mando. No somos piratas, ni tampoco... - Ackbar pareció dudar.

- Ni tampoco rebeldes, ya no. ¿Es eso lo que querías decir?

- No exactamente. La expresión que buscaba era algo así como fueras de la ley, pero bien pensado viene a ser lo mismo. Es cierto, Leia. Tuvimos que rebelarnos una vez contra la injusticia y la tiranía del Emperador, pero eso se terminó en Endor. Y de todas formas no conseguimos llegar tan lejos actuando como si fuéramos simples anarquistas, sino que nos regimos por un gobierno y construimos un ejército disciplinado, no una banda de mercenarios o de forajidos. Muchas buenas personas murieron cumpliendo sus órdenes hasta el fin. Las tuyas y las mías, entre otras.

- Esto no tiene nada que ver con el sacrificio, Ackbar. Mientras tú y yo estábamos aún en Endor, Gregory y Schroeder luchaban aquí, en Mon Calamari, defendiendo el planeta del ataque de represalia que el Imperio lanzó nada más conocer de la muerte del Emperador. ¿Lo sabías?

- Por supuesto que lo sabía, y eso hace que me sea aún más difícil el tener que cumplir con este deber que nos ha sido impuesto. Pero hay un aspecto de todo esto que parece estar escapándote, Leia, y eso me sorprende

- Leia miró al Moncalamari con curiosidad. - Al ponerte a ti como presidente del tribunal, Mon Mothma les está dando a esos dos pilotos una oportunidad que no tendrían de no estar tú ahí.

Leia frunció el ceño confundida. - ¿De qué estás hablando?

- Si al final resulta que Gregory y Schroeder realmente no merecen convertirse en ejemplo de la imparcialidad de nuestra justicia, a la vez que en escarmiento para que otros como ellos eviten caer en la tentación de cometer sus mismos errores, es posible que tú lo sepas. Que lo sientas, que lo percibas, no sé, tú ya me entiendes. Y tu voto en calidad de presidente será decisivo si las cosas no están claramente decantadas en un sentido o en otro. Si llega ese momento, yo al menos confiaré en tu criterio.



Leia no contestó. Por supuesto que sabía a qué se refería Ackbar. La Fuerza podría decirle cosas a ella que nadie más vería. Si las evidencias de carácter técnico recopiladas por el comité de investigación no eran lo suficientemente concluyentes, tendría que confiar en su capacidad para leer a las personas con el fin de adoptar un veredicto lo más justo posible. *¿Incluso si la decisión no es la que más le convenga la Nueva República? ¿Sería esto realmente, como parece pensar Ackbar, lo que Mon Mothma tenía en mente cuando me encomendó esta tarea? Ella espera que haga lo más correcto. ¿Pero lo más correcto para quién?*

Leia esperaba haber dado ya con la respuesta si llegaba el momento al que Ackbar acababa de referirse.

Alce y Lllamarada fueron conducidos al camarote de la capitán de navío Gen'yaa por dos infantes de marina que se quedaron esperando fuera. Encontraron a la capitana del *Guarida del Lobo* acompañada por otro bothan, pero no era Dey'jaa. Se trataba de un varón de vello marrón y pelo ligeramente más claro, un poco más bajo que Gen'yaa, y que vestía un uniforme de capitán de los Cuerpos Auxiliares. Eso hacía de él un médico, un sacerdote - las religiones reconocidas dentro de las fuerzas armadas de la Nueva República eran muchas -, o más probablemente, dadas las circunstancias, un abogado. Esa suposición demostró ser acertada cuando Gen'yaa se lo presentó.

- Teniente coronel Schroeder, capitán Gregory, éste es el capitán Bel'aan. Se encargará de su defensa en el consejo de guerra al que van a ser sometidos.

- Encantado de conocerles, oficiales - dijo educadamente Bel'aan. Tanto Lllamarada como Alce le estrecharon la mano.

- Por favor, siéntense - dijo Gen'yaa. - Capitán Bel'aan, proceda usted.

Bel'aan asintió y se inclinó hacia delante, apoyando ambos codos sobre la mesa de reuniones. - Aunque no conocemos aún los cargos concretos por los que van a ser acusados, lo que yo preveo es lo siguiente. Usted, teniente coronel Schroeder, será acusada de negligencia por no ordenarle al capitán Gregory que no disparara. Usted, capitán Gregory, será acusado como poco de desobedecer las órdenes de un superior, que en este caso sería la capitán de navío Gen'yaa aquí presente, y quizá, aunque esto no es muy probable, del asesinato de los refugiados que viajaban a bordo de la nave que usted derribó.

- Pero eso...- comenzó a decir Lllamarada.

- Calle y escuche, teniente coronel - le interrumpió Gen'yaa cortante. - Una de las cosas que ambos deben aprender, y hacerlo rápido además, es a mantener la boca cerrada. Ante el tribunal hablarán únicamente cuando se les pida explícitamente que lo hagan. Comiencen a practicar. Capitán Bel'aan, continúe. - Lllamarada enrojeció de rabia y de vergüenza, pero hizo lo que Gen'yaa acababa de indicarle. Callarse.

- Gracias, señora - dijo Bel'aan, que ni siquiera había movido una de sus gruesas cejas durante la diatriba de la capitana. - Como iba diciendo, el cargo de asesinato múltiple no es probable, pero tampoco es imposible. En lugar de eso, probablemente le acusarán de negligencia temeraria con resultado de muerte, un crimen que también está contemplado en nuestro código penal castrense.

- Le he dicho al capitán Bel'aan que los dos se declararán inocentes - dijo Gen'yaa.

El abogado militar asintió. - Pero no quiero engañarles, oficiales, ni dejar que conciban falsas esperanzas. Éste va ser un caso muy difícil de ganar. He estado revisando todas las evidencias recogidas por la capitán de navío Gen'yaa y su gente durante el último mes. Se me ha asegurado que el comité de expertos reunido por la consejera Organa no ha encontrado nada nuevo, así que tengo una idea bastante clara acerca de cómo puede evolucionar el juicio. Capitán Gregory, basándome en las pruebas a las que he tenido acceso, diría que su mejor posibilidad consiste en declarar que disparó usted confiando en la información proporcionada por su computadora de vuelo, que marcaba al blanco como hostil. No tenemos pruebas de que haya sido así, pero la acusación tampoco las tendrá en contra, suficiente quizá para establecer una duda razonable. Teniente coronel Schroeder, usted testificará que si dudó acerca de si debía o no ordenar al capitán Gregory que no disparara, y finalmente le concedió permiso para hacerlo cuando él ya había lanzado sus torpedos, fue precisamente porque él había dicho que el blanco era hostil. Usted pensó que si lo decía era porque la nave en fuga había disparado contra el capitán Gregory, o bien él había presenciado cómo disparaba contra otro de ustedes. ¿Tienen algún problema para declarar en línea con lo que acabo de sugerirles?

Llamarada le lanzó una mirada fugaz a Gen'yaa. - No, yo no.

- Pero yo sí - dijo Alce. Llamarada sólo se sorprendió a medias.

- Explíquese, capitán - dijo Bel'aan.

- Yo era plenamente consciente de que ninguno de nosotros había inspeccionado ese carguero, y en ningún momento lo vi disparar contra nadie. Apreté el gatillo exclusivamente porque creía que transportaba minas espaciales como el resto de las naves del convoy.

- Pero el hecho es que usted pronunció la palabra "hostil" al referirse a esa nave, capitán. ¿Lo hizo porque eso era lo que decía su computadora?

Alce dudó por un instante. - Puede ser. Pero no creo que ese detalle pueda importarles a nadie más de lo que me importa a mí, que es muy poco.

- Su deseo de decir la verdad - interrumpió Gen'yaa -, o lo que usted cree que es la verdad, resulta muy noble, capitán, y le respeto a usted por ello. Pero ahora dígame, ¿a quién va a beneficiarle?

Alce se quedó callado, mirando a la bothan directamente a sus fríos ojos azules. En su tono de voz se mezclaban la irritación y la impaciencia, como en alguien que intenta explicarle algo muy básico a un niño pequeño y se exaspera por la incapacidad de éste para entenderlo. Había ansiedad también, y Alce comprendió que Gen'yaa creía tener algo que perder si él insistía en decir ante la corte lo que realmente pensaba. Casi sintió pena por ella al mismo tiempo que la despreciaba por ser tan mezquina. *Debería haber estado allí abajo, viviendo entre esos desgraciados balanios.* Entonces, quizá, al volver de allí su carrera le hubiera importado tan poco como le importaba a él ahora la suya. Pero Gen'yaa seguía hablando.

- No afectará al acuerdo con Corellia. No hará que los mundos de la Nueva República renueven su confianza en sus fuerzas armadas o por el contrario la pierdan. Y escúcheme bien, capitán: no le devolverá la vida a esos pobres refugiados.

La expresión de Alce no cambió, pero en su interior se encogió de dolor. Ésa, ésa era la clave. Hiciera lo que hiciera le era imposible resucitar a los muertos, no podía restituirles lo que les había quitado. Ahora Gen'yaa hablaba casi como si en verdad comprendiera aunque sólo fuera un pizca de aquello por lo que él estaba pasando, y el incipiente desprecio que empezaba a sentir hacia ella fue sustituido por la duda. Duda acerca de las auténticas motivaciones de la capitana, duda también, mucho mayor, acerca de las suyas propias. Como si fuera capaz de detectar su vacilación, Gen'yaa prosiguió con su parlamento.

- Tan sólo beneficiará usted al Imperio, al tiempo que debilitará a la Nueva República, ya que perderemos un gran piloto, uno que aún podría hacerle mucho daño a nuestros enemigos - Alce hizo una mueca involuntaria, incómodo por el no requerido elogio, y por la idea de ser útil tan sólo por su habilidad para causar daño. - Pero aquellos que perderán más - dijo Gen'yaa cambiando sutilmente su tono de voz - serán aquellos cuyas vidas usted podría haber salvado, si hubiera decidido seguir combatiendo contra aquellos que habrán de matarles.

Alce no pudo mantenerle la mirada a Gen'yaa ni un solo instante más. Ahora sí que había dado en el blanco, aunque en el fondo tuviera claro que le estaba manipulando. El Imperio seguía ahí, con su imponente maquinaria de represión y de destrucción, que no dudaría en seguir utilizando para alcanzar sus abyectos fines. Todavía existían personas jóvenes, como él se sintió una vez, cuyas pacíficas existencias no habían sido trastocadas aún por la tragedia, cuyos planetas no habían sido invadidos, envenenados ni arrasados. Aún. Y también estaba aquellos que, muy al contrario, habían visto ya como la vida que creían tener por delante les había sido denegada, arrancada, borrada y sustituida por otra mucho más horrible como le había sucedido a él, pero que sin embargo no habían perdido todavía la esperanza de que las cosas volvieran a cambiar, esta vez para mejor. Aún quedaban batallas en las que luchar, por todos ellos, y si había una sola posibilidad de que su aportación pudiera suponer una diferencia en el resultado final, entonces no debía retirarse aún de la contienda, ni permitir que otros le retirasen. Todavía no, a pesar de que no sentía deseo alguno de continuar. Con el rabillo del ojo vio cómo Lllamarada lo miraba fijamente, casi sin pestañear, pendiente de su decisión pero sin querer influir en modo alguno en ella, fuera la que fuera. Pero Alce sabía bien lo que haría Lllamarada si estuviera en su lugar.

- De acuerdo, señora. Lo haré.

- Muy bien - dijo Bel'aan, sin revelar por su expresión nada de lo que pensaba de todo aquello. - Ahora hablemos acerca de cómo vamos a hacerlo.

El consejo de guerra fue convocado pasados dos días de la llegada al sistema del *Guardia del Lobo*. La sala de justicia estaba ubicada en la sección superior del cuartel general de la flota en Ciudad Coral. Mientras esperaban a que los miembros del tribunal hicieran su entrada, Lllamarada se dedicó a mirar a su alrededor. La cámara en la que se encontraban era una perfecta semiesfera. La cúpula sobre sus cabezas estaba fabricada completamente en transpariacero, con la excepción de cuatro radios de color blanco equidistantes que convergían arriba del todo en un anillo del mismo material. Por lo que Lllamarada podía observar, no se trataba ni de duracero ni de duracreto, que

eran los materiales de construcción más comunes en el resto de mundos desarrollados de la galaxia, sino de una especie de coral muy pulido. El suelo también parecía de coral, de un tono rosado muy claro con algunas venas más oscuras que cruzaban su superficie dibujando un intrincado patrón. Las varias filas de asientos para el público, vacías en su mayoría, se situaban de forma suavemente escalonada frente al semicírculo formado por la ligeramente elevada tribuna y los sillones reservados para los miembros del tribunal. Entre ellos quedaban la solitaria fila de asientos para los acusados y la defensa a un lado, y la de la acusación en el otro. El estrado desde el que testigos y acusados prestarían declaración se encontraba sobre una plataforma justo enfrente de Lllamarada, perpendicular a la tribuna.

Al mirar a través de los inmensos ventanales pudo ver otras cúpulas o domos similares, todos parecidos entre sí pero ninguno exactamente igual al resto en forma o color. La totalidad de la ciudad había sido construida encima de una enorme formación coralina, rodeada por aguas relativamente poco profundas e infestadas de vida. Los moncalamari habían habitado aquel lugar desde mucho antes que su evolución y desarrollo tecnológico les permitiera alzar la vista hacia el cielo y hacia las estrellas más allá. Alrededor de la ciudad, que según le habían contado a Lllamarada se extendía mucho más por debajo del nivel del agua que por encima, todo era un vasto y en esos momentos bastante calmado mar. Las olas bajas que acariciaban los blancos muros de los edificios no suponían una amenaza para la multitud de botes y navíos de todos los tamaños que navegaban desde y hacia los múltiples muelles con los que contaba la urbe. Aquí y allá, Lllamarada veía de cuando en cuando como ejemplares de algún tipo de cetáceo saltaban sobre la superficie sin ser molestados por los barcos, a los que aparentemente ignoraban por completo. El cielo era tan azul y tan brillante que casi le dañaba la vista, más acostumbrada a la penumbra causada por las sempiternas nubes de Seibergia y los tenuemente iluminados habitáculos del *Guarida del Lobo*. *Desde luego el sitio es bonito*, pensó Lllamarada con cierta amargura. *Qué lástima que no estemos aquí de vacaciones*.

Aguantándose el suspiro que pugnaba por salirse del pecho, la suspendida comandante del escuadrón Cabeza de Lobo devolvió su atención al interior de la sala. Alce estaba a su izquierda, al otro lado del capitán Bel'aan, luciendo la misma expresión insondable que había tenido la mayor parte del tiempo desde que dejaron atrás Campo Uno y la Región Balania. Aunque no podía decirse que se hubiera cerrado a ella por completo, lo cierto era que no mostraba deseo alguno de comunicarle cómo se sentía o cuáles eran sus pensamientos. No parecía estar nervioso ni apenado como en aquellos primeros días tras el incidente, sino que era más bien como si no le importara demasiado nada de lo que sucedía a su alrededor, incluido el juicio que estaba a punto de comenzar.

Resultaba curioso, pero lo cierto era que Lllamarada sentía algo muy parecido. Dado que podían hacer muy poca cosa para cambiar el curso de los acontecimientos, ambos se limitaban a esperar que éstos fueran sucediéndose hasta llegar al inevitable final. Sin embargo, ese final significaba cosas diferentes para cada uno. El capitán Bel'aan se lo había explicado muy bien. Si el resultado del consejo de guerra era desfavorable para ellos, lo más probable es que ella fuera degradada y privada del mando del escuadrón, pero aún podría seguir volando. Lllamarada podía vivir con eso pero Alce lo tenía mucho

peor. En su caso todo apuntaba a que sería expulsado de las fuerzas armadas de la Nueva República, licenciado con deshonor, es decir, sin derecho a compensación de ninguna clase. Llamarada podía imaginarse a sí misma presentando la dimisión para irse con él, pero, ¿a dónde? Pilotar naves espaciales era sin duda lo mejor que sabían hacer, pero ni siquiera entre los dos podrían reunir el dinero suficiente como para alquilar un carguero de segunda mano más allá de unos pocos meses. Maldito fuera el salario de los pilotos de caza. Descartado el establecerse por su cuenta, no les quedaría otra opción que las de buscarse un empleador, alguien que les contratara, pero eso podía revelarse mucho más complicado de lo que pudiera parecer a primera vista. En la sala no había holocámaras, o al menos ella no las veía, pero tampoco podía estar segura. De lo que sí tenía la certeza era de que los reporteros de un centenar de agencias y aún más mundos estarían haciendo todo lo posible por hacerse aunque sólo fuera con una imagen bidimensional de los dos acusados. A pesar de las medidas de seguridad, alguno de ellos podía llegar a salirse con la suya, quizá a la salida del tribunal, o cuando vinieran hacia él. Quizá ya lo hubieran conseguido. Si sus caras y sus nombres llegaban a aparecer en los noticiarios, era más que posible que ninguna compañía seria de transportes quisiera darles trabajo por temor a la publicidad negativa. Llamarada se preguntaba si, en el caso de que las cosas salieran realmente mal - y no había razón para pensar que no pudiera ser así -, Alce y ella podrían llegar a acabar convirtiéndose en delincuentes. Contrabandistas transportando especia y otras mercancías prohibidas entre los mundos sin ley que abundaban en el Borde Exterior, trabajando para cualquiera de los incontables de cárteles del crimen que operaban allí. Mercenarios alquilando sus servicios al mejor postor, quizá a un señor de la guerra o a una corporación privada a la que no le gustara la competencia, o a una organización criminal. O peor aún, miembros de una banda de piratas, de ésas que se dedicaban a asaltar naves civiles para robarles la carga, o para secuestrar a los pasajeros y posteriormente pedir rescate por ellos...

Quizá serían perseguidos por sus antiguos camaradas de escuadrón.

Tan sólo de pensar en que pudieran llegar a caer tan bajo se ponía enferma, pero había escuchado historias que sugerían que el suyo no sería el primer caso de militar o de policía caído en desgracia que termina siendo precisamente aquello que un día despreció e incluso combatió. Una vez puestos a rodar pendiente abajo, ¿quién puede decir dónde está el límite? Llamarada se dijo a sí misma que haría cualquier cosa con tal de evitar semejante destino, pero enseguida se cuestionó la realidad de ese propósito. *¿En serio harías cualquier cosa?* se preguntó a sí misma. *¿Podrías aceptar perder los galones y el mando con tal de poder seguir siendo piloto, y dejar a Alce abandonado a su suerte?* No, definitivamente no. Pensar eso le hacía sentirse mucho peor todavía. Quería a Alce, ¿no era así? No podía dejarlo tirado de esa forma, por duras que fueran las consecuencias si se empeñaba en seguir con él.

Una terrible duda surcó la mente de Llamarada en ese instante. Todo este tiempo estaba dando por sentado que Alce seguiría siendo el mismo hombre del que se había enamorado, ¿pero y si no era así? ¿Y si esto lo cambiaba para siempre, a peor? De hecho a ella ya le había hecho cambiar, aunque no podría decir cuánto ni en qué sentido. La persona que se sentaba a dos asientos de distancia parecía una sombra del que ella conocía o creía

conocer, aunque Lllamarada sospechaba que la razón tenía muy poco que ver con la perspectiva de ser condenado por este consejo. ¿Se sentiría Alce aún culpable? ¿Y hasta cuándo seguiría sintiéndolo? ¿Toda su vida? Se lo había preguntado ya, pero hasta el momento él había declinado responder. Daba mucho, mucho miedo pensarlo, pero Lllamarada no podía evitar preguntarse si después de todo no habría perdido a Alce ya.

Sus reflexiones se interrumpieron en seco cuando el fiscal y los cinco miembros del tribunal entraron en la sala. Lllamarada reconoció fácilmente al almirante Ackbar y a la consejera Leia Organa, pero los otros tres le resultaban completamente desconocidos. Uno de ellos era también un varón moncalamari, pero a diferencia de Ackbar no pertenecía a la Armada, sino que vestía uniforme del Cuerpo de Cazas. Un piloto, o más bien alguien que mandaba pilotos, pues los galones en los que ahora reparaba eran nada menos que de general. A su lado se situó una mujer de raza sulustana. Aunque vestía ropas civiles, había algo en ella que le hacía pensar que pudiera ser también militar, aunque no fuera combatiente. El último era un hombre humano de alrededor de cincuenta años, que vestía uniforme de general de Infantería. Siguiendo la sutil indicación de su abogado defensor, Lllamarada y Alce se pusieron en pie, imitados enseguida por el resto de las escasas personas admitidas como público en la sala. Entre ellos Lllamarada había visto a la capitán de navío Gen'yaa, por supuesto, y también a Víbora y a una mujer joven pero de pelo completamente blanco a la que no había visto nunca. Cuando Leia Organa ocupó su puesto en el sillón central tras la tribuna todo el mundo volvió a sentarse, salvo los dos pilotos que estaban a punto de ser juzgados.

- Buenos días - comenzó. - Soy la consejera Leia Organa - *Como si hubiera alguien aquí que no lo supiera*, pensó Lllamarada, antes de darse cuenta de que con o sin protocolo hubiera resultado muy pretencioso si Organa hubiera obviado el presentarse a sí misma. - Se me ha conferido la responsabilidad de presidir este consejo de guerra. Conmigo están el almirante Ackbar, el general Tulan - la consejera señaló con la mano hacia el otro moncalamari -, la general Boga Mun - ésa era la sulustana, efectivamente militar como Lllamarada había supuesto - y el general Sivari - el otro humano -. Nuestro objetivo aquí es decidir si estos dos oficiales, la teniente coronel Shroeder y el capitán Gregory, deben o no ser considerados como responsables de un incidente que causó la muerte de cincuenta y dos civiles. Las circunstancias y las consecuencias inmediatas de este suceso son de sobra conocidas, así que no insistiré más sobre ellas. Por desgracia, los otros dos pilotos que formaban parte de la patrulla armada que se vio envuelta en el incidente no pueden estar hoy con nosotros. Uno de ellos ha desaparecido en combate, el otro se encuentra internado en un hospital, incapaz de hablar o de entender siquiera las preguntas que pudiéramos hacerle. Esto nos deja en la incómoda circunstancia de que los únicos testigos materiales de los hechos a juzgar son los propios oficiales acusados. Este tribunal escuchará su declaración bajo juramento, pero teniendo en cuenta que son parte interesada en la causa, su testimonio por si solo no puede ni será considerado suficiente como para fundamentar decisión alguna en uno u otro sentido. Esperamos que a lo largo de esta vista se nos presenten pruebas, y en ellas nos basaremos principalmente a la hora de emitir un veredicto. Comenzaremos por la reproducción de las grabaciones de las transmisiones del carguero siniestrado, el *Mano del Idiota*, y por una reconstrucción del incidente basada en los

registros extraídos de los cazas que componían la patrulla del escuadrón Cabeza de Lobo, aceptada como válida tanto por la acusación como por la defensa. Estas grabaciones serán nuestro punto de partida y la base de nuestro trabajo, ya que constituyen las principales evidencias físicas de las que dispondremos para juzgar este caso.

A su señal, el transpariacero de los inmensos ventanales fue polarizado para filtrar tres cuartos de la luz que entraba desde el exterior, al tiempo que se apagaba la iluminación interior. Desde el espacio despejado frente a la tribuna y a la plataforma para el declarante, un holoprojector se elevó desde el suelo prácticamente sin hacer ruido, activándose al final de su recorrido. La revisión de las grabaciones se extendió por espacio de una hora. Llamada comprobó que los cinco miembros del tribunal no desviaron su atención del cubo de proyección en ningún momento, a pesar de que a esas alturas necesariamente tenían que estar bien familiarizados con el material reproducido. Eso le pareció buena señal. Si la decisión final estuviera ya tomada y el juicio no fuera más que una mera formalidad para cubrir las apariencias - algo que Llamada había llegado a temerse -, era muy posible que alguno de los cinco hubiera dado muestras de tener la mente en otra parte. Finalmente el holoprojector se apagó y se retrajo hasta desaparecer nuevamente bajo el suelo. La consejera Organa esperó a que las más bien superfluas luces de la sala volvieran a encenderse y los ventanales recuperaran su anterior transparencia. Entonces le indicó al fiscal que podía proceder a leer los cargos.

- Muchas gracias, consejera - dijo el fiscal al tiempo que se levantaba de su asiento y caminaba hasta el lugar que un instante antes ocupara el holoprojector. Se trataba de un quarren llamado Drinin, también capitán de los Cuerpos Auxiliares como Bel'aan. Era muy delgado y bastante alto, con una voz un tanto rasposa que no presentaba síntomas de mejoría a pesar de que bebía agua constantemente. Mirando a Alce y a Llamada directamente a los ojos, Drinin recitó los cargos de memoria, sin consultar su datapad ni una sola vez.

- Este tribunal acusa a la teniente coronel Shroeder de negligencia en el ejercicio de sus deberes como jefe de escuadrón por no ordenar explícitamente al capitán Gregory que no disparara cuando él le pidió autorización para hacerlo. También se le acusa de desobedecer las órdenes de sus superiores cuando finalmente concedió ese permiso, aunque para entonces su subordinado ya hubiese lanzado sus torpedos. Estas órdenes, emitidas por el vicealmirante Sinensis para que fueran cumplidas por todas las unidades de caza que formaban parte del operativo destacado en Seibergia, le fueron repetidas y detalladas a la teniente coronel Shroeder y al resto de su escuadrón por su superior inmediato, la capitán de navío Gen'yaa, por lo que en ningún caso podría alegar su desconocimiento. Aunque los miembros de este tribunal podrían sentirse inclinados a comprender las razones de la teniente coronel Shroeder para dudar acerca de qué debía hacer en la situación concreta en la que se encontraba, debo señalar que es para tomar este tipo de decisiones difíciles, siempre desde el respeto y la obediencia hacia las órdenes de sus superiores, para lo que se elige a los oficiales al mando de unidades. La teniente coronel Shroeder no hizo lo que se esperaba de ella, y el hecho de que el capitán Gregory actuara sin esperar a contar con su aprobación sugiere que es incapaz así mismo de imponer un grado adecuado de disciplina entre los pilotos bajo su mando. Por su negligencia, y por su incompetencia como

oficial, consideramos que la teniente coronel Shroeder no es adecuada para ostentar el cargo de comandante de escuadrón. Por su desobediencia, creemos además que debe ser expulsada de las Fuerzas Armadas de la Nueva República.

Llamarada, que había ido palideciendo progresivamente a medida que escuchaba las palabras del fiscal, casi se atragantó cuando éste llegó al final. A su lado, el capitán Bel'aan inspiró profundamente. Los cargos contra su defendida eran bastante más serios de los que él había previsto. Llamarada no podía creerlo. Ni siquiera en la peor de sus pesadillas había llegado a concebir la posibilidad de que llegaría el día en el que, a pesar de vestir aún su uniforme, sería tratada como una criminal, obligada a escuchar que era negligente e indigna de llevar a cabo un trabajo para el que siempre creyó haber nacido. ¿Cómo podían obviar de ese modo todos sus logros desde que se había unido a la Alianza Rebelde? Hazañas como el rescate de la tripulación del almirante Garil dentro de espacio imperial o la victoria conseguida en la reciente batalla de Mantara parecían no contar, como tampoco importaba el que en todo ese tiempo hubiera perdido a relativamente pocos pilotos, a pesar de que en tantas y tantas ocasiones lo habían tenido todo en contra. Quería gritarle a ese quarren, preguntarle si tenía la menor idea de lo que era un combate espacial y de lo que hacía falta para mantener a tu gente viva y volver con la misión cumplida. No obstante se tragó la humillación y la rabia y continuó con la boca cerrada, tal y como Gen'yaa le había dicho que hiciera. Ya habría tiempo para que su abogado defensor hablara de sus muchos méritos, le importaran o no al tribunal. El capitán Drinin se volvía ya hacia Alce, y ella no quería perderse ni una sola palabra de lo que dijera.

- Este tribunal acusa al capitán Gregory de desobedecer las órdenes impartidas por el vicealmirante Sinensis, que él sin duda conocía, puesto que le habían sido confirmadas por la capitán de navío Gen'yaa. Su falta no puede ser excusada por la incapacidad de su jefe de vuelo, la teniente coronel Schroeder, para acordarse de esas mismas órdenes y asegurarse de que todos los pilotos a su cargo las cumplieran llegado el momento. El resultado de su desobediencia fue la muerte de cincuenta y dos personas inocentes. Me gustaría que el tribunal tuviera en cuenta que el riesgo de derribar naves civiles era precisamente la razón que justificaba las explícitas órdenes del vicealmirante Sinensis, y que esta circunstancia era conocida por todos y cada uno de los pilotos que formaban parte del operativo. Con esto quiero decir que el capitán Gregory era plenamente consciente del riesgo que corría al disparar sus torpedos contra una nave que ni él ni sus compañeros habían podido inspeccionar previamente. Sólo el hecho de que no supiera con absoluta certeza que había civiles a bordo, y el que las circunstancias ciertamente parecían sugerir que su carga era otra muy diferente, me privan de acusarle del asesinato de esa gente. En lugar de eso, y además del cargo de desobediencia, se acusa al capitán Gregory de imprudencia temeraria con resultado de muerte.

Llamarada miró a Alce, pero éste parecía sorprendentemente despreocupado, como si no estuviera del todo allí. *Estamos perdidos*, pensó. *Y yo que todavía me preguntaba si me atrevería a compartir el destino de Alce por propia elección. Qué ingenua, qué ciega, qué estúpida he sido. Querían nuestras cabezas y van a tenerlas.*



## Star Wars: Daños Colaterales

Frente a ellos, el capitán Drinin dio otro sorbo de su botellita sellada herméticamente y se giró para hacer una inclinación en dirección a la presidenta del tribunal. La consejera Organa se dirigió entonces al capitán Bel'aan. -¿Puede decirnos la defensa cómo se declaran los dos acusados?

El bothan se puso en pie. - Sí, consejera. Ambos se declaran inocentes de todos los cargos.

- Muy bien. Capitán Drinin, puede usted comenzar a tomar declaración a los acusados.

